

PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACION PUBLICA

FERNANDO CHAVES

IDEAS

SOBRE LA POSICION

ACTUAL DE LA PEDAGOGIA



QUITO-ECUADOR

TALLERES GRAFICOS NACIONALES

1933

Ideas sobre la posición actual de la Pedagogía

Fernando CHAVES

JUSTIFICACION

El sacudimiento periódico que para el árbol del Arte reclamaba "El Espectador", a fin de lanzar al suelo la fruta podrida y atraer hacia las ramas savia nueva que rebrote en yemas —promesas de frutos— llenas de vigor, es de insobornable urgencia en Pedagogía.

De tiempo en tiempo, las otras disciplinas hacen escapadas magníficas, se liberan de los moldes consagrados, y abren a la luz de una mejor contemplación sus organismos en anquilosis. La Pedagogía que encuentra su humus, su tierra vegetal en las otras ciencias, da también esas bordejeadas elegantes. Se coloca de proa a mares desconocidos pero más amplios y más cargados de aventura que las aguas inmóviles en que flotaba.



Avanza, avanza. Le viene el estímulo de fuera, pero cobra en ella renovado vigor.

Completa sus mirajes, otea horizontes infinitos y se lanza en su persecución, sin esperar alcanzarlos porque sólo son estrellas que guían, mas no puertos de llegada.

Como formadora de gentes —función nobilísima hasta por lo que tiene de relativo en su eficacia—, la Pedagogía necesita espigar sus postulados en las más recientes adquisiciones científicas de todo orden. No puede marchar a la zaga de los que desgarran la penumbra del conocimiento humano. Junto a la audaz piqueta del explorador debe ir la paciente organización que adiestra al futuro minero. Nunca ha sido esto verdad más imperiosa que en esta época en que todas las ciencias aspiran a su constitución autonómica, sin por eso dejar de guardar una estricta compenetración en sus fundamentos. Todos los conocimientos se enlazan, acotando desde luego, cada vez con más rigor, sus respectivos dominios.

Esta actitud de expectativa —esencial y básica para el maestro de hoy— no la han sentido, de fuerte y coercitiva manera, los hombres que en generaciones anteriores se entregaron a la tarea de educar. De allí su desmedido afán por encontrar la fórmula, la panacea simplificadora que facilitara su labor.

El hombre de ahora, que acepta la vida con todo su ingente dramatismo, que ya no aspira, como el de antaño, a regir su existencia y su conocimiento por un encadenamiento de fuer-

cas reductibles a números, a la observación de hechos relacionados, sin que le sea dable intervenir en ellos mismos, se encuentra, superada la postura positivista que tuvo su razón de ser pero que era muy parcial, con que el afán educativo es un enorme problema para cuya resolución han de contribuir muchos sectores del humano conocer.

La educación no puede encerrarse en esquemas, por amplios que sean. Han estallado por insuficientes los antiguos moldes, pero desde todos los ámbitos científicos se enviaron y se siguen enviando aportes para que la ecuación que se plantea entre el valor posible de la humanidad tierna y el maestro, se resuelva en favor de aquella. Para ninguna profesión adquiere como para el maestro caracteres de tragedia la coexistencia de las generaciones. El siente en su torno, en sus alumnos, el palpitar de la nueva generación, de la que está ensayando el vuelo; él mismo pertenece a otra, quizá a la intermedia si es joven; y resuenan en sus oídos, tratando de normar su trabajo, los anhelos y los rezongos de la generación que ya tramonta. Situación delicadísima, y que aquí halla la explicación de su valor histórico. El maestro se encuentra en la encrucijada. No puede destruir el porvenir que se le ha encomendado imponiendo las líneas generales de su mentalidad. No puede anular, de otro lado, los postulados de la generación a que pertenece ni dejar de ser leal a la concepción de la vida que se haya esa generación

formado. Tampoco puede dejar de escuchar la petulante imposición de aquellos que quieren perpetuar sus opiniones, y conformar a los hombres nuevos en los moldes en que ellos se adecuaron. ¿A cuál de estas corrientes ideológicas dará la preferencia en el cumplimiento de su misión? Sin desconocer la responsabilidad que implica la adopción de un esquematismo, diríamos que es forzoso que pesen más en su ánimo las posibilidades que encarna el porvenir, en contra de lo ya hecho, de lo ya logrado y en trance de superación que se encierran en el pasado, en la devoción a lo ya muerto o caduco.

Este imperativo de modernidad no puede ser cumplido por el maestro si no tiene su alma como una antena, pronta a recoger las ondas del pensamiento integral. Es forzoso abrir el oído para las llamadas dispersas. El maestro debe ser —obligadamente— un gran curioso para que esas voces no pasen de largo. Ha de cosechar en todos los campos para que no se malogre por estéril su parcela humana. Y para que no penetre en ella el abrojo.

Nunca como ahora ha sido difícil la obra de iluminar conciencias. Y es que se mira en torno y no se descubre nada estable. Ningún tiempo como éste ha agudizado tanto el problema. Terminada la obra educativa, estática y tranquila, las generaciones que prueban armas en la lucha que comporta el vivir, se hallan inermes, desalentadas, con todos los resortes vitales flojos, cuando no destruidos. Surge en-

tonces la crítica despiadada para la tarea educadora. Por incompleta y desorientada se la ataca con acritud. Y con razón. Tan vulnerable es. No se educa para el tiempo en que se vive, solamente por una servil sujeción a los sistemas heredados. Y porque se desentien- de el maestro de las inquietudes que vuelan en el ambiente.

Hombre de cuadrículas, de sinopsis y de simplificaciones, el maestro vive un mundo aparte. Una esfera impermeable al vaivén vital de las culturas. Tarea instructiva fácil, de pocas y diminutas nociones, la enseñanza acaba por fosilizar al individuo. Especialmente la primaria. A ese mundo restringido y falso lleva el maestro a sus alumnos. Les anquilosa también, destruyendo su patrimonio de vivacidad, de despejo frente a los problemas nuevos que no se aprisionan, que no pueden aprisionarse en las reglas aprendidas. Y lo que para el maestro resulta una situación cómoda, aunque improductiva, se vuelve tóxico mental para el alumno: será hombre aplanado, irresoluto. En eso está la raíz de la pequeña eficacia de la instrucción. Y la nulidad de la educación.

A fuerza de moverse entre pocas y simples ideas, el maestro se mecaniza, pierde horizonte. Ya sin perspectiva, su labor se agrieta de intrascendencia, se resiente de una básica incapacidad de mejora: se ha encerrado en un marco de engañosa habilidad.

Es en ese momento que penetra la rutina a raudales. Rutina en la vida escolar toda; especialmente en las relaciones educativas e instructivas. Ha perdido espontaneidad el trabajo didáctico. Ya no rinde, ya no puede rendir, otra cosa que un esqueleto frío de nociones sin trabazón, sin estructura, depositado en una mente, diríamos mejor en una memoria exangüe, debilitada, anémica, automatizada, sin conexión con el fluir vital que es dinamia, intranquilidad, salto oportuno. Y así, esa educación ofrece a su país muchachos agotados mentalmente, jóvenes pesimistas y sin iniciativa, hombres inmaduros y desprovistos de brújula intelectual y moral.

En la enseñanza primaria hay otro origen de esterilidad educativa que ya hemos denunciado en otra oportunidad, pero que sigue creciendo, creciendo amenazante.

Por el menosprecio que el medio gasta para la carrera magisterial, se ha engendrado un **resentimiento** en la clase enseñante. Funciona el mecanismo psicológico de la reacción, y el menospreciado forja una mejor situación ideal, inalcanzable. La realidad hostil le desengaña, y entonces las fuerzas anímicas del "acorralado" que es el maestro, no encontrando escape, derivan a la formación de una seudo personalidad ceñuda, agresiva, petulante. Deformada la visión, el maestro se ve más grande de lo que es; da a su trabajo lejanías que no tiene. Ese estrabismo moral le convierte en un "incomprendido". De esa posición obliga-

da es tan fácil el resbalo hacia la adoración megalomaniaca de su propia y mezquina personalidad. Quizá sea ese el origen de su egotismo. Y a veces —por fortuna aún pocas— de su ridículo narcisismo.

Es el magisterio una carrera que requiere —ineludiblemente— humildad. Una humildad de fondo; no la cristiana que es envilecimiento. Una humildad que, arraigando en un afán ávido de saber, haya nacido de la comprensión inteligente de la imposibilidad de dominar una ciencia, una sola; y encarando en toda su dificultad la tarea educativa, no se descorazone ni por su magnitud, ni por la escasez de medios de que dispone.

El olvido de esta cualidad fundamental del maestro es lo que venimos notando de algunos años a esta parte. Olvido que se agrava en estos últimos tiempos.

Sin que sepamos de dónde lo saca, ni a qué lo deba, es la verdad que el maestro joven debuta en su carrera con una incommensurable cantidad de orgullo. Orgullo que le hace ocultar su verdadera profesión para entregarse a los oropeles de un figurar —siquiera sea menguado— en otras actividades que sólo son complementarias de la vida, nunca esenciales.

Tarea humilde y disposición de ánimo petulante en quien la acomete, jamás pueden dar resultado positivo.

Si la fatuidad anotada en el normalista se origina en su preparación, hay que decirle muy

claro que no es fundamento digno. El verdadero estudio a fondo de una disciplina cualquiera, amarra las tendencias vanidosas del hombre. Es clásica la humildad del sabio. Por otra parte, un colegio, cualquiera que sea, no hace más que señalar orientaciones, dar rumbos. La verdadera ciencia dicen que se la adquiere en el diario jadeo de la acción, cara a cara a la realidad; sin olvidar el libro por el acicalamiento personal, el estudio por el ensayo del mejor modo de andar. El colegio no da ciencia, jóvenes camaradas petulantes que creéis que lleváis la piedra filosofal de la pedagogía en el bolsillo cuando salís de los Normales. Ni mucho menos. El hombre culto no puede dejar jamás de aprender, y por lo mismo ha de estar todos los días recibiendo lección para no envanecerse por lo que sabe.

Y tocamos en líneas anteriores otro asunto que quizá merece unas pocas consideraciones más. Nos referimos a la adoración física del cuerpo, al culto del cuerpo como origen de una preocupación que domina toda la existencia, en un sentido morboso. A la base de este fenómeno que también ya apunta en forma de jactancia de hermosura y en impulsos al dandismo y al afeitte, no es difícil que se encuentre una funesta desviación sexual que sería de analizarse en su origen para prevenirla.

Por todo esto se necesita airear de cuando en cuando el acervo de ideas pedagógicas. Hacer que sople sobre ellas el viento sincero de la modernidad. Son aquellas como las telas de

seda que se pudren con apariencias de frescura. Sólo cuando se las agita, se ponen de manifiesto sus inevitables, irreparables, sequedad y trizadura.

Juzgamos que en esta hora la enseñanza en el Ecuador deriva, si no ha encallado ya en ese banco de arena, hacia una perniciosa rutina. Tanto más perjudicial cuanto que está enclavada en los hombres que educan. Por suficiencia o por dejadez, el maestro ecuatoriano no renueva su ideario empolvado. Y allí se está tan tranquilo, tan confiado, acomodando vidas a los patrones de la escuela intelectualista que olvidó el palpitar de la existencia para imponer sus esquemas racionales. Desprovisto de apetencias, mordido por la rutina, el preceptor ecuatoriano se ha puesto de espaldas —claro que hay excepciones— al gran movimiento renovador que con lastre científico avanza por aguas educativas hacia la mejor comprensión del inmenso problema de formar generaciones.

Las páginas que siguen son la expresión de unas pocas de las ideas que hoy forman la base de la concepción pedagógica. Las exponemos sin alarde de novedad alguno. Es casi imposible la originalidad en estos asuntos que se nutren de tan diversas fuentes. Se puede notar que carecen de la sistematización y de la profundidad que una obra más largamente meditada exigiría, pero eso no es óbice para exponerlas. Cumplirán —en el mejor de los casos— una misión informativa y su-



geridora Y con eso hasta. Sigue la sugerencia —hoy como ayer— desempeñando su papel magno de fermento intelectual, pronto a señalar mejores caminos a las aptitudes heridas por el acicate.

Las bases de la psicología.

La psicología actual tiene una fuerte cimentación biológica y sociológica. Cada vez que se habla de un proceso psicológico hay que pensar en el proceso fisiológico que le sirve de soporte o por lo menos de punto de partida y en las consecuencias de influencia social, de interpsicología a que da y dará lugar.

La práctica pedagógica venía observando que la psicología asociacionista al uso fallaba cada vez que de sus afirmaciones teóricas se llegaba a la comprobación positiva. El empleo de los mismos medios didácticos producía opuestos resultados.

Los individuos son tan diferentes, que se hacía necesario un estudio de psicología individual de cada alumno para el maestro concienzudo. De otro lado, los muchachos repetían características comunes a sus ascendientes y a sus colectividades, pero que no se encasillaban en los cuadros formulistas de la psicología pedagógica. Había que fundamentarla de nuevo. Esto es lo que han hecho los psicólogos que piden contribuciones a la biología. Esta ha venido a alumbrar, siquiera en parte, las encrucijadas de la herencia y ha tratado de

discriminar los factores múltiples que determinan la constitución individual sobre la que se asienta la personalidad humana.

El problema es demasiado ancho, como se comprende en seguida, para que intentemos otra cosa que esbozar una apresurada síntesis que nos dé pie para unas pocas conclusiones pedagógicas.

La Constitución.

La psicología individual se basa en la constitución del ser humano. Si no atendemos a ese factor orgánico, primigenio, todas las manifestaciones posteriores nos aparecerán como procesos oscuros, complicados, como inexplicables; más todavía si les queremos reducir a ciertos modelos generales.

El significado de la palabra constitución no se restringe hoy al aspecto corporal del individuo, acepción limitada que tenía antes.

Por el estudio de los fenómenos maravillosos de la herencia y de la intervención de los mecanismos de correlación funcional en la formación de la corporalidad del individuo y de su psiquismo, se ha extendido inmensamente el concepto de constitución. Rebasa la interpretación anterior y abarca, en un determinado individuo, aquello que le trajo de sus antecesores el todavía oscuro mecanismo de la herencia, junto a lo que en él mismo ponen las

influencias del ambiente a través del juego complicado y preciso de su sistema nervioso y de sus glándulas de secreción interna, y junto al residuo de sus esfuerzos acumulados por incorporarse a la vida social en el sitio que le corresponde o que elige.

Véase por la perspectiva que las líneas anteriores abren, la dificultad de precisar lo que se entiende por constitución.

Hallar la fórmula que exprese, la compenetración —no sólo la suma, entiéndase bien— de los factores que la especie por modo misterioso, deposita en el nuevo ser, de los factores que el medio que rodea a ese ser sedimenta en el fino cordaje de sus nervios a lo largo de toda su experiencia en un medio determinado, y de los factores originados en las diferentes posturas intelectuales que el individuo se ve forzado a adoptar y que, a la postre, constituyen automatismos, equivaldría a encontrar la fórmula constitucional de un individuo. La constitución individual sería pues la "energía potencial" que traída por el huevo se manifiesta en el ser desarrollado en el curso de toda la vida, esto por el lado físico. Aquello que le es más íntimo y propio, y le surge del fondo de su ser, espontáneamente, cuando se expresa la constitución de su lado psíquico. Dicho queda que ambos aspectos se compenetrán tan hondamente que no es posible separarlos, sino para claridad.

"La forma orgánica y animica, está moldeada en cada ser humano por los dedos vigoroso-

sos de cada glándula de secreción interna, eso es la constitución, la forma, en cuanto es la caracterización objetiva de las cosas y también en cuanto es la resultante de fuerzas internas que han plasmado ya, pero no en molde definitivo, sino sujetas elásticamente a las reacciones del medio externo. Constitución y secreciones internas son, por tanto, estudios inseparables".

La averiguación de cómo el nuevo ser reproduce los caracteres somáticos (del cuerpo) y psicológicos de sus antecesores, ha preocupado siempre al hombre.

En toda mente influida por lo social ha debido apuntar —desde muy temprano— el razonamiento pragmatista que busca la forma de fijar los caracteres benéficos al par que desecha los dañinos y bajos.

Papel de la enseñanza.

Resultante de este codicioso deseo humano de enmendar la plana a la naturaleza, es la enseñanza. Por eso, ésta ha tendido siempre a perpetuar las técnicas ventajosas adquiridas por el hombre. Y han sido siempre los ancianos, de reconocida habilidad en la caza o la guerra, pongamos por caso, los encargados de enseñar a los jóvenes esas maneras de aprovechar de las fuerzas propias en sentido de acrecimiento y de defensa personales. Resalta pues la base claramente afectiva y defensiva de los intentos educativos.

La herencia.

En la averiguación del maravilloso proceso de transmisión de las cualidades físicas y psicológicas, ha recurrido el hombre a variadas explicaciones.

Es de bulto la observación de que hay una parcela de cosas que se heredan y otra de las que no se transmiten, para que nos empeñemos en hacerla. Con todo, más adelante, recalcaremos sobre la dificultad que, en cuestiones concretas, surge alrededor de este asunto.

Se ha creído que, siendo inexplicable la formación de tan vario y grande número de tejidos como hay en el cuerpo humano, había que aventurar hipótesis. Una de ellas pretendía que el óvulo fecundado contenía preformado al ser posterior. Como esta explicación no resistía ni siquiera al examen microscópico se lanzó otra.

La formación de los caracteres y órganos del ser definitivo se efectuaría por grados, conforme a las excitaciones del ambiente. Esta teoría tenía que partir de la existencia en el óvulo de ciertas sustancias, las determinantes, que orientarían la evolución y diferenciación hereditaria del ser.

Es muy patente que aquellas "determinantes" requieren para su expresión y progreso, a más de los estímulos del ambiente, de su presencia continuada que es la que influye, decisivamente en ocasiones, para el predominio de una determinante, para su anulación, y quizá

hasta para el apareamiento de otras. Más adelante volveremos sobre este tópico. Digamos que a las determinantes les llaman también "genes" y que a la distribución y número de estos genes se atribuyen los mecanismos de la herencia. Hay quien afirma que los factores del medio llegan a influir en la disposición de los genes y hasta que son capaces de suscitar su aparición.

La determinación del sexo.

Se ha llegado a observar que las células de los individuos masculinos no poseen el mismo número de cromosomas que las de individuos femeninos. Los cromosomas del macho o de la hembra son dos o más que los del otro sexo. En la unión de dos células: un óvulo y un espermatozoide, se completa el número de cromosomas de la célula de la especie respectiva. Es decir, que las células germinales formadas en el ovario y en el testículo no tienen sino la mitad del número de cromosomas de las células madres.

"A fin de facilitar al lector la comprensión de este asunto comenzaremos por elegir un ejemplo sencillo, el del insecto hemíptero *Anasa tristis*.

"Las células del macho de esta especie contienen 21 cromosomas, uno de los cuales es más grande que los demás y recibe el nombre de heterocromosoma o cromosoma X; las células de la hembra, en cambio, están provis-

tas de 22 cromosomas, dos de ellos de mayores dimensiones que los restantes, pero de igual tamaño que el heterocromosoma del macho, por lo cual son denominados también heterocromosomas o cromosomas X. Como ya sabemos, al constituirse las células germinales en los ovarios y en los testículos reciben la mitad del número de cromosomas que las respectivas células madres, de suerte que los óvulos de *Anasa tristis* poseen 11 cromosomas; pero los heterocromosomas se reparten asimismo entre las células germinales hijas, de lo cual resulta que uno de los 11 cromosomas del óvulo es precisamente un cromosoma X. Mas, siendo impar el número de cromosomas de una célula del macho, claro está que las dos células germinales que de ella derivan no recibirán el mismo número de cromosomas, sino que la una recibirá 10 y la otra 11; uno de estos 11 es el cromosoma X. Resulta, por consiguiente, que todos los óvulos presentan igualdad numérica de cromosomas, en tanto que la mitad de los espermatozoides poseerá un cromosoma más (el heterocromosoma) que la otra mitad.

“Al ponerse luego en contacto los espermatozoides con los óvulos existen tantas probabilidades de que un óvulo sea fecundado por un espermatozoide con cromosoma X que por un espermatozoide que carezca de dicho cromosoma, puesto que ambas clases de células masculinas se hallan en número exactamente igual; luego sucederá probablemente que la mitad de los óvulos presentes se fusionarán con esper-

matozoides privados del heterocromosoma y la otra mitad con espermatozoides provistos del citado cromosoma impar. En el primer caso, los huevos resultantes contendrán **21 cromosomas**, uno de los cuales será heterocromosoma (procedente del óvulo); en el segundo caso, los huevos encerrarán **22 cromosomas**, dos de los cuales serán heterocromosomas, procedentes respectivamente del espermatozoide y del óvulo.

“Ahora bien, como quiera que los cromosomas de la célula huevo se excinden longitudinalmente en el curso de la mitosis, sucederá en definitiva que todas las células del individuo procedente de un huevo con **21 cromosomas** tendrán también **21 cromosomas**, en tanto que las del individuo formado a expensas de un huevo con **22 cromosomas**, poseerán asimismo **22 cromosomas**. Pero, conforme hemos dicho anteriormente, las células de los machos de *Anasa tristis* poseen **21 cromosomas** mientras que las de las hembras contienen **22**, de lo cual se deduce que los huevos con **21 cromosomas** dan origen a machos y los provistos de **22** originan hembras. En suma, la mitad de los huevos formados producirá hembras y la otra mitad machos, lo cual, como se ve, armoniza plenamente con las observaciones de que el número de machos en una especie es aproximadamente igual al de hembras.

En la mayoría de los animales estudiados hasta ahora desde este punto de vista acontece lo mismo que en el insecto *Anasa tristis*,

es decir, que las células de la hembra posean dos heterocromosomas y las del macho solamente uno; no obstante, en los erizos de mar, en las mariposas y en las gallinas se ha observado lo contrario, esto es, que las células de los machos tiene un número par de cromosomas y las hembras un número impar.

"Parece ser que en el hombre, al igual que en otros animales, las células del cuerpo tienen en ambos sexos un número par de cromosomas, pero con la diferencia de que en los individuos femeninos existen dos cromosomas X, mientras que en los masculinos hay un cromosoma X y otro, de diminuto tamaño, llamado cromosoma Y. Al formarse las respectivas células germinales resulta que todos los óvulos son iguales, puesto que todos ellos contienen un cromosoma X; en cambio, los heterocromosomas de las células del macho se distribuyen entre las dos células germinales hijas, de suerte que se producen dos clases de espermatozoides: con cromosoma X y con cromosoma Y, y en número igual, puesto que cada par de células germinales deriva de una célula del cuerpo que posee simultáneamente el cromosoma X y el Y.

"Ahora bien, el huevo resultante de la unión de un óvulo con un espermatozoide provisto de cromosoma X contendrá dos cromosomas X, y, por consiguiente, dará origen a un individuo del sexo femenino, en tanto que el procedente de la fusión de un óvulo con un espermatozoide dotado de cromosoma Y poseerá

un cromosoma X y otro Y; es decir, dará origen a un individuo masculino. Y como también aquí es igualmente posible que un óvulo determinado sea fecundado por un espermatozoide de una u otra clase, la probabilidad de que nazcan tantos varones como hembras es evidente y está de acuerdo en absoluto con los datos estadísticos de los censos de población". (1)

Las glándulas de secreción interna.

Hasta no hace muchos años no se sospechó el papel preponderante que en la vida toda desempeñan esos corpúsculos, al parecer insignificantes, que repartidos en varios lugares del cuerpo, ocultaban su rol al investigador. Se han necesitado las pacientes búsquedas de los últimos tiempos para que esos órganos diminutos entregaran su secreto parcialmente. Bastante se ha avanzado en el camino de estas pesquisas, pero aún es mucho lo que resta por encontrar.

Sin entrar en detalles técnicos que no importan para la comprensión del problema, vamos a intentar una síntesis breve, y, en lo posible, exacta de la posición de este asunto en la hora actual. No tratándose de más propósito que el de información, ahorraremos al lector la contemplación de puntos de vista dis-

(1) Los fundamentos de la Biología. E. F. Galiano.— (pág. 350 y siguientes).



dentes, lo mismo que de la pesada indicación bibliográfica.

La mayor parte son tesis que han pasado a ser del patrimonio científico humano, y que por lo mismo, ya no reclaman sello de propiedad de su afortunado autor.

Expondremos el asunto con alguna libertad, y en lo que más se roza con el problema pedagógico.

Se llama glándulas de secreción interna a unos pequeñísimos órganos que alojados en sitios bien protegidos del organismo, tienen la particularidad de verter los productos de su función secretoria (glandular) en el torrente circulatorio. Las sustancias elaboradas por estas glándulas, de particular naturaleza química, colocadas en la sangre directamente por sus fabricantes, o en los humores, tienen una acción cercana o a distancia sobre otros órganos mayores o menores y aún sobre la actividad vital toda.

Esta acción a distancia y a veces integral, característica de los productos de química biológica de las glándulas incretoras, produce el enorme influjo que ellas ejercen en el desarrollo del cuerpo humano y en la modelación de sus particularidades sexuales, por ejemplo.

El estudio del funcionamiento de las glándulas endocrinas ha llevado a los biólogos a la concepción de los "mecanismos de correlación funcional".

Mecanismos de correlación funcional.

Estos serían los conjuntos de respuestas armónicas que órganos diversos pero asociados, dan a un mismo tiempo o con pequeños intervalos, a un determinado estímulo que actúa sólo sobre uno de ellos.

La actividad de unos órganos implica la actividad conjunta y solidaria de otros, tendiente a facilitar la obtención del fin de la función de los primeros. Esto no quiere decir que siempre estará patente, y nunca contrariado, este propósito teleológico. La separación estricta entre la actividad vital y su finalismo es un problema debatido. No se ha llegado a resolver si la vida tiene un finalismo o si el fin condiciona la vida.

Las más importantes de las glándulas endocrinas son: el timo, el tiroides, o cuerpo tiroides, las paratiroides, las cápsulas o glándulas suprarrenales, las genitales y la hipófisis.

El timo es una glándula de secreción interna de actitud temporal. Funciona en los niños, e involuciona después. Parece que contribuye al crecimiento corporal, acelerando el metabolismo del calcio.

Tiroides.— Es un órgano impar, adherido a la parte anterior del tubo laringo-traqueal. Blando al tacto, es de coloración rosada con manchas grises y amarillentas. Tiene la forma de una H y su tamaño varía, según el sexo y las edades. En sus folículos se produce una sustancia coloidea compuesta de algunos pri-

cipios activos, ya encontrados unos, misteriosos todavía otros.

Parece que la hormona específica del tiroides, su sustancia viva que actúa a distancia, es la tiroxina. Simplifiquemos la exposición de sus efectos. Para hacerlo necesitamos emplear unos cuantos conceptos biológicos que son ya irremplazables.

El metabolismo.

Con su hábil y autorizada palabra, el doctor Marañón nos ayudará.

"El metabolismo basal", es el consumo de oxígeno y desprendimiento de ácido carbónico en un tiempo dado". Este concepto se ha extendido al consumo general de las materias nutritivas y su conversión en materias asimilables de un lado y la separación de los residuos de otra. Aplíquese también parcialmente al consumo, a la transformación en asimilable y al gasto de una materia nutritiva determinada, comprendiendo también la formación de las sustancias de excreción que esas combustiones dejan.

Anabolismo y catabolismo.

Dentro de esta función global que tiende al mantenimiento del equilibrio entre la energía almacenada y la que gasta el ser vivo, por medio de la alimentación, se hacen esquemáticamente dos divisiones: funciones anabólicas, que son aquellas que tienden a la acumulación de reservas, son pues defensivas para el orga-

nismo; y funciones catabólicas, las que presiden el gasto, el dispendio de las materias nutritivas recientemente incorporadas y de las de reserva; son pues peligrosas para el organismo cuando están indebidamente exageradas.

Establecido esto veamos rápidamente las funciones del tiroides.

Cumple una función avivadora, "fuelle del organismo", le llaman los médicos.

Cuando su actividad decrece (hipotiroidismo) no se queman bien los albuminoides, ni los hidratos de carbono ni las grasas. Por el contrario, cuando se acelera anormalmente su función (hipertiroidismo) entran en combustión hasta las masas de esas materias que hay en el organismo. A una actividad amenguada del tiroides corresponde un engrasamiento del cuerpo, y a un funcionalismo excesivo, la flacura.

Esta función del tiroides animadora del gasto de las sustancias alimenticias, se comprende fácilmente que influya en el crecimiento de los animales jóvenes. La extirpación del tiroides puede producir la detención del desarrollo. Los individuos atacados de bocio (papera) no alcanzan la talla normal. Es claro que si el trabajo del tiroides influye en el crecimiento físico, influirá también en el intelectual.

El enfermo afectado de bocio, padece también cretinismo.

No es de nuestra competencia tratar el aspecto clínico de las insuficiencias tiroideas. Al maestro le basta conocer estas generalidades que orientarán su conducta y su trato a los

alumnos, y su intervención que reclamará la presencia del facultativo a la aparición de los fenómenos degenerativos tanto físicos como intelectuales. El alumno enfermo no puede dar un rendimiento igual al del sano. Esto se olvida a menudo, con evidente injusticia.

Las paratiroides.— Las glándulas paratiroides que son cuatro, en forma de granos, se encuentran junto al tiroides y poseen una coloración rojiza. Secretan una sustancia que parece ser el origen de su especial función, la paratirina. Esta sustancia favorece el metabolismo del calcio y de los hidratos de carbono.

Influye por tanto en el crecimiento físico, en especial de los huesos; luego, en el desarrollo intelectual.

Sin que estén claramente explicadas, se habla de una función antitóxica del tiroides y de las paratiroides.

Glándulas suprarrenales.— Las glándulas suprarrenales son dos. Su nombre indica su colocación, en el polo superior de los riñones. Son de color amarillo oscuro.

Como están divididas en dos zonas histológicamente distintas, secretan dos diferentes sustancias. La región cortical, por medio de sus productos interviene en el metabolismo de los lipoides y en el crecimiento y adquisición de las formas somáticas (morfogénesis).

La zona medular produce adrenalina, hormona que regula el tono del corazón, de los vasos y músculos, es decir el mantenimiento de su estado de tensión normal.

Las suprarrenales tienen una acción decisiva en el metabolismo basal y en el de los albuminoides y los hidratos de carbono. Influyen por lo mismo en el crecimiento tanto físico como intelectual.

Ejercen también influjo en el desarrollo y función de las glándulas sexuales.

Glándulas genitales.— Estas, testículo en el hombre y ovario en la mujer, tienen a más de sus funciones específicas, las de glándulas de secreción interna.

Parece que influyen en el metabolismo de las grasas.

La hormona genital acelera el crecimiento y determina la aparición y formación de los caracteres sexuales primarios y secundarios. Existen en el cuerpo del hombre y de la mujer diferencias de organización profundas y muy visibles. A más de estas diferencias que son las que asignan a cada sexo su papel en la generación, hay otras que contribuyen a completar el cuadro diferencial. Trabajo sintético éste, no podemos ahondar en los detalles. Quien deseara hacerlo, puede encontrar información clara y no recargada de aparato científico en "Tres Ensayos sobre la Vida Sexual" de Gregorio Marañón.

No es cosa muy averiguada la determinación del sexo en el organismo. Proceso oscuro no entrega sus secretos. Juzgan unos que los determinantes del sexo se asilan ya en ciertos cromosomas formados en la resultante de la fusión del elemento macho (espermatozoide) con

el elemento hembra (óvulos). Hablamos ya de esto en páginas anteriores. En este caso, la hormona genital no haría más que apoyar la diferencia sexual predeterminada en el huevo. Para la opinión de otros, el organismo sería al principio bisexuado, esto es, coexistirían en el germen ambos elementos sexuales; de los cuales uno alcanzaría predominio por la influencia humoral de las secreciones, especialmente de la hormona genital. Se basa esta opinión en los curiosos experimentos de castración y de injertos de elementos sexuales contrarios que se han hecho, obteniendo la aparición de caracteres sexuales secundarios, y hasta de algunos de los primarios.

Aún hay un criterio medio, que aceptando una determinación sexual inicial, admite la influencia de las secreciones internas que podría llevar hasta al cambio a la dirección primera.

De acuerdo con la segunda opinión, parecen estar los fenómenos de intersexualidad. En la mujer la aparición de caracteres físicos o psíquicos que recuerdan al varón, se llama fenómeno de virilismo. Igual fenómeno en el hombre, se llama intersexualidad feminoide; y cuando los fenómenos tienden a resaltar caracteres femeninos sobre un fondo masculino, se los llama de eunucoïdismo.

Llega una época —temprana— de la vida en que el individuo oscila entre los polos de lo masculino y lo femenino. Es lo que los médicos llaman la intersexualidad normal. Si esa situación perdura, el caso se vuelve pa-

tológico, dando razón a la teoría que afirma que en cada individuo se alberga latente el sexo opuesto.

La hipófisis.— Llamada también glándula pituitaria, órgano pequeñísimo, se halla alojada en la base del cerebro. Su acción reguladora se ejerce sobre el metabolismo de las grasas y de los hidratos de carbono. Influye por lo mismo en el crecimiento y en el desarrollo, y en la acentuación de los caracteres sexuales. La inactividad hipofisaria origina atrofia en los órganos sexuales y anormal distribución de las grasas.

El sistema neuro-vegetativo.— Se compone de dos conjuntos de nervios nacidos en los núcleos de la base del cerebro y en la médula espinal. Llámense el simpático y el parasimpático.

Cumplen funciones, en apariencia antagónicas, pero que en el fondo se completan. Su influjo nervioso, de actuación inconsciente, se ejerce sobre las vísceras, sobre algunos de los órganos de los sentidos y sobre las glándulas de secreción interna.

Son también mecanismos de correlación funcional. La actividad del parasimpático es en general excitante de las funciones. La del simpático, frenadora. La excitación llevada por el parasimpático a una glándula de secreción interna determina una hiperactividad de la glándula; pero esta hiperactividad origina a su vez un exceso de irritabilidad de los nervios parasimpáticos.

Se implican y se determinan las funciones unas a otras de modo de volver imposible su estudio aislado.

Se afirma que la acción del parasimpático es favorecedora de la acumulación de las reservas alimenticias (anabolismo). En cambio el simpático regularía el gasto de esas reservas ejerciendo una acción catabólica.

Según las edades y los periodos del día, predomina la función del parasimpático o del simpático. La exageración del funcionalismo de uno de ellos delata un estado morboso en el organismo. Ligados de manera especial al funcionamiento nervioso, sirven de medio de exploración de ciertas enfermedades mentales.

Los procedimientos médicos han llegado a producir la excitación artificial tanto del simpático como del parasimpático con sustancias especiales: adrenalina, pilocarpina y atropina.

Las glándulas de secreción interna se influyen unas a otras y recíprocamente. En otras ocasiones completan su acción, prestándose ayuda. Por eso se ve que la ablación del tiroides provoca un aumento de volumen y de función de la paratiroides. Y así en muchos otros casos que no hay para qué detallar.

Entre los dos sistemas nerviosos del simpático y el parasimpático, que se llaman también en conjunto, el sistema neuro-vegetativo, y las glándulas de secreción interna hay, como ya hemos apuntado, una íntima interdependencia y coordinación. Entre ellos —puestos en juego por los factores del ambiente— y

sobre la base constitucional, moldean lo que va a ser el individuo humano ya definitivamente constituido. Sobre todo determinan de manera bien visible los fenómenos del crecimiento y de la aparición y evolución de la sexualidad.

La figura y el carácter.— Pertenecía a la observación vulgar la correspondencia de la "figura" con el carácter. La constitución corporal, somática, se anotaba correlativa, en muchos casos, de lo que podría llamarse la constitución psíquica.

Es claro que se intentaron esfuerzos para averiguar las leyes a que obedecía esa correspondencia, que, por lo demás, parecía no fallar. El caso del "señor alegre", obeso y bajo de estatura; del hombre delgado y anguloso, con carácter agriado y sombrío, eran muy repetidos, para que no preocuparan a los investigadores.

Sin espacio ni para resumir los diferentes esbozos de clasificación somática y psicológica, condensaremos las ideas del gran psiquiatra alemán Ernesto Kretschmer, ya porque contienen una tipología somática en lo posible completa, como porque no olvidan la clasificación psicológica, y anotan las posibles correspondencias.

De sus observaciones sobre enfermos mentales —material humano perteneciente a Suabia, región alemana— dedujo Kretschmer la existencia de cuatro tipos somáticos.

Extendió sus ideas al campo de los hombres normales y encontró que los tipos de los alie-

uados sólo estaban exagerados, pero que podían fácilmente ser reconocidos en las gentes comunes. Luego estableció las correlaciones psíquicas, terreno en el cual las conclusiones pueden ser en cualquier momento apresuradas, ya que aún esperan comprobación en casos muy repetidos y pertenecientes a diferentes países. Y hasta en el caso de que obtuvieran esa comprobación, siempre queda la puerta abierta para las excepciones individuales.

Sintéticamente, los tipos de Kretschmer son:

En el aspecto somático, es decir de la estructura del cuerpo:

LEPTOSOMÁTICO.— (de cuerpo estrecho) Son gente de cuerpo ahusado, costillas salientes, poca musculatura en brazos y piernas, vientre poco prominente y casi desprovisto de grasa. Cara de forma de huevo, pero no alargado. Pelo abundante y tupido en la cabeza y casi en todo el cuerpo.

El tipo asténico posee las cualidades del leptosomático exageradas.

ATLÉTICO.—Hombres de gran estatura, fuertes y anchas espaldas, tórax saliente con gran cantidad de músculos, pertenecen a este tipo. Su cabeza es erguida; su cara posee piel gruesa y es de forma ovoidea, pero alargada, o redondeada en el mentón, como en forma de escudo. Dan, a poco que se exageren sus rasgos morfológicos, la impresión de pesadez y tosquedad, por la diferencia muy marcada del desarrollo torácico comparado con el pelviano y la desigual distribución de la grasa.

PICNICO.—En contra de los tipos anteriores que presentan cuerpos alargados o, por lo menos, delgados, el pícnico es ancho, su cuerpo acumula grasas y da la sensación de que se perdieran sus huesos y músculos; su vientre es prominente. Las piernas cortas y débiles, desproporcionadas para el voluminoso tronco. Cara redondeada, llena de grasa, agradable; frente amplia. Pelo blando, susceptible de caer con facilidad engendrando la calva en bola de billar.

Entre estos tipos fundamentales se interponen las variantes debidas a mezcla de los caracteres específicos de cada uno de los tipos. Hay también otros tipos que, como obedecen a alteraciones del funcionalismo de las glándulas de secreción interna, presentan diferencias poco perceptibles para el profano y entran de lleno en agrupaciones anormales.

Las mujeres poseen también diferencias en su caracterización morfológica que no están todavía bien precisadas.

Si las ideas amplias de Kretschmer aún están bajo discusión, es claro que una sumaria exposición de ellas no puede tener intenciones dogmáticas, y debe ser tomada con las restricciones necesarias.

El lector puede sospechar ya que en la investigación de estos tipos corporales no pudo prescindirse —ni aún si esa hubiera sido la intención— de hacer la observación de que en ellos se encontraba como el correlato fisiológico de características psicológicas constantes

de un modo general o sea tomadas globalmente. Esto sería tanto más visible para quien como el investigador Kretschmer recorría el camino inverso, esto es, iba de esas características psíquicas a su soporte anatómico y fisiológico. Entonces la relación estrecha debió resaltar evidente.

Antes de exponer las ideas de Kretschmer con respecto a las características psicológicas en su paralelismo con las fisiológicas, tratemos de esquematizar, con fines de claridad, las nociones de temperamento y carácter.

El hombre es una fina máquina que se ha echado a andar en un medio ambiente especial y que va integrándose a medida que transcurre el tiempo. Se diferencia de toda otra máquina en que es susceptible de recibir influencias y experimentar cambios con acomodación, en función de su ambiente.

El peculiar modo de funcionar esa máquina humana con sus adaptaciones de todo momento al medio, constituiría lo que globalmente se llama constitución. Podrían distinguirse en ese modo de marchar dos aportes, compenetrados intimamente sí, quizá inseparables, pero que pueden colocarse en dos órdenes para objetos didácticos.

Aquello que pertenece al fondo de la organización, lo heredado, lo predispuesto y su funcionamiento que es lo esencial de la máquina, pertenecería a un orden.

Lo que se sobrepone a eso, la superestructura, las finas variantes adquiridas en función

del medio; en definitiva, todo lo que es postizo, todo lo que el reflejo, los dedos del medio han impreso en la masa original, sería otro orden.

A lo primero se llama el temperamento. A lo segundo el carácter.

No se da a ninguna de las dos explicaciones el alcance de una recíproca influencia, cuestión de la que hablaremos después. Sólo decimos con ellas que el temperamento es lo dado, lo que viene con la corporalidad por medio de la herencia, es el modo primitivo de "andar" nuestros mecanismos fisiológicos, algunos de los cuales involucran, o por los menos, determinan los mecanismos psíquicos. Y que el carácter es lo transeunte, lo adherido, lo que viene de fuera, aquello externo y que pertenece a un más cercano presente, no viene del pasado, y que depende tanto del medio ambiente físico como del social.

El temperamento hunde sus raíces en el suelo oscuro del pasado de la especie. El carácter pertenece sólo a la vida, a la historia del individuo, podría decirse, sintetizando con algún riesgo de la exactitud.

Como el temperamento se presenta así cual un torrente íntimo dotado de un hontanar lejano y capaz de grandes resonancias futuras, y la vida sobre la tierra y en sociedad no podría, en todos los casos, dejar expresarse sin peligro a esa corriente, es claro que el carácter aparece como el canal en que las fuerzas temperamentales alcanzan expresión adecuada.

como si dijéramos dulcificada, para evitar choques con otras corrientes, tal vez antagónicas.

Claro resulta también que el agua rebasa el canal en cualquier instante, y que siempre, lo fundamental, lo esencial es el agua, es decir el temperamento.

Al respecto parece que no hay cosa más clara que la explicación de Gustavo Pittaluga: "El temperamento surge del conjunto de las reacciones bioquímicas humorales, dependientes a su vez, de las actividades trófica o glandular o diastásica de las células que integran nuestros órganos, muy en particular los órganos de secreción interna. Ejercen éstos directa y continua acción sobre el sistema nervioso vegetativo, y por medio de este último y del plasma sanguíneo, otorgan al sistema nervioso central las cualidades específicas de nuestra sensibilidad: el tono, el ritmo, el "tempo" de nuestra personalidad estética. El temperamento, que forma parte, pues, de nuestra constitución nativa, nos da la inmediata resonancia de la emoción en nuestras visceras; es como la expresión global, la vibración de todo nuestro ser, en sus estructuras más delicadas, al toque del acontecimiento, del sonido, del gesto o de la imagen externa. Expresión verdaderamente entrañable, como dice el pueblo, signo o manifestación espontánea del tumulto de nuestras entrañas, que el medio interno, en su varia composición, riega y funde en un ritmo, en un timbre, en un tono inconfundible para las eternas respuestas a las eternas demandas

El carácter, en cambio, opone a la tempestuosa e instintiva actitud temperamental, en que se reflejan directamente las impresiones del mundo externo, el freno que corresponde a su jerarquía, como cualidad nacida del perfeccionamiento de las conexiones nerviosas cerebrales en su lento trabajo de ajuste, a través de la larga historia, no sólo de nuestra propia personalidad individual, sino de las personalidades ancestrales de las cuales descendemos y de las cuales recibimos, a la par, los factores fundamentales de nuestro temperamento y los elementos formadores de nuestro carácter. El carácter es a la vez, el moderador de los impulsos del temperamento y el seleccionador de los estímulos del mundo exterior, en constante actitud defensiva para restablecer la armonía entre las sensaciones y las reacciones.

Insisto en hacer resaltar esta facultad seleccionadora del carácter, porque de ella depende, a través de la educación y de la técnica, todo el acierto de la "conducta" y toda la eficacia de la labor artística o científica. Mediante la selección previa se aminora el esfuerzo de inhibición y de dominio que nuestro espíritu ha de ejercer sobre la espontaneidad de nuestro temperamento. Es más: en realidad, sólo cuando esa capacidad de seleccionar, esa facultad de estimar, discriminar y escoger las sensaciones se ha constituido en nuestro espíritu, sólo entonces poseemos un carácter y sólo entonces nuestra conducta en primer tér-

mino y nuestras obras en segundo término, llevarán el sello de ese carácter.

La fuerza del carácter es, por consiguiente, el fruto de esta larga serie de reacciones y de selecciones, es el producto de la acción ejercida sobre nuestro fondo temperamental por innumerables factores externos. Pero la fuerza del carácter estriba precisamente en el soporte de su temperamento, y cuando más alto es el vuelo de nuestro espíritu, cuando más intensa y viva la inspiración, el anhelo de nuestra alma para alcanzar la serenidad, para limpiar el juicio de las escorias de nuestras pasiones, tanto más arraigadas sentimos removerse, en lo más íntimo y recóndito de nuestro ser, las tendencias temperamentales, las apetencias primarias que hacen de nuestro sistema nervioso, por encima de todo, un exquisito instrumento de percepción, de resonancia y de exaltación de las sensaciones".

Complementemos la concepción anterior con la opinión de Kretschmer.

Para Kretschmer, el temperamento "es la actitud afectiva total del individuo, definida por dos factores esenciales, la sensibilidad o susceptibilidad afectiva y el "impulso" condicionado, naturalmente, por la acción de las glándulas incretoras, y cuya influencia en la determinación de las formas, también es decisiva. "El temperamento, mejor dicho, los temperamentos, intervienen en el instrumento motor de los llamados aparatos psíquicos, como el pedal en el clave, matizando, apagando o avi-

vando la tonalidad de nuestros sentimientos".

Siguiendo al mismo autor el carácter se lo definiría "como la totalidad de las posibilidades reactivas afectivas de un hombre, engendradas a lo largo del curso de su vida; es decir, condicionadas por su fondo hereditario y por la influencia de un conjunto de factores exógenos (influencias orgánicas, educación psíquica, medio y huellas de las vivencias). Refleja la totalidad de la personalidad psíquica por su lado afectivo conjuntamente con su inteligencia" (1).

Indiquemos, ahora, de paso, una cuestión fundamental. Se puede hablar del temperamento y del carácter en una edad ya algo avanzada de la vida. Quizá en la adolescencia. Porque hacen falta para hablar del temperamento, que estén completas y en juego —fijándonos sólo en el lado fisiológico— las secreciones internas, y eso no se verifica sino después de la evolución de la sexualidad; por lo menos, después de su aparición y de su comienzo de estabilización. Y porque el carácter depende en gran parte de la educación, y ésta se inicia —en forma sistemática— al fin de la segunda infancia y, si bien no termina nunca, está en un período álgido de ordenación en los años del colegio.

Luego, hay que exponer algo acerca de la evolución de los sexos y de la diferenciación sexual,

(1) Así resumido en el Trabajo del señor J. P. Muñoz en "Los Temperamentos", publicación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Quito — 1930.

anotar siquiera etapas en la una, y fijar brevemente caracteres que distinguen la psicología masculina de la femenina.

La trascendencia de la sexualidad es tan grande que no ha faltado un criterio que quiera encontrar en el sexo el motor visible o disimulado de todos los fenómenos vitales y sociales.

En los primeros estadios de la vida el organismo no se diferencia sexualmente, para algunos. Pasan varias semanas antes de que esto suceda. Este fenómeno de indiferenciación subsiste modificado: bajo la forma de latencia. Esto lleva a sostener que casi no es posible encontrar un ejemplar humano con signos sexuales puros, o, con palabras de M. G. Morante, el sabio profesor de Madrid, "no hay hombre que no ostente signos de feminidad ni mujer que no tenga cierto cariz de varón".

Para el hombre, singularmente en la época de la pubertad (la crisis llamada de la pubertad tiene un marcado tinte sexual), la indecisión sexual, fisiológica y psicológicamente, es acentuada. Casi se puede decir que existe una tendencia, no muy clara desde luego, a la homosexualidad. De intento no penetramos en la discriminación de este difícil problema que requiere otra oportunidad. Pero la confusión de esa edad, es evidente. Los signos externos parece que hasta se propusieran desorientar al observador. La psicología de esa época de transición, más aún.

En una menor edad también se indiferencian los sexos. Recuérdese los cuerpos de

los niños de 5 a 8 años, tan parecidos y con la grasa tan redondeadamente repartida. Parecida cosa se anota en la entrada de la pubertad, de 12 a 14 años.

En la mujer, hacia la época del climaterio o menopausia, que se caracteriza también como tiempo de crisis, así material como espiritual, se presentan signos y tendencias viriloides, más o menos acentuadas, visibles sobre todo en el aspecto psicológico, ya que en el corporal no asoman sino caracteres secundarios, más o menos acentuadas decimos, según la fuerza del sexo contrario que hasta entonces ha permanecido soterrado.

De lo ya apuntado se desprende que la sexualidad en el hombre y en la mujer no siguen un ritmo paralelo, ni siquiera obedecen a constantes en cada sexo. Esto induce a pensar que se debe admitir la suposición de la existencia de los dos sexos que luchan en el fondo de cada ser humano, y que, vencidos por el elemento más fuerte casi todo el tiempo, tratan en ocasiones de tomar su desquite y de subvertir el orden. Aquí encontrarían su explicación biológica esas tremendas catástrofes de alma que se desenvuelven en muchos hombres y mujeres y que ya han sido llevados al teatro y a la novela.

El hombre padece una intersexualidad feminoide de alguna duración: la pubertad es su edad crítica. El peligro estriba en que ella reviste dos procesos: el fisiológico y el espiritual. Muchas veces termina la crisis con un

predominio del sexo masculino en la morfogénesis, pero persisten las actitudes psicológicas que forman camino para la inversión posterior.

Las etapas de la sexualidad según Freud, el genial médico vienés serían:

a) Fase bucal.— Lactancia. Los placeres sexuales y de la nutrición aparecen unidos.

b) Fase autoerótica.— Separado el placer sexual del de la nutrición, el niño busca en sí mismo el objeto sexual, la fuente del goce erótico. La época de iniciación. Tendencia a masturbarse.

c) Fase heterosexual: El niño deja de perseguir satisfacciones autoeróticas. Busca el objeto sexual fuera de sí, entre las personas que le rodean. Las niñas se sienten atraídas, normalmente hacia el padre, los niños, por la madre.

d) Fase de latencia: Periodo de calma, de serenidad —de ordinario— de los cinco a los nueve años. Las primeras etapas, casi olvidadas, pasan a constituir la prehistoria sexual. Surge un afán campeador de enterarse de los enigmas.

e) Adolescencia. Llega la pubertad. Afianzase la constitución sexual. Tienen lugar tres fenómenos de la mayor importancia:

- a) Localización genital de la sexualidad;
- b) Diferenciación sexual;
- c) Elección del objeto sexual.

Es en el salto de la fase autoerótica a la heterosexual donde se encierra un peligro. A

veces el salto no se efectúa. El encogimiento frente al otro sexo iniciado desde muy temprano perdura, y el individuo deriva fatalmente hacia la homosexualidad.

Luego después, es la adolescencia, con la época crítica de la pubertad en la que se desarrolla el fenómeno que se ha llamado la "explosión sexual", el periodo peligroso, especialmente para el hombre. Ya se pueden distinguir —desde antes— modales, hábitos y hasta actitudes intelectuales que permiten establecer la clara diferencia entre el varón y la hembra. Pero es a partir de la pubertad que tanto el uno como la otra toman, como si dijéramos posiciones fronterizas en la vida. Van poco a poco separándose en los juegos, en las aficiones. Toman contacto con algún recelo. Cada ser se adentra en sí mismo, obedeciendo a un ignoto mandato. Parece como que redondeara su personalidad antes de dejarla que se pule en el contagio social.

Las mujeres parecen más dóciles y desde luego, según Freud, en ellas aparecen más tempranamente y en campo abonado los diques sexuales (pudor, repugnancia, despego instintivo, etc.). Sus mecanismos de represión sexual funcionan de más fuerte manera, sin resistencia grande de su parte. De allí que analicen sus instintos parciales en una forma pasiva.

DIFERENCIACION SEXUAL.

Expongamos rápidamente, las diferencias de más bulto.

En la 1a. y la 2a. infancia, juegos e intereses de niños y niñas se confunden; pero puede vislumbrarse un alborear emotivo del instinto maternal y de la tendencia al sedentarismo, en la mujer; y de una actividad elaboradora, de fuerza y de alejamiento aprovisionador, en el varón.

No quiero esto decir, —ni remotamente— que neguemos la posibilidad —tan comprobable— de los cambios de papel y de las interrelaciones de esas tendencias nacientes.

Pasada la época de crisis en que todo vacila y cuando comienza a estabilizarse la personalidad, puede hablarse de una diferenciación psicológica entre varón y hembra. Antes de la crisis y dentro de ella más aún, los sexos parece que establecieron fronteras sólo impulsados por el parcelamiento que hace la sociedad de tan intensa manera. En plena crisis de la pubertad, el muchacho encuentra en su torno una vida artificial que la sociedad ha creado para educarlo. Un mundo solamente de hombres. Antes vivió gozosamente inmerso en el mundo de los objetos y de las personas tales cuales son, y sus ojos maravillados interpretaban los enigmas ayudados por la benevolencia de todos los cercanos. Ahora se limita el margen de su actividad. Flota en su tor-

no un acedo rumor de desconfianza. Es como si los demás no pudieran consentir que la situación anterior, de gloriosa libertad del niño, continúe. Por todas partes nota el puber que se le cohibe, se le detiene. Con palabras, con gestos, con actitudes, hasta con objetos. Y él mismo siente dentro de sí, como respuesta a ese acorralamiento, una vacilación de su entereza para ir por el mundo, un derrumbarse de su visión estática de lo que le rodea. El mundo en torno se agita en una danza cargada de sentimiento. Comprende que no debe pedir la explicación de la faz nueva de las cosas y los hechos, porque se la negarían. Y se abisma, con toda el alma tensa, en la búsqueda de esa explicación. Allí se encontraría el origen de la fantasía alada de la adolescencia. Para el adolescente, el mundo se ha cubierto de rubores, de velos, todo se le esquivo, y en su esfuerzo de interpretación, no son las construcciones antojadizas las que menos lugar van a tener. Mira en redor suyo el adolescente y no halla más que amiguitos, sumergidos en las mismas sombras que él. Cuando este es el caso, se convertirá el amiguito, o en objeto de culto o en confidente de timideces. Cuando el compañero es más informado, llegará a ser el mentor, el guía.

La vaga tendencia hacia el otro sexo que aparece en esta época no podrá ser sublimada, levantada, porque ariscamente se aísla la personalidad en formación, de la vida real, obligada por la conveniencia y el prejuicio. Esto

determina perversiones, permanencias prolongadas en una fase de indeterminación que se alargarán en cualquier momento, con tintes patológicos.

Esta época anómala en que el individuo no sabe qué obedecer y en la que nadie le ayuda; termina por fortuna con el triunfo de las tendencias varoniles en la mayoría de los casos. Entonces si se puede hablar de diferenciación sexual.

Partiendo de la actividad sexual a la que el hombre va momentáneamente, sin dar a su función transitoria casi ninguna trascendencia, y en la cual pudiera decirse que se encuentra casi todo el sentido de la existencia femenina, se puede llegar a una separación fisiológica y luego psicológica de los sexos.

La mujer tiene, es, un centro vital en sí misma; se halla, como si dijéramos arraigada a la naturaleza por ese algo tan fuerte que es el instinto. Sería en este sentido un ser perfecto, completo, que encuentra en sí mismo su centro de gravedad y su meta última.

El hombre lleva en sí una tragedia: la de sentirse incompleto y buscar el centro que no tuvo o que ha abandonado. Este sería el sentido íntimo, profundo, eterno del mito hebraico: "alcanzarás el pan con el sudor de tu frente". Ese pan tal vez no es el material, el que sacia la necesidad biológica. Quizá es más bien la insatisfacción perenne que acosa al hombre en busca de su eje y que le perla de sudor la frente angustiada. La otra, la urgencia bioló-

gica de esfuerzo, más bien es placentera a poco que así se la tome. Pero esa resta oculta que todos llevamos dentro, esa pugna por establecer el punto alrededor del cual giramos, ese afán agresivo de saber sin taña y sin término, son el verdadero via-crucis humano. Esa debilidad, esa falla tan hombrunas de integridad, de arraigo, le han dado, por compensación, una mayor capacidad abstractiva, porque la necesita, porque es una defensa— siquiera parcial— en su mudo diálogo con el misterio; en su imposible anhelo de poner acuerdo entre el dualismo del mundo externo —tan complejo y tan hostil que le anega y que le obliga a vivir en perpetua lucha con él, recreándolo, domándolo— y el de la verdad que su espíritu crea. Esa sed de verdad, de razones últimas, de explicaciones, constituye el torcedor más grande de la especie, al par que su específico resorte de progreso que le ha llevado desde la vitalidad espontánea más baja, hasta las conquistas del espíritu, a través de las expresiones del alma, bravías y numerosas.

La mujer, por el contrario, ha encontrado y disfruta de su unidad. No gusta, por tanto, mucho, de la abstracción ni de la lógica. El mundo exterior en cuyo sentido penetra sin esfuerzo no le exige otra explicación. Siente esa explicación permeándole todos los poros. No tiene para qué exigir más. No se agota en esa exploración ardiente que aniquila al hombre incompleto y altanero. Encuentra su finalidad determinada, y cuando ella se es-

conde —en casos accesorios— su instinto superlativo la adivina. Vive de modo taumaturgico en las cosas que para ella son translúcidas, hermana:

En todas las líneas anteriores se habrá visto palpar la concepción actual que sostiene que no existe una verdadera oposición de los sexos. Este concepto de la oposición, de la lucha, en biología está sufriendo rudos golpes. Las funciones, la vida de las especies que antes se explicaban por lucha, la famosa "struggle for life", se resuelve ahora más hondamente por cooperación, por ayuda en fines superiores de la vida, que el ángulo parcial en que se coloca nuestro ojo humano, le impide ver en su globalidad.

Los sexos en vez de mantenerse en pugna, más bien se complementan. No falta quien diga que se suceden. Se establece una rotación psicológica de ellos más o menos patente, más o menos oculta o inconfesada, en cada espíritu, rotación paralela a aquella que parece evidente se realiza en la corporalidad de cada individuo.

La clasificación de los temperamentos.

También en este terreno se han hecho desde antiguo muchos esfuerzos. En la imposibilidad, hasta de resumirlos, expondremos lo esencial de la clasificación de Kretschmer.

El temperamento es algo global que da origen a un conjunto de reacciones imbricadas, difíciles de aislar.

Para el estudio del temperamento hay que partir de una dualidad básica y sin embargo heterogénea: el ser y el mundo.

Forma la espiritualidad del individuo, desde el momento en que rompe (en la adolescencia) el cordón umbilical que le ha mantenido atado a la naturaleza, a las cosas, un mundo aparte, microcosmos que ya tiene su autonomía, su nombre propio: el mundo interior. Frente a él toman posición los múltiples objetos, ordenadamente, obedeciendo a leyes que para el hombre aparecen como relaciones. En función de ese microcosmos adquieren su colorido, su matiz afectivo todas las cosas que le rodean al hombre. Aparece una escala afectiva de los valores de las cosas, origen de la escala en que más tarde el conocimiento dispondrá los seres y las acciones dando al concepto de valor un contenido preciso y propio. Esa operación de dar valor a las cosas, a los hombres, a los actos, a los pensamientos, es también origen de ese tambaleo psicológico de la edad en que se verifica. El hombre está recreando el mundo y padece el éxtasis de su obra. Por eso es tan difícil en ese período aquilatar la dirección y fuerza de la personalidad futura que se cimenta en ese tiempo.

Fácil es advertir que entre el mundo y el hombre se establece también una relación. Relación que admite dos posiciones fundamen-

tales opuestas. Entre ellas se alinean las variantes. O el mundo exterior es lo más importante, lo decisivo dentro del espíritu de un individuo, o lo es su propio yo, su mundo interior.

El predominio del uno o del otro puede ser de diferentes grados.

A la actitud psicológica en que prevalece la influencia de lo exterior, ha llamado el psiquiatra suizo C. G. Jung, disposición extravertida. Y disposición introvertida a la de aquellos individuos que alejados de los objetos tienen una más profunda vida interior, viven dentro de sí mismos, olvidados de lo demás que les rodea.

De paso, nótese como estas disposiciones primarias del espíritu determinan la vida social de un individuo, el papel que desempeñará en el grupo. Piénsese también en la ingenuidad de la educación frente a estas actitudes originarias, si se recuerda que estas formas temperamentales aparecen ya en los niños con alguna claridad.

No hablamos claro está de la clasificación tipológica esbozada por Ferrière al recordar la obra de Piaget. Ella se coloca en otro punto de vista, y suponemos a los colegas bien informados de ella para que la repitamos.

Téngase en cuenta siempre que de aplicar estas ideas de los tipos psicológicos se trate, que no siempre pesa de modo fatal la disposición psicológica, ni en la conducta, menos en un acto tomado aisladamente. En el caso,

puede suceder que un introvertido reaccione en ocasiones de un modo análogo a aquel en que procedería un extravertido. Si aplicamos la misma observación a la tipología de Ferrière, encontraremos que el período que el denomina sensorial y aún el tipo de ese nombre, actúan como intuitivos, o como racionales.

Los tipos de Kretschmer.



El psiquiatra alemán ha estudiado a fondo dos géneros de enfermedades mentales: la psicosis maniaco-depresiva y la esquizofrenia. (1)

Indujo que en ellas eran llevados a lo grotesco, a lo caricatural, modalidades hondas de la personalidad normal, entendiendo en ella

(1) La psicosis maniaco depresiva es una distimia, es decir un trastorno que se refiere a una exageración extraordinaria del tono afectivo, ya sea en el sentido de la exaltación, ya en el de la depresión; por lo tanto siempre de índole cuantitativa, dando lugar al síndrome maniaco o al depresivo, puros o combinados. En cambio la esquizofrenia es un trastorno cualitativo de la afectividad, que puede caracterizarse por la disociación de las funciones superiores o por la anestesia, en ciertos casos, o por la sensibilidad afectiva mórbida en otros. Por eso se la ha denominado paratimia.

tanto el aspecto morfológico como su correlativo de reacciones psicofisiológicas.

Como la morfología humana y su manera de reaccionar tanto fisiológica como psíquicamente, pueden entrar en combinaciones diferentes dentro de la personalidad de un sujeto determinado, para buscar como encasillar a los temperamentos había que atender tanto a la forma de recibir (sensibilidad) los estímulos psíquicos, como al modo de reaccionar ante ellos y con ellos.

Tomando en cuenta todo esto, y hasta la relación del temperamento con el tipo morfológico, Kretschmer formó dos grandes grupos de temperamentos normales: los ciclotímicos y los esquizotímicos.

No teniendo más que el tono informativo, nuestra síntesis de esta caracterización carecerá del rigor científico, sacrificado a la claridad. Además, todavía esta caracterización no adquiere validez general.

Ciclotímicos

Son fáciles para recibir el estímulo psíquico. Pesan sus ideas muy poco en sus afectos. Las cosas los arrastran.

Se pudiera decir que su tono psíquico, su humor, su manera habitual de estar, oscila entre la alegría y la depresión.

El compás de su alma, su ritmo psíquico, de la movilidad alcanza la rapidez; son vivaces, frescos de espíritu, ágiles, cambiantes.

Reaccionan de modo espontáneo, con mesura, flexiblemente en relación con el estímulo.

Los sujetos ciclotímicos poseen el tipo corporal pícnico.

Esquizotímicos

Al recibir los estímulos exteriores o lo hacen de modo alterado, febril (hiperestesia) o llegan a la frialdad, al desprecio, quizá a la anestesia. Nada de lo que ocurre fuera de su yo les interesa.

Su tono de alma es la indiferencia, la inmersión fría y altanera en sí mismos. Son hoscos y despreciativos.

El compás general de su espíritu, la sucesión de sus fenómenos psíquicos, su ritmo va de la brusquedad a la indolencia.

No reaccionan de modo adecuado al excitante. Por eso sus reacciones son lentas, esquemáticas, volubles, a veces inflexibles.

Su tipo corporal es en general o asténico o atlético o tipos mixtos.

Las dos grandes divisiones temperamentales ya citadas, dan origen a subgrupos para cuya calificación reproducimos el cuadro de Sacristán, que trae también el trabajo universitario arriba mentado, al que pertenecen asimismo las líneas subsiguientes.

TEMPERAMENTOS:

CICLOTIMICOS:

Hipomaniaco: sujetos móviles y alegres.

Sintónico: realistas prácticos; humoristas sin malicia.

Pesado: (depresivo) Hombres de sangre espesa, blando.

ESQUIZOTIMICOS:

Hiperestésico: irritables, idealistas, de vida intelectual delicada y exclusiva.

Esquizotímico intermedio: hombres fríos y enérgicos; sistemáticamente lógicos, calmados, aristocráticos.

Anestésicos: fríos, friamente nerviosos, solitarios, indolentes, de espíritu falso, lentos, perezosos, obtusos, inaccesibles a las pasiones; espíritus brumosos.

"En su actitud completa frente a la vida y en su manera de reaccionar, no menos compleja, frente a las influencias del medio, los ciclotímicos manifiestan una tendencia a mantenerse en comunicación constante con el mundo exterior y con el presente; se muestran abiertos, sociables, siempre listos a prestar un servicio, naturales y espontáneos en toda su conducta, y esto, sea que se dediquen a empresas audaces, sea que se abandonen a una vida

contemplativa, al abrigo de todo esfuerzo. Son los ciclotímicos los que proporcionan el tipo del práctico desbordante de actividad y aquel del gozador feliz de vivir. En su actividad artística, los mejor dotados de los ciclotímicos se revelan como realistas plenos de optimismo o como humoristas llenos de bondad e indulgencia; en la actividad científica, ya son los empíricos amorosos de las cosas concretas y palpables, ya vulgarizadores hábiles para poner al alcance del gran público los datos científicos; en la vida práctica, ya son los negociantes benévolos e inteligentes, ya los organizadores audaces, que ven las cosas en grande, ya iniciadores vigorosos. He aquí, entre las personalidades históricas conocidas, algunas que se puede colocarlas en el grupo ciclotímico, con una conformación física del tipo pánico: Lutero, la madre de Goethe, Alejandro de Humboldt, Mirabeau, etc. "Muchos datos nos hacen creer que el General Eloy Alfaro fué de éstos".

"El temperamento esquizotímico se caracteriza, al contrario, por una tendencia al autismo, a la vida interior; los sujetos de esta categoría se encierran en una zona rigurosamente individual, en un mundo de ideas, de sueños y de principios extraños a la realidad; postulan una oposición profunda entre el *yo* y el mundo exterior, vuelven la espalda a la muchedumbre de sus contemporáneos o bien evolucionan entre esta muchedumbre sin curiosidad, sin interés, sin establecer una relación interior en-

tre ella y ellos. Se encuentra entre ellos, en primer lugar, un gran número de inadaptados: censores originales, egoístas, vagabundos, inestables y criminales. Entre los esquizotímicos que presentan un gran valor social se encuentran: el soñador delicado, el idealista extraño al mundo, el aristócrata de la forma, a la vez frío y tierno. En el arte y la poesía, se afirman como estilistas puros, amorosos de la forma y enamorados del clasicismo; como enemigos de la muchedumbre y como idealistas sentimentales; se acercan fácilmente al patetismo trágico yendo hasta el expresionismo brutal o al naturalismo tendencioso; se revelan, al fin, como ironistas acerbos y sarcásticos, pero llenos de espíritu. En la actividad científica, manifiestan una predilección por el formalismo escolástico, por la metafísica y por la actitud sistemática. Aquellos que son llamados a intervenir en la vida activa, se muestran dotados de una energía tenaz, son inflexibles, solidarizados con los principios, consecuentes con ellos mismos; es entre ellos que se reclutan los maestros, los moralistas heroicos, los idealistas puros, los fanáticos y los déspotas fríos, los calculadores calmados, dotados de un gran tacto diplomático. Hacen parte de este grupo, con la conformación física correspondiente, entre otros: Schiller, Novalis, Strindberg, filósofos como Spinoza y Kant, jefes como Calvino, Robespierre, Federico el Grande, etc. Los recuerdos que del Presidente García Moreno se conservan, su vi-

da y su obra nos inclinan a creer que era un esquizotímico puro".

Kretschmer resume en un cuadro que va a continuación lo sustancial de las aptitudes de los dos tipos.

APTITUDES ESPECIALES

CICLOTIMICOS:

Poetas

Realistas
Humoristas

Sabios

Amor a lo concreto
Empíricos descriptivos

Jefes

Iniciadores vigorosos
Organizadores audaces
Negociadores inteligentes

ESQUIZOTIMICOS:

Poetas

Patéticos
Románticos
Artistas de la forma

Sabios

Lógicos precisos
Sistemáticos
Metafísicos

Jefes

Idealistas puros
 Déspotas y fanáticos
 Calculadores fríos,

Cuando se extreman las características de cualquiera de los dos grandes tipos, se penetra ya en un terreno notoriamente patológico: temperamento cicloide y temperamento esquizoide, proclives a la enfermedad mental. Hay también otros tipos degenerativos que, claro se ve, pertenecen a la psiquiatría.

No es acertada la búsqueda de tipos puros, ni hace falta en la práctica escolar. También ha de indicarse que de los cuatro elementos del temperamento, cada uno entra en diferente proporción en la composición de la personalidad y que esto engendra finas variantes que sólo un ojo muy perspicaz percibirá.

Sentadas estas bases penetremos en el campo de las aplicaciones pedagógicas.

Las deducciones de estas bases, tan rápidamente esbozadas y que exigen un amplio complemento de información por parte del lector interesado, nos ocuparán en las líneas que siguen.

Puede afirmarse que estas nuevas adquisiciones de la biología y la psicología han revolucionado los dominios estáticos de la pedagogía y las ciencias sociales, inyectándoles una nueva savia que les hace aparecer con la dinámica particular de la vida actual. Las ciencias se complican, pero en su perenne aspiración a la síntesis, dibujan rutas insospechadas hacia la verdad.

El concepto pedagógico y su rol en la vida de la sociedad, puede sostenerse que cambia fundamentalmente con cada generación. Verdad que en los tiempos actuales asistimos a cambios más violentos y radicales. El ritmo de la historia ha cogido una celeridad tremenda. Los pueblos que no se ponen a tono con las ideas dominantes son arrastrados por el torbellino de los otros o son considerados como tierras de conquista. Mientras nosotros queremos seguir viviendo como hace siglos, resistiendo y conservando usos arcaicos, ya hay quien disputa sobre si ya es época de colonizarlos.

En el sentido de modernizar la educación deben ir encaminados todos los esfuerzos de las más nuevas promociones de normalistas.

Es tarea imposible reunir las conclusiones que para el terreno pedagógico pueden extraerse de las fértiles y movibles doctrinas que esbozamos en los renglones que anteceden; procuraremos pues anotarlas, sin pensar siquiera en agotar el problema. Al realizarlo nos basaremos en anotaciones que se publica-

ron en "Los Temperamentos", trabajo universitario ya citado.

Posición de la Pedagogía

Se creía hasta hace poco que de todo niño se podía hacer a voluntad un hombre apto para cumplir cualquier misión. Por eso, la educación —a través de todos los tiempos— ha enderezado sus finalidades, guiada por el conjunto de ideas filosóficas imperantes en cada época. Se trataba de formar un hombre ideal que las elucubraciones de los pensadores habían forjado, apartándose —casi en absoluto— de las bases de la realidad. Siempre se pensó que los recién llegados a la vida no tenían otro cometido que seguir realizando lo que habían hecho los hombres que ya se iban. El ritmo de las edades se resolvía para todos los hombres en una mera sucesión, en una servil continuación. La historia no se resolvía sino en aprendizaje del pasado para calcarlo en el futuro. Escogidos los tipos ideales, las épocas forjaron a sus hombres conforme a lo que eran ellos, o, por lo menos, intentaron hacerlo. Es claro que fallaron en su intento, por fortuna. La naturaleza se defiende, y las individualidades poderosas se rebelaban, atacando con vigor los modelos.

Las diferenciaciones muy visibles de las actividades y las vocaciones notorias y triunfantes de los individuos bien constituidos espiritualmente que lograban triunfar de los patrones elegidos, no tenían valor a los ojos estrá-

bicos de una pedagogía pretenciosa que aspiraba a moldear al niño según unas directrices que escogían los escritores desde sus bufetes.

Ha sido necesario que llegaran estos años de auge biológico para que alcanzara a la pedagogía un soplo científico que la ha virado, pero sin negarle nuevas y más sólidas bases que aunque no están bien delimitadas todavía en los detalles, tienen precisas líneas generales.

El maestro ya no es más el artífice único de su obra: la educación del niño. Dejó de ser el modelador. Hoy es el cooperador atento, el colaborador alerta y enterado de lo que el silencioso genio de la especie incuba en un lento y fatal proceso, influenciable sí, pero no modificable en sus fundamentos, en cada individuo.

Nuestra época de esfuerzos igualitarios, triunfantes casi en lo político, por lo menos en el terreno teórico, y anhelosos de éxito en lo económico, base de lo político, ha visto erigirse —quizá con trazos dogmáticos— la afirmación respaldada por la ciencia, referente a la desigualdad biológica de los seres, desigualdad que es llevada hasta sus últimas consecuencias, y llega a la desigualdad integral del ser tomado en diferentes momentos de su existencia: tal vez no se podría hablar del “mismo ser” al hacerlo en distintos períodos de su vida, pues se halla en constante cambio.

La constitución, que tanto depende de lo que podría llamarse su fórmula química, como de la seriación y adecuación de sus procesos ner-

viosos, varía con los individuos. "Nuestra individualidad es nuestra personalidad psíquica, sobrepuesta a nuestra personalidad química".

"Es en todos los casos y en lo profundo la correlación química que decide de la individualidad; cuente o no el ser vivo con sistema nervioso. Sucede, empero, que paralelamente y procediendo de este factor primitivo, protoplasmático, micelar, actúa la integración nerviosa, por la obra de unos elementos diferenciados, que impusieron las necesidades en la adaptación. Es así como vemos constituirse, al mismo tiempo, la personalidad química y la personalidad nerviosa, tanto considerándola desde el punto de vista objetivo como subjetivamente. Reflejos complicados, reflejos personales, noción del yo, son las dos caras del mismo proceso. El yo es la suprema síntesis, la suprema unidad que advierte nuestra conciencia y que nos enseña también el estudio experimental, pero procedente de lo primitivo, trófico. El individuo en todas sus manifestaciones, fisiológicas o psíquicas, es tal por la íntima unidad química, nutritiva, humoral, de que es asiento y que hace posible la transmisión de sus caracteres a sus descendientes. Individualidad es unidad funcional".

Tan lejos han llegado las deducciones del importantísimo papel que las secreciones internas desempeñan en la constitución de la individualidad humana que no resistimos al deseo de transcribir dos párrafos de científicos citados por L. Bolk en su notabilísimo trabajo sobre "La Humanización del Hombre":

Dice Jens Paulsen: "Lo esencial de los caracteres raciales es a mi juicio, un signo exterior de las distintas combinaciones de la actividad endocrina. Cada pequeño cambio en el equilibrio de esta actividad produce un diferente carácter racial". Y Pfühl: Cada raza posee un tipo propio de equilibrio hormonal, y por esta razón es distinta en esencia y causa de otras razas. Todas las formas somáticas y psíquicas dependen de los procesos de secreción interna. Todas las diferencias constitucionales de las razas descansan sobre una disposición, distinta para cada raza, del equilibrio hormonal".

Resulta pues científicamente absurda, por ingenua, la posición de la vieja pedagogía que trataba de formar niños conforme a un patrón ya previsto. Residen en el individuo fuerzas desconocidas, factores tan potentes —los temperamentales— que todo intento educativo ha de resultar fallido si previamente no los tuvo en cuenta. No puede basarse la educación en otra cosa que en el estudio atento y paciente de las tendencias íntimas, profundas y propias de cada educando. Hablando con palabras de Jung, es imposible olvidar en todo esfuerzo de mejoramiento psíquico y físico —no otra cosa es el intento educador— el inconsciente personal y el colectivo. Si intentamos contrariar con el trabajo pedagógico las tendencias heredadas edificaremos sobre arena. Probando están este aserto los casos innumerables de los heterodoxos, que, por paradoja, son nutridos en las fuentes más puras y estrictas de la or-

todoxia. Se quiso conformar esos espíritus vigorosos a una cuadrícula, y sucedió lo que debía suceder. Hicieron estallar la casilla y se forjaron una nueva manera de ver el mismo asunto.

La educación que antes se dirigió al intelecto, a la razón exclusivamente, se ha de orientar sobre una base anclada en la biología y la psicología individual. Esto quiere decir que se ha de sujetar a las tendencias propias del educando, ya que está probado que lo consciente determina nuestra vida en un grado bastante menor que lo inconsciente.

Si todo individuo es una entidad biológica y psicológica diferente de toda otra, es muy claro que cada alumno requiere educación especial; no puede encajar en el modelo previo so pena de atacar las raíces más profundas y quizá más valiosas de su personalidad.

Esto se ha formulado en el principio llamado de la individualización de la enseñanza.

No son de este momento las consideraciones que vuelven poco factible la realización de este principio; pero su enunciación científica escueta es esta: La educación ha de tener en cuenta el valor de todas las tendencias y fuerzas heredadas y personales del individuo, y —en consonancia con ellas— ha de formular el sistema que le permita aplicarse sin peligro de contrariar las disposiciones naturales del educando, contrariedad que puede determinar, si no enfermedades nerviosas, lo que es peor, el fracaso del hombre en la vida y el desperdicio de sus energías.

Desde luego debemos indicar que el nuevo criterio educacional difiere con mucho de las normas de Rousseau. Con plena razón, un sutilísimo ingenio español, Ortega y Gasset, dice: "Una pedagogía que quiera hacerse digna de la hora presente y ponerse a la altura de la nueva biología tiene que intentar la sistematización de esa vitalidad espontánea, analizándola en sus componentes, hallando métodos para aumentarla, equilibrarla y corregir sus deformaciones".

"Lejos de abandonar la naturaleza del niño a su libérrimo desarrollo, yo pediría, por lo menos, que se potencie esa naturaleza, que se la intensifique por medio de artificios. Estos artificios son precisamente la educación. La educación negativa es el artificio que se ignora a sí mismo, es una hipocresía y una ingenuidad. La educación no podrá ser nunca una ficción de la naturalidad. Cuando menos se reconozca como una intervención reflexiva e innatural, cuanto más pretenda imitar a la naturaleza, más se aleja de ella haciendo más complicada, sutil y refinada la farsa".

Es decir, con frase aparentemente paradójica, que a medida que más se desechen los recursos artificiales que pueden actuar sobre las fuerzas constitucionales, y se quiera ceñir la educación a normas rígidas, más lejos se estará de la naturaleza, y desde luego, de la utilización de las fuerzas espontáneas. Lo primero es regular el crecimiento de la vitalidad, de las fuerzas primigenias en el niño, poniendo artificio en todo lo que excite ese creci-

miento y apartándolo en todo aquello que contribuya a detenerlo o estorbarlo. Pero desde que se ejerce de afuera para adentro la educación es artificio, sólo que ha de acomodarse a lo interno, canalizándolo, sin querer copiar a la naturaleza, porque pelagra su verdad.

Y sobre esto insiste Ortega, a quien hemos de citar repetidamente a fin de autorizar afirmaciones que si bien ya son moneda corriente, entre nosotros requieren respaldo de universal solvencia.

“Por lo pronto, tenemos que asegurar la salud vital, supuesto de toda otra salud. Y el sentido de este ensayo no es otro que inducir a la pedagogía para que someta toda la primera etapa de la educación al imperativo de la vitalidad. La enseñanza elemental debe ir gobernada por el propósito último de producir el mayor número de hombres vitalmente perfectos. Lo demás, la bondad moral, la destreza técnica, el sabio y el “buen ciudadano”, serán atendidos después. Antes de poner la turbina necesitamos alumbrar el salto de agua”.

“La pedagogía al uso se ocupa en adaptar nuestra vitalidad al medio; es decir, no se ocupa de nuestra vitalidad. Para cultivar ésta tendría que cambiar por completo de principios y de hábitos, resolverse a lo que aún hoy se escuchará como una paradoja, a saber: la educación, sobre todo en su primera etapa, en vez de adaptar el hombre al medio, tiene que adaptar el medio al hombre; en lugar de apresurarse a convertirnos en instrumentos eficaces para tales o cuales formas transitorias de la

civilización, debe fomentar con desinterés y sin prejuicios el tono vital primigenio de nuestra personalidad".

Que mediten estas profundas palabras aquellos de entre nuestros maestros que llevados por la imitación de los métodos extranjeros, y por un utilitarismo basado en una infeliz sociología que no trata sino de deprimir el carácter racial, están tratando de convertir nuestras escuelas en fábricas o almacenes o cosas por el estilo. En América del Sur no tenemos por qué atender a los prejuicios burgueses que gritan que se adscriba al niño a la máquina embrutecedora o a la gleba estéril. Ante todo tenemos que formar hombres con un "pulso vital" pujante. Las escuelas industrializadas, las que toman la industria como un fin en sí, amputan su finalidad con premeditación. Ello debe ser posterior. El niño no necesita "producir" como instrumento económico. Para ello mejor sería que no se libre de las garras del padre que en los campos ya lo explota a la edad más temprana. Vida ensombrecida de obrero lo puede ser la que la Escuela ofrezca al niño. Será de acción, de oxigenación integral de su cuerpo y de su alma, para que ambos capullos revienten en flores lozanas. Si las ocupaciones gozosas y espontáneas del niño rinden frutos luego de haber servido a la potenciación libre de su cuerpo o de su alma, en buena hora; pero desgraciadamente no es esa la oculta finalidad que se persigue cuando se declama sobre nuestro inexistente "idealismo" y se pide que en la escuela se

trabaje, se haga economía y finanzas estrechas. Que se trabaje sí, pero sin "hacer para niños" tareas de los mayores. Que no se infantilice la labor en su sentido, sino a lo más en su cantidad. Lo demás es crear artificios que repugnan a la niñez. En esa edad se ensayan posturas de hombre y no se gusta de las reducciones en la obra que se ejecuta. En ellas se aspira a probar las fuerzas nacientes. Desarrollado el ser que vive en el niño, vendrá luego su aprovechamiento como máquina si la suerte así lo quiere, como espíritu si la fortuna le sonríe a otro. Pero que la escuela trate a todos como seres en formación, sin imponer divisiones de trabajo y de casta antes de tiempo. Vigorizar las tendencias temperamentales favorables y amenguar las funestas: he ahí el papel de la educación. Formar obreros, parece que no es tarea de la escuela. Si eso se exige de ella, será transitoriamente y cuando los dirigentes se ciegan con mirajes de provecho próximo que a la larga perjudican a la vitalidad de la raza. Más en el caso nuestro, en que andamos tan necesitados de exaltar el vigor de cuerpo y de alma en las generaciones que nos siguen. Lo demás, la bondad, el perfeccionamiento intelectual y mecánico, se nos dará como por añadidura. Raza dotada de fuerte tensión vital —si algún día llegáramos a crearla—lo demás, el cultivo especializado, lo tendrá como consecuencia. Estará apta para recibir cualquier semilla. Pero primero es el terreno. Y esto no se quiere comprender aquí en el Ecuador. Al par que se forma el

terreno se quiere obtener la cosecha. Empeño tan absurdo ha llevado a casi todos los que en funciones educativas se ocupan, a desvirtuar la finalidad educacional. Primero fue un olvido del lado fisiológico del niño. Reconocida, en teoría, la importancia de ese factor, se ha insistido con exceso en el sector instructivo con una ansia incomprensible de rellenar las mentes con un cúmulo de conocimientos. Y ahora apunta una superestima del rol utilitario de la escuela. Sin negarlo del todo, para las Escuelas vocacionales o que en general trabajan con adolescentes, es casi un deber impugnarlo si se lo toma con exclusividad en la escuela primaria, en la escuela de niños. Esta escuela primera, exige, ante todo, una adecuada vigilancia del desarrollo corporal y del espiritual, para que luego sean aprovechados en la vida al tomar cauces técnicos o de algún modo especializados. En ella lo primordial es el respeto a la vida total, al hombre en formación.

La escuela industrializada con premura no respeta al "ser", lo deforma teniendo como un lejano modelo la máquina. Otra cosa es cuando la actividad constructiva del muchacho deriva por senderos bastante libres que hasta pueden dejar margen a la expresión artística. Esta es ya gozosa acción creadora, no deprimente trabajo de fábrica.

Para el Ecuador, pueblo nuevo que por pobreza, por desorientación y por fracaso de su economía, siente como un imperativo la necesidad de industrializar grotescamente a sus

niños, creyendo que con ello vendrán la riqueza y la prosperidad norteamericanas a florecer en estas latitudes, viene bien un recuerdo de buen sentido. Valen para el caso las serenas palabras del excelso maestro español Cosío, en carta a R. Llopis (hoy Director General de Primera Enseñanza de España) que se venía a la Convención Americana de Maestros, en 1930. "Quiero saludarles en nombre no de lo pasajero y efímero, propenso ahora, como siempre, a derivar en fetichismo, sino en nombre de los valores eternos de la educación en que ellos y nosotros comulgamos. En nombre del niño y del maestro, de la comunión de sus almas, del amor y de la libertad, de la rebeldía y de la obediencia, del trabajo y del juego, de la realidad y de la poesía. Y en nombre, sobre todo, de la Escuela, donde esos factores vienen a vivir y a encarnarse. De esa eterna escuela=ocio, que llamaron los griegos, de riguroso acuerdo con su esencia, compuesta de música purificadora, de contemplación, como fin, y diálogo, como medio; donde el hombre no va a prepararse para vivir en aquel orden pragmático que hoy tanto se ensalza, ni tampoco a aprender la vida, que sólo puede aprenderse en la vida y viviendo, sino justamente a aprender lo contrario, es decir, a salvarse de la vida y sus dolores".

"Escuela de liberación por el pensar, el sentir y el querer puros; por el hacer, sí, pero el hacer gratuito y desinteresado; hacer ocioso, que la vida cruel nunca otorga. Hacer donde se aprenda el trabajo libre a que todo hombre

aspira; aquel que daríamos gratis; aquel en que la energía productora, por dolorosa que sea, se resuelve en placer como en el juego. El hombre que no llegue a alcanzarlo será siempre esclavo”.

“Invocando esa escuela tan antigua y hasta hoy patrimonio aristocrático únicamente de los privilegiados, deseo que salute Ud. a los amigos de América, ya que conquistarla, sin diferencia para todos los hombres, estimo que sea el ideal, aunque lejano, más pleno de libertad y de justicia a que en el orden de la educación debería aspirar toda alma noble”.

Los maestros ecuatorianos debiéramos —volviendo al símil anterior— mirar mucho por el terreno en que efectuaremos la siembra. No sea que nos toque un erial en el que nada prospere. Agotados los jugos vitales de la niñez que se va a educar —y a eso tiende una orientación estrechamente utilitaria de la escuela— ningún intento posterior fructificará. Serán huellas en el agua los trabajos posteriores. No existe el cimiento biológico humano que ha de soportar la edificación moral e intelectual. Luego este nuevo orden de las intenciones, de los objetivos pedagógicos, no es sino una simple cuestión de prioridad que el más elemental buen sentido aconseja.

Parecen corolarios de este criterio las siguientes cualidades que M. D. Katzaroff exige al maestro:

“La pedagogía nueva considera que el maestro no es, por así decirlo, sino un mandatario de la vida, mandatario que tiene por tarea

principal, si no única, organizar, regularizar, canalizar las fuerzas y las influencias educativas de la vida y dejarlas obrar sobre el niño por su contacto directo con la vida. Debe estar penetrado de la idea de que él no es sino un partero del desenvolvimiento espiritual del niño, que se verifica por sí mismo, por una especie de fecundación incesante de su espíritu por la totalidad de las influencias de la vida misma.

En el dominio especial de la instrucción ello significa: no creer jamás en la omnipotencia de un método —válido para todas las circunstancias y todo los niños— por perfecto que sea; no encerrarse una vez por todas sino buscar siempre cómo utilizar todas las fuerzas y todas las influencias de la vida en un momento dado, haciéndolas actuar sobre el niño en la forma más completa.

Su trabajo no debe estar arreglado de antemano sino en sus principios fundamentales y jamás en sus menores detalles. Con referencia a éstos, el maestro debe tener presente una rica variedad de métodos de acción, y gracias a la capacidad de su espíritu, poder encontrar a cada momento el más apropiado para las circunstancias.

Así el maestro no es el "maestro" en el sentido ordinario y actual de la palabra; al contrario, sólo es el factor que regulariza y unifica las fuerzas educadoras múltiples de la vida, y lo será tanto más, cuanto más naturalmente, pero con la conciencia de su responsabilidad,

sea el intermediario de las fuerzas educadoras de la vida".

Eso es lo fundamental, huir de la adoración fanática de las metodologías, emanciparse del pedagogismo pedante para atender a las llamadas del ambiente, del organismo y del espíritu, cuya vigilancia mientras crecen, se nos ha encomendado.

El trabajo de adecuación, de ensamble que pudiera decirse de las tres generaciones coexistentes en cada momento histórico, corre a cargo del maestro. Esta labor de ajuste, claro está que para ser efectiva ha de acometerse con toda sinceridad y conocimiento de las corrientes sociales del pueblo en que el maestro actúa, no sólo como entidad aislada, sino también como parte de un todo que se agranda hasta alcanzar los límites del mundo.

La educación, en el fondo, vuelvo a decirlo, es una tarea de humildad. Con otras palabras: el educador ha de sacrificar su personalidad para servir un más alto fin humano: la expresión de las personalidades de los niños. Ayudar a expresarse, sería la definición actual de la obra educativa. De aquí que ya no tengan vigencia ni eficacia los dómynes impositivos, ni los maestros megalómanos que proclaman que su escuela es su obra, y que ella habla de sus merecimientos que son trasfundidos a sus alumnos. Esa pretensión ahora es ridícula. La única educadora debiera ser la vida; el maestro sólo servirá de filtro —de parachoques, si vale la comparación deportiva— para seleccionar los impulsos aprovechables del am-

biente. Se acabó el maestro declamatorio y enfatuado que penetraba a su escuela engreído con la solemnidad de su apostolado. Maestro que no reconoce su simple tarea de favorecer la expresión, la traducción humana del mensaje que cada niño trae al mundo, no es tal. El individuo que aspira a dejar visible su impronta, más o menos falsa y más o menos pobre, en las almas jóvenes, debe dejar su función educativa en la que no está bien centrado. El maestro ya no es pastor de almas ni conductor de multitudes, como algunos en su pueril jactancia aun lo imaginan. Es sólo un reactivo para hacer que tomen relieve los trazos indefinidos de las personalidades tiernas, y un trabajador social que debe cumplir su tarea sin humos de trastornar el mundo.

Explicaré como entiendo yo la contradicción aparente entre las líneas transcriptas de Cossío y de Katzaroff.

Se coloca el insigne maestro español en el ángulo libertario para enfocar las necesidades de la escuela popular, puesta ya concretamente en territorio americano, para atender a la tarea urgente de edificar cultura, naciones y un nuevo orden de cosas más humano y más moral. Katzaroff, contempla la escuela para las clases ricas, distinguidas, escuela que falsea la vida para facilitar su labor formadora de élite, de clase gobernante. Así sucede que Cossío clama por la liberación de la vida que es angustiosa, para los muchachos que pronto tendrán que enfrentarse con ella inevitablemente; mientras que Katzaroff pide el acer-

camiento a la realidad vital, como es, para aquellos niños que se desenvuelven en medios ficticios, aislados de la verdad. En el fondo es él mismo clamor. Vida integral para todos. A unos se les quiere restringir la existencia en una sola fase mezquina y a los otros en una cómoda. La vida totalitaria, redondeada como si dijéramos, ha de ser contemplada por todos los seres en formación.

Para comprender mejor el aporte individual a la educación tocaré a continuación algunos puntos fundamentales.

LA HERENCIA

El problema de la herencia está íntimamente ligado al educativo. De sus soluciones depende el rol de la educación. Intentaré unas aclaraciones relativas a los experimentos de Mendel.

Para evitar los peligros de una generalización apresurada que negaría a la educación el menor mérito, haciendo depender todo en el individuo de las determinantes que heredó en sus cromosomas, quizá es necesario dar una idea — siquiera sea somera — de las experiencias del paciente agustino.

Fray Gregorio Mendel cruzó especies vegetales cercanas, pero con algunos caracteres diferentes, cuidadosamente anotados. Los pro-

ductos de las sucesivas generaciones presentaron las razas puras en una crecida proporción, y los mezclados poseían lo que se denomina las características dominantes y las características recesivas; esto es, las características de la una raza en predominio y las de la otra en estado de latencia, e inversamente. Continuando los cruces de los productos mezclados, se ha podido observar una marcada permanencia de los caracteres dominantes.

La formación de la ley de Mendel, podría hacerse, según Lehmann Nitsche, así:

"Cuando la generación paterna se compone de dos elementos, uno dominante y otro recesivo, aparece en la primera generación filial, sólo el elemento dominante. Cruzados los individuos de esta generación entre sí, aparecen en la siguiente o sean en la segunda generación filial, tres elementos dominantes y uno recesivo, es decir, la proporción entre dominantes y recesivos es como tres a uno. Cruzados los representantes de aquel último elemento recesivo, sus descendientes siempre lo repetirán: otra cosa sucede con los representantes de aquellos tres elementos dominantes: estos pueden dividirse en un elemento dominante puro y dos elementos dominantes híbridos (en los híbridos, el elemento recesivo existe en estado latente u oculto y no se manifiesta). Cruzados ahora los representantes de aquellos elementos dominantes entre sí mismos sus producciones presentarán los elementos

dominantes y los elementos recesivos en la misma proporción de tres a uno, que debe pues considerarse como constante".

Deducciones pedagógicas de estos principios nos llevarían demasiado lejos. Algunos han sido inducidos a creer que es ninguna la eficacia de la educación, ya que a ésta se la engloba entre los caracteres, frente al poder incontratante de la herencia.

Pero hay que apuntar que los experimentos mendelianos se han llevado a cabo, en su mayoría, en plantas (guisantes) y animales inferiores (paramecios, en los que ha experimentado Jennings). Los experimentos de Fischer en el hombre tienen un valor relativo, ya por referirse a caracteres somáticos, poco significativos, como también por lo difícil del control de los experimentos en el hombre y por lo delicado y complejo de la determinación de la influencia del medio en él.

Siquese pues que las conclusiones obtenidas no pueden aplicarse, sin peligro de errores fundamentales, al hombre.

La regulación del número y la distribución de los genes que es en último término la aspiración que se trata de alcanzar como resultado de las investigaciones posteriores a Mendel, son influenciables en los vegetales y en los animales inferiores, en los que se ha llegado a modificar ciertos caracteres que luego han permanecido a través de muchas

generaciones, aunque otras veces uno de los caracteres adquiridos, desapareció bruscamente y sin causa aparente.

Pero estas investigaciones no pueden hacerse en el hombre, por múltiples causas, entre las que no son las menores las que se refieren al tiempo y a las divergencias de criterio en cuanto a lo que son los caracteres psicológicos que tanto dependen de los somáticos, como hemos visto en el curso de este estudio. Después se presentaría el problema social, cambiante y complejo, relativo a cuáles serían los caracteres merecedores de ser fijados. Estas cuestiones de eugenesia quizá rebasan los límites de estas simples aplicaciones pedagógicas.

Las generalizaciones hechas sobre la base de la teoría de Mendel que tienden a negar la influencia del medio en totalidad, tienen, por absolutas, que no andar de acuerdo con la verdad.

La sencillez matemática de las leyes mendelianas fallará al llegar al hombre, entre cuya infinidad de características se vuelve imposible la discriminación certera de lo heredado. Más aún, si aceptamos con Jennings que muchos de los caracteres que llamamos adquiridos, porque en su apropiamiento por el individuo intervienen a más de las predisposiciones congénitas (cuyo papel y extensión permanecen en el misterio) las

influencias del medio, son verdaderamente hereditarios, el problema se complica.

No existe una clara frontera entre los dos dominios, ya que reiteradamente se ha hablado de unidad funcional, la que difícilmente es reductible a esquemas, por amplios que parezcan.

Por otra parte, los genes que intervienen en la formación de tantas características son por millares, de donde dedúcese la dificultad — imposibilidad — de intervenir en su ordenación. La eugenesia quizá actuará en forma eficaz más tarde para fijar características favorables. Por hoy, sus cuestiones son, o simplemente teóricas, o se han probado en la práctica, pero con organismos que están muy lejos del hombre en la escala animal.

Hay que notar la gran verdad que encierran estas palabras de Jennings:

"Si pudiésemos dar la misma educación durante muchas generaciones a cierto número de diferentes familias humanas, veríamos que las características que resultasen de la educación son características heredadas en el mismo sentido en que lo son el color de los ojos y la forma de la cabeza. Bajo una misma educación diferirían aquellas en los individuos de estirpe diferente, y en los cruces seguirían las leyes mendelianas, al igual que lo hacen los caracteres físicos.

Cada ser posee muchas herencias, de las cuales una se realizará en virtud de las condi-

ciones en que se desarrolla; pero el hombre es el ser que posee el mayor número de herencias posible. O, dicho con más exactitud, el hombre y otros organismos, no heredan de ningún modo sus características. Sus padres les legan únicamente ciertos convolutos de elementos químicos que, bajo una clase de condiciones, producen una clase de caracteres; bajo otras condiciones, otros caracteres. El número de diversas características que en el hombre puede así producirse, es muy grande; aunque, naturalmente, no ilimitado. Pero lo que sean las limitaciones no puede ser averiguado por los principios biológicos generales o por lo que sabemos de cualesquiera otros organismos; pueden descubrirse solamente mediante el estudio concreto del hombre mismo.

Todas las características, pues, son hereditarias, por cuanto dependen de los elementos germinales y cambian conforme son alterados esos elementos. Todas las características son, asimismo, propias del medio, por cuanto dependen de las condiciones bajo las cuales evoluciona el animal, y cambian en cuanto alteran esas condiciones. Los conceptos de la herencia y el medio no pueden emplearse apropiadamente en el sentido absoluto que ahora se hace, considerándolos como diferenciadores de las características particulares.

A través de sus múltiples posibilidades de herencia, lo que un hombre llegará a ser está determinado, mucho más que en ningún otro organismo, por las condiciones en que se desarrolla. Los individuos y las sociedades se alteran y mejoran enormemente por los cambios de condiciones, por los inventos, por el aumento y difusión de la cultura

Son hechos estos de la biología humana que no pueden ser alterados por ninguna clase de enseñanza recogida por la biología de los demás organismos. Todos los grupos de organismos tienen algunas cualidades comunes; pero cada grupo tiene asimismo sus cualidades propias. Cuando el biólogo, apoyado en sus conocimientos de otros organismos sienta la tentación de dogmatizar sobre las posibilidades de evolución del hombre, debe hacerse primero esta pregunta: ¿puedo con verdad predecir el comportamiento y la organización social de las hormigas basándome en un conocimiento de la historia natural de la ostra?; sólo el estudio del hombre mismo es pertinente en estos aspectos distintivos de la biología del hombre".

Hay que reconocer -- con toda verdad-- que en el "conocimiento del hombre" estamos sumamente atrasados. A ello contribuyen, a más del aislamiento vital en que se desenvuelve todo individuo, las dificultades que para la penetración por otros espíritus presenta la intimidad de cada sujeto. Es-

te desconocimiento de los otros, a los que no juzgamos sino por lo que nosotros somos, produce todas las divergencias que la convivencia da como resultados desconsoladores. Abogaría esto en pro de la necesidad que tiene toda persona de procurarse un conocimiento, siquiera sea general, de las líneas principales de la complicadísima psicología humana. Esto nos pondrá en guardia contra las conclusiones precipitadas que de cualquier principio científico que es, por lo mismo, de carácter teórico, se deducen para aplicarlas en la realidad.

EL PAPEL DEL MEDIO

Digamos algunas palabras más sobre la tan debatida cuestión del medio, en sus aplicaciones pedagógicas. No obstante que es una verdad psicológica ya aceptada casi unánimemente la de que el hombre no hace sino repetir, ampliar y sufrir las consecuencias de la experiencia del niño, hemos de convenir en que el medio, si bien ha perdido la influencia decisiva que antes se le asignaba, mantiene todavía su influjo como si dijéramos exterior, de superficie, influencia que se ejerce sobre una dirección espiritual ya tomada, tal vez inconscientemente, quizá por mecanismos hereditarios, u obedeciendo a

preformaciones biológicas y psíquicas en cada individuo humano, pero que es posible notar.

De seguir al pie de la letra las generalizaciones que pueden obtenerse de los hechos anotados por la biología más reciente, se podría llegar sin dificultad a la afirmación rotunda de que la educación no juega ningún papel en la vida. Tal es — por ejemplo — la opinión de Ramón y Cajal: "Difícil es el arte de tratar a los hombres. Él hace sapiens; — vauno; al decir — es un miserable salvaje, cruel y egoísta; sin embargo, tiene algunos buenos momentos en que se olvida de sí mismo. Aprovechándose de éstos para domarlo, instruirle y persuadirle". De aquí deriva su conclusión de que la educación debe ser dirigida a la voluntad, para formar lo que él llama el hombre independiente, forjado por el auto-educatismo y la auto-reflexión, sobre la base del hombre automático, hecho por la herencia y modelado por el rebufo.

Pero estas afirmaciones, así tan totales, a más de ser controvertidas por la simple experiencia social, lo son también por la ciencia.

Sin que sea posible llamar a la educación "caracteres adquiridos" en el sentido biológico, recogimos ya con Pittaluga la observación de que el carácter ejerce una acción frenatriz sobre el temperamento, lo canaliza; a

la fuerza ancestral que viene del pasado y se determina en el conjunto psico—biológico individual, le da cauce, salida, dirección.

Si el medio no tiene fuerza suficiente para cambiar la base temperamental del individuo, es evidente que si la posee en la formación del carácter, puesto que es el medio el que ofrece el material sobre el que se ejercita la dirección psíquica del individuo en el trabajo diario por formar su experiencia. Son las adecuaciones al medio, las resistencias que éste opone a las expresiones espontáneas, las que determinan la formación y el sentido de esa capacidad frenadora de las fuerzas instintivas del hombre que se ha denominado carácter. Rectificar el temperamento no puede ser ya la obra en que se empeñe estérilmente la intención educativa. Pero sí le corresponde a ella valerse de todas las facilidades formadoras del carácter que proporciona un ambiente dispuesto con una finalidad. Claro se ve que hasta en esto los alcances de la educación por fuerza resultan restringidos. Es suya la obra de — usando palabras de Haeblerlin, aplicadas al psicoanálisis, pero que pueden extenderse a toda la obra educativa — "llevar del análisis a la síntesis, si no queremos limitarnos a domar la bestia en el hombre, sino que aspiramos a edificar el hombre en la bestia".

O de otro modo, al par que colocamos al individuo en un ambiente que satisfaga sus

tendencias primarias aprovechables, y detenemos su predominio en caso necesario, echando mano de todas las oportunidades, tratamos de exaltar las potencias dormidas, latentes, a fin de que hagan el contrapeso a las primeras y se forme la personalidad equilibrada, armónica.

La concepción darwiniana de la omnipotencia del medio sobre el desarrollo individual ha recibido rudos golpes. La nueva biología casi ha llegado a probar — al menos para los biólogos recientes — que el medio tiene una muy pequeña influencia en la ontogenia. En vez de ser la vida una adaptación al medio, se diría más bien que es un ataque al medio. (Ortega y Gasset).

Para la nueva biología ha cambiado el concepto de medio ambiente. Según J. von Uexküll no existe un medio único al que tengan que adaptarse todos los seres: tampoco existen seres mejores y peor adaptados a ese medio total, el mismo para todos, que, lo dice con insistencia, no existe.

Fundándose en una fina distinción entre aparatos receptores y aparatos efectores, que existen en todos los organismos, más o menos complicados, pero siempre perfectos en relación con el fin para el que los posee el animal, llega von Uexküll a establecer la diferenciación entre "mundo perceptible" y "mundo de efectos", condicionados cada uno en cada animal y, correlativamente, por el conjun-

to de aparatos ya citados. Cada animal posee pues su especial y propio "mundo perceptible", lo mismo que su "mundo de efectos". Está, por tanto, muy bien acondicionado para recibir y crear en su intimidad "su mundo perceptible" y para responder externamente a las excitaciones del medio con un particular y adecuado "mundo de efectos". De aquí resalta que los mundos circundantes son muy diferentes para cada animal y para cada especie.

No puede pues hablarse de un solo medio ambiente al que todos se adapten con mayor o menor perfección. "El mundo de los efectos está compuesto por las respuestas preparadas a los estímulos del mundo perceptible. Luego, el mundo circundante de cada animal (lo que se podría decir que es en cierto modo lo que antes se entendía por medio ambiente) está formado por el mundo perceptible más el mundo de efectos, pero no aislados ni unidos según lo concibe nuestra mentalidad humana, sino dependiendo entre ellos y actuando sobre y a través del organismo especial de cada animal.

Estas consideraciones tienen a nuestro entender un gran alcance psicológico, lo que ya es decir que tienen una principalísima trascendencia pedagógica. Se trata nada menos que de una fundamentación científica irrefutable de la vieja tendencia por adecuar la enseñanza al niño, tendencia que antes tuvo una base romántica y luego una puramente especula-

tiva, deducidas ambas de lo que la experiencia enseñaba acerca del diverso colorido afectivo de las etapas vitales del hombre.

Así como la biología se ocupará de investigar, en lo sucesivo, los mundos perceptibles de los animales, la psicología tomará a su cargo darnos el detalle del mundo perceptible para cada época de la vida humana. Entonces se justificarán muchos hechos de la vida escolar que aparecen como enigmas.

El mundo de los efectos casi se puede decir que está estudiado para el niño, y en parte para el adolescente y el adulto. No pasa lo mismo con el mundo perceptible, y, sobre todo, con las complicadas relaciones que a través de la psiquis humana, en constante cambio y acopio de riquezas, se establecen entre los dos mundos.

En los niños la introspección no es muy valdera y los procesos psíquicos defienden su misterio. En el adolescente, la introspección cobra fuerza de testimonio, pero se complica con el conflicto sexual y la tendencia a idealizar que lanzan un velo sobre la que deseáramos objetiva vida espiritual. Puede pues afirmarse que no conocemos sino aproximadamente el mundo perceptible que corresponde a cada etapa de la vida humana.

Hay más todavía, las excitaciones que originan en los órganos de los sentidos los estímulos del mundo externo, van, por sus sendas, los nervios, a un aparato central que los re-

coge a todos, y forma con esos datos, que se puede decir que analizan el mundo externo, una síntesis interior

Residiendo, por desconocido modo, esa síntesis en el interior de un organismo al que ha llegado por varios caminos intermediarios y haciendo varias etapas, es claro que no puede ser, no es, una copia fiel del mundo que sirve de punto de partida. Esos datos son los que en el curso de la vida se repiten, se organizan en esquemas que, cuando el animal tiene abundantes redes nerviosas, son numerosos, y forman entre todos ellos, la imagen propia del mundo exterior, lo que Uexkull llama el anti-mundo de cada animal. Los esquemas pertenecen tanto al tiempo como al espacio, y facilitan la tarea de referencia al mundo externo, agrupan objetos y calidades, extrayendo de ellos las notas características.

"Al lado de la amplitud de los órganos de los sentidos, es decisivo para el grado de perfección de nuestro mundo perceptible, el número de esquemas existentes en el cerebro. Pues es evidente que los estímulos exteriores llegan a ser tanto más diferenciados cuanto más numerosas son las posibilidades de división.

Los animales más sencillos parece que no poseen aún ningunos esquemas, y sólo con la aparición del cerebro se origina la posibilidad de sintetizar en permanentes unidades algunos grupos de estímulos exteriores que se presentan con frecuencia. Por este medio lle-

ga a hacerse posible por primera vez: la importante diferenciación de grupos de estímulos, que aún no se da en los animales inferiores. Esta capacidad de diferenciación, nuevamente adquirida, asciende después en proporción a la perfección de los nuevos esquemas".

La colección de estos esquemas poseídos por cada animal es lo que se llama su antimundo.

No hace falta mucho esfuerzo para comprender la derivación pedagógica que engendra la teoría de Uexkull. Es necesario que el individuo posea el mayor número de esquemas, así como que éstos sean en lo posible bien obtenidos, comprendiéndose en esta frase su precisión y su comprensión. Esto por lo que respecta a la formación del conocimiento inicial; pero surge también una aplicación más retardada. En la vida no debemos contentarnos con poseer meramente los esquemas de los objetos, sin tratar de modificarlos ni de enriquecerlos, porque así resultará que con el transcurso del tiempo, y en fuerza de la comodidad que los esquemas proporcionan para el pensar, llegaremos a poseer los quejos de los esquemas primeros y con ellos nos contentaremos; olvidándonos de las relaciones directas y personales con la naturaleza, fuente de todo saber vivo y organizado; no puramente artificial, esquemático.

Esta idea de los esquemas de Uexkull coincide en su esencia con los atisbos de la psicología de la forma de Koffka y Wertheimer.

Dice la teoría de la forma que de la cosa más sencilla nuestro cerebro recibe impresiones múltiples que jamás llegan aisladas ni en forma de entidades inconexas, sino ya organizadas, y poseedoras de un oculto y peculiar sentido. Esta nueva concepción es claro que invalida la anterior opinión relativa a las sensaciones elementales, que era la gran base de la didáctica que alcanzó una de sus mayores conquistas con la formulación de la ley: ir de lo simple a lo compuesto. El psicólogo actual se pregunta angustiada: ¿y qué es lo simple?, y esta pregunta prolonga su eco en la pedagogía, y la desconcierta. Porque, en verdad, si aquello que se consideró simple, insurge, luego de una más profunda contemplación, como complicado y trabado, es claro que todas nuestras seguridades anteriores se derrumban. La pretendida simplicidad de las sensaciones elementales no existe. Son complejas y responden a un plan de organización, desconocido, pero patente. De esta observación psicológica nacen los nuevos tanteos didácticos. Ya no se cree en la eficacia de comenzar un aprendizaje por la repetición mnemotécnica de un aparente elemento aislado que no crean nada como repercusión en el cerebro del alumno. Se pueden presentar elementos ya distribuidos y repartidos, con "forma", para que sean asimilados de modo más espontáneo y más puro, porque responden a esa necesidad de estructuración que informa la vida del es-

píritu. En esto se funda, en última instancia, el método ideo-visual de lectura que ya se está ensayando en muchas de nuestras escuelas y que despierta críticas porque no va de lo simple a lo compuesto y requiere mayor tiempo para que el alumno aprelienda los conjuntos, en tanto que los sistemas anteriores que daban elementos que luego se articulaban, eran más fáciles y más pronto en sus resultados. Como no es ésta oportunidad para discutir los fundamentos psicológicos de ese método, sólo lo citamos de pasada, anotando el infortunio que las nuevas teorías psicológicas que atacan al atomismo psicológico y reivindican el lugar para la organización mental y la fluencia de la vida psíquica dentro de una concepción funcional, dinámica, ejercen en los métodos de última hora. Con esto probamos a la vez que todas las conquistas de la metodología beben en las ciencias puras, y que, contra lo que generalmente se cree, hace falta recordar o penetrar por lo menos en el campo de la psicología para hallar sentido a las innovaciones de método, que no son meras modas, como se dice con demasiada frecuencia.

Resulta de interés recoger y comentar en esta oportunidad una idea pedagógica de Ortega y Gasset.

Si la educación ya no es la adaptación al medio ultrapoderoso que se creía antes, no puede mantenerse esa división honda que, para los efectos educativos, se hacía entre la perso-

na que se educa y el ambiente que le rodea.
Decía Ortega:

"La pedagogía al uso se ocupa en adaptar nuestra vitalidad al medio, es decir, no se ocupa de nuestra vitalidad. Para cultivar ésta tendría que cambiar por completo de principios y de hábitos, resolverse a lo que aún hoy se escuchará como una paradoja, a saber: la educación, sobre todo en su primera etapa, en vez de adaptar el hombre al medio tiene que adaptar el medio al hombre; en lugar de apresurarse a convertirnos en instrumentos eficaces para tales o cuales formas transitorias de la civilización, debe fomentar con desinterés y sin prejuicios el tono vital primigenio de nuestra personalidad".

Si se mantiene la diferenciación, habrá dejado de existir la coacción que se quería que lo exterior ejerciese sobre los factores internos, para dar paso a una armonía entre el ambiente (que será estudiado de manera científica) y los impulsos hondos del educando. Aquí está pues la base para el movimiento llamado de las escuelas nuevas. Parten todas ellas del reconocimiento del hecho biológico de lo valiosos que son los temperamentos y de su indestructibilidad. Por eso se empeñan en crear el ambiente propicio para la educación. De aquí también nace la nueva concepción disciplinaria actual que ha dado margen al apareamiento de la libertad en el funcionamiento escolar de donde estuvo tan fe-

rozmente desterrada en todas las épocas anteriores. El respeto a la personalidad que tanto se proclama hoy en los sistemas pedagógicos, tiene pues base biológica.

Luego habla Ortega del valor del sentimiento en la vida psíquica. Llega por deducciones a afirmar que el alto—concreción sentimental de la vida—es la hormona psíquica, el agente que excita toda la actividad espiritual y aún cambia su tonalidad:

“Mediante reacciones sentimentales podemos, pues, favorecer o corregir el pulso de la vida psíquica. La técnica de estos influjos, la proporción o combinación en que deben suministrarse las corrientes emotivas es, sin duda, bastante complicada. Sin embargo, la importancia pedagógica de ciertas emociones corroborantes no ofrece lugar a duda. El niño debe ser envuelto en una atmósfera de sentimientos audaces y magnánimos, ambiciosos y entusiastas. Un poco de violencia y un poco de dureza convendría también fomentar en él. Por el contrario, deberá apartarse de su alrededor cuanto pueda deprimir su confianza en sí mismo y en la vida cósmica, cuanto siempre en su interior suspicacia y fuga presentir lo equivoco de la existencia”.

Se propugna pues una educación que domestique no muy pronto al “pequeño salvaje” que hay en cada niño. El respeto de sus instintos, de sus manifestaciones totales. En suma, se vuelve al parecer, a lo que pedía —en

tono romántico — Rousseau. Sólo que ahora ese pedido ya no es declamatorio. Va respaldado por la ciencia y toma los caracteres de una imposición. La raza o el país que la desolgan, aflojarán su pulso vital, se domesticarán y serán arrollados por aquellos que respetaron — en sus niños — al hombre en formación. Recordemos a este respecto la invectiva de Unamuno contra el establecimiento de las brigadas de boy scouts en los medios escolares españoles. Clamando contra su farrago de preceptos, su regulación detallista y toda la vida normada y mediatizada que esa institución quiere dar a los niños, decía Don Miguel que más que boy scouts, lo que se formaba eran bueyes cautos. Se pierde con esa estrecha reglamentación, todo lo que de personal, de propio, de valioso, tiene el espíritu infantil.

Sería interesante en esta hora una breve reflexión acerca de los temperamentos en su relación con la democracia, pero este tema a más de rebasar los límites y los alcances de este estudio, carecería de la base experimental necesaria. Quede pues para mejor ocasión. Quizá en él se hallaría la clave de nuestra ineptitud para la vida democrática que se fundamenta en la solidaridad nula al completo desarrollo de las personalidades individuales, tal vez la explicación de nuestro rebafismo intelectual y de nuestro agresivo personalismo tan material, y quizá también la te-

rapéutica de nuestra enfermedad política que puede llamarse "deseo de los providenciales", cuya espera inutiliza todo esfuerzo colectivo.

4.—Diagnóstico de los temperamentos

Pese a las dificultades experimentales y a lo indeciso todavía de sus datos, es innegable la importancia que el diagnóstico de los temperamentos tiene para el educador moderno. No sólo por medio de él orientará su criterio a fin de adoptar las medidas pedagógicas convenientes para cada caso, sino que este diagnóstico le evitará gastos inútiles de energía, tanteos desorientados con pérdida de tiempo, y funestos daños—especialmente éstos— que puede producir su intervención en la vida anímica del educando. El diagnóstico de los temperamentos es hoy básico para la educación. Comenzar una obra educativa sin el previo diagnóstico del temperamento, casi se puede decir que equivale a edificar sobre arena. Así de movediza y deleznable es la intervención del educador que desconoce las tendencias fundamentales y primarias del educando. Ya se sobreentiende que para cada temperamento han de corresponder tratamientos adecuados cuyo detalle no nos corresponde. Indicaremos sí que al Introverso de Jung que se corresponde con el hiperestésico de la clasificación de Kretschmer, con-

vienen un ambiente y una sugestión constante en el sentido de atraerle hacia los objetos, separándole de su obsesión meditativa, alejándole de su hosca concentración. Debe ser empleado en labores que demanden — sobre todo — el empleo de las energías corporales, si en unión de los compañeros, mejor; porque tiene tendencias antisociales que derivan hacia la misantropía más o menos turde. Le correspondería a él el manejo de cosas, el trato de la naturaleza, la Inmersión en el paisaje y la contemplación del esfuerzo del hombre en común para domar las fuerzas agresivas del ambiente. Este tipo de educando debería ser llevado a formar nuevos "esquemas" de las cosas del medio circundante en el sentido de von Uexkull, para que no lo juzgue todo conforme a sus clisés mentales, y quiera amoldarlo todo a su capricho y a sus concepciones predeterminadas.

El extravertido de Jung, que en su fase media se correspondería con el sintónico de Krestschmer y en la extrema con el hipomaniaco, merecería un tratamiento distinto. Este vive demasiado en los objetos. Por lo mismo, habría que alejarle de ellos para conducirlo a las esferas de la meditación. Le serían útiles las reflexiones sobre las grandes ideas, sobre los valores espirituales de la humanidad, ya que siente una marcada propensión a mirar las cosas burlescamente, satisfecho de su vida.

Conocer a fondo el temperamento de un individuo quiere decir poder influir en su "conducta" posterior, tomando la palabra en un sentido lato. La orientación profesional recogería grandes enseñanzas de un temprano estudio del temperamento de los niños realizado ya en la escuela. Huelgan las consideraciones alrededor de este tópico que no debemos sino enunciar.

No parece necesario insistir en que el diagnóstico de los temperamentos en la niñez, no es cosa certera, puesto que el mismo temperamento da base a distintos caracteres, por una parte, y por otra, tanto el temperamento como el carácter están en formación, puesto que la organización biológica misma—fondo de todo lo demás—está haciéndose completa.

A manera de ensayo, creemos conveniente adoptar el siguiente Psicobiograma de Kretschmer para sistematizar las observaciones en la enseñanza secundaria. En él hemos introducido las modificaciones que hemos juzgado indispensables en vista de que su autor lo ha destinado a la práctica médica.

Como un auxiliar más sencillo —aunque en su orientación difiere del Psicobiograma de Kretschmer — nos permitimos recomendar la encuesta elaborada por la "Liga internacional de la Educación Nueva" para el estudio de los tipos psicológicos, enviada por el Prof. Dr. Ad. Ferriere a la Revista de Educación Primaria de Chile. Naturalmente que tanto el

Psicobiograma como la Encuesta requieren amplias explicaciones — que alguna vez explicaremos — para su aplicación.

PSICOBIOGRAMA SINTETICO

(KRETSCHMER)

(Adaptación)

A.—HERENCIA

Signos:

Hombre	
Mujer	debilidad intelectual
psicosis	criminal
nerviosidad	normal o indeterminado

B.—CURVA VITAL (reacciones generales)

1. Reacciones regulares y constantes:
2. Reactividad inestable:
3. Periodicidad endógena:
4. Modificaciones graduales y permanentes de la base de la vida:
 - a) infancia
 - b) adolescencia
5. Evolución ascendente o detención del desarrollo o evolución regresiva

C.—ESQUEMA GENERAL DEL TEMPERAMENTO:

1. Disposición psíquica y psicoestesia:
2. Ritmo y tensión psíquicos:
3. Psicomotilidad:
4. Actitud social:

Diagnóstico de los seis principales temperamentos:

(Indicar si existe un temperamento degenerativo especial).

D.—VIDA INSTINTIVA:

1. Instinto sexual:
2. Instinto de crueldad:
3. Instinto de defensa ante los peligros:
4. Instinto de nutrición y sentimientos vitales conexos:
5. Pasiones.

E.—ESTRUCTURA DEL CARACTER Y ACTITUD FRENTE A LA VIDA:

a) Relaciones entre los elementos instintivos y los racionales en la estructura total:

1. Predominio de los elementos instintivos:

(Personalidad Ingenua, dominada por los instintos primitivos).

- 2.--Predominio de la superestructura caracterológica:**
 (Personalidad consciente, racional, guiada por el finalismo).
- b) Actitud frente a la vida:
 Temperamento:
 a) Simple:
 Actitud estética:
 Actitud asténica:
- c. Temperamento hecho de oposiciones:
 Expansivo:
 Sensitivo:
 Actitud intermedia:
 Actitud desviada:

F.—MODO DE COMPORTAMIENTO SOCIOLOGICO:

1. Disposiciones morales:
2. Modo de comportamiento religioso:
3. Modo de comportamiento estético y científico:

G.—INTELIGENCIA Y DATOS REFERENTES A LA PERSONALIDAD EN GENERAL:

(Todos los datos que sea posible observar en la escuela o colegio).

H.—EXAMEN SOMATICO

I.—Medidas:

Cráneo:

- Contorno horizontal:
 diámetro sagital:
 diámetro frontal:
 diámetro vertical:
 altura de la cara:
 ancho de la cara:
 longitud y ancho de la nariz:
 Contorno del antebrazo:
 „ de la mano izquierda:
 „ de la pantorrilla izquierda:
 Longitud de la plerna:
 „ del brazo:
 Anchura de los hombros:
 „ de la pelvis:
 Peso:
 Talla:
 Contorno del pecho: (promedio):
 „ del abdomen:
 „ de las caderas:



II.—Cráneo y cara:

- Forma de la cabeza:
 Perfil:
 Lineamiento frontal de la cara:
 Descripciones particulares:
 a) Frente:
 b) óvalo de la cara:

- c) Nariz:
- d) menton:

III.—Conformación del cuerpo

Huesos:
 Musculatura (relieve)
 Tejido adiposo:
 Cuello:
 Hombros:
 Tórax
 Vientre:
 Extremidad (longitud)
 Pelvis:
 Manos y pies:
 Diseño:

IV. — Pelo y Piel:

Tronco:	Cejas:	Barba:
Genital:	Axila:	Piel y vasos:
Cabellera:	Brazos:	Piernas:

Diseño general:

V.—Examen endocrínico, vegetativo, etc.:

VI—Momentos:

- Iniciación de la pubertad:
- „ de la adiposís:
- „ del enflaquecimiento:
- „ de algunas enfermedades corporales:

VII.—Diagnóstico:

D.—morfológico, y si es posible, de síndromes neuropáticos.

5.—DIAGNOSTICO DE LAS APTITUDES

El señalamiento de la ruta que debe seguir un joven no puede ser hecho con el simple diagnóstico de los temperamentos. Requiere además el concurso de un detenido y positivo estudio de las aptitudes del educando. La técnica y el detalle del diagnóstico de las aptitudes requiere enorme espacio y posee libros especiales. Por hoy sólo debemos insistir en la imposibilidad de prescindir de ellos para poder hablar de un conocimiento psico-biológico más o menos acertado acerca de un individuo.

La enseñanza establecida en muchos países —el nuestro es un ejemplo típico— tanto en la primaria como en la secundaria, parece no haberse dado cuenta de los problemas que se

derivan del estudio de los temperamentos y de las aptitudes. El viejo molde llamado cultura general, que en rigor debiera llamarse cultura mediocre, trata de exigir del alumno un *mínimum* de conocimientos que se los supone indispensables para cualquiera actividad. Y ahí tenemos en consecuencia planes de estudio inverosímiles, por su tipo enciclopédico, que a menudo demandan del educando un *improbo e inútil* esfuerzo, y esto precisamente, en la única edad en que es posible el cultivo fructuoso de las aptitudes del individuo.

Se ha querido nivelar la cultura y lo que se ha conseguido es matar en germen las infinitas posibilidades del esfuerzo individual. Y sin embargo, todos se sorprenden de la mediocridad de nuestros bachilleres, y lo que es peor, de que éstos, víctimas de la educación al uso, tengan que refugiarse en las aulas universitarias en busca de las carreras tradicionales, para las que frecuentemente no tienen preparación ni capacidad.

Pero debemos esperar que esta situación cambie. Y cuando se reconozca que el máximo rendimiento de una personalidad sólo puede conseguirse con la educación de su aptitud, entonces nuestra pobre cultura de hoy será algo serio y valioso. En este lugar, y por venir de quien vienen, acaso será útil recordar estas palabras de H. Piéron, el sabio maestro de la Sorbona.

"En esta educación, creo que lo necesario es aprovechar de las diversas individualidades y de las aptitudes; creo que es un error nivelar y llegar solamente a hacer, por la educación, un buen alumno para examen.

Yo creo que es capital, para la utilización social de los hombres, que desenvolvamos, al contrario, aquello de cada uno que puede hacerlo superior. Si en un niño vemos gustos artísticos particularmente desenvueltos e ineptitud matemática completa, se dirá: es necesario que no haga sino matemáticas, si quiere ser admitido al examen. Es verdad. Pero yo creo más importante tener un artista de genio que tener un mediocre calculador.

Es este el problema capital de nuestra educación actual. — Es indispensable que nuestra educación se adapte a esta tarea con el objeto de colocar al niño en el lugar en que le corresponde y desenvolver sus aptitudes peculiares para que pueda así proporcionar a la sociedad el máximo de servicios. Recuerdo personalmente haber visto en clase dos muchachos, dos hermanos, a los que se despreciaba: se los trataba como cretinos. Evidentemente eran los últimos, tenían este lugar; pero al contrario de lo que les ocurrió a otros, buenos alumnos, su situación actual es diferente: son dos artistas de gran valor que tienen una reputación mundial. Se puede perdonarles que hayan sido cretinos en la cla-

se porque han dado dos artistas eminentes a la sociedad".

La escuela, menos el colegio, no podrán trabajar en adelante sin que sus alumnos sean sometidos antes a un análisis prolijo de los temperamentos y de las aptitudes. Es muy claro que estos análisis no los harán sino gentes especializadas que, a más de sus conocimientos, posean la suficiente probidad científica como para librar sus apreciaciones de parcialidad, de influencia y de error. Pero también es muy claro que el mejor colaborador del especialista ha de ser el maestro de escuela o de colegio. Deben estar enterados de esas cuestiones a fin de poder colaborar en la obra de recolección de datos, y saber aprovechar las conclusiones.

A este propósito nos parece de gran interés el diagnóstico de los tipos psicológicos, según su estado evolutivo, de acuerdo con los magníficos estudios que lleva a cabo actualmente la escuela genética, uno de cuyos representantes el doctor Ad. Ferriere, nos hace importantísimas indicaciones.

Sólo así se llegará a dar una base científica a la enseñanza que, por hoy, marcha divorciada de los dictados de la ciencia, casi en todos los terrenos.

EDUCACION DIFERENCIADA

Destacada la importancia del diagnóstico temperamental, parece que el primer asunto

que debe atraer nuestro interés es la educación en relación con el sexo.

... Casi es una afirmación que ya no se discute aquella de que si bien no puede sostenerse de manera exclusiva la superioridad de ninguno de los dos sexos, en cambio se puede decir que son distintos.

El hombre es un ser catabólico, su conformación es adecuada para un intenso gasto de energía. La mujer, por el contrario, parece hecha para desempeñar una función de acumulo de energías que servirán para ulteriores fines.

El sexo se diferencia profundamente en sus funciones, si hemos de seguir la concepción de Marañón. El hombre ha sido creado para el trabajo, no para el trabajo en un sentido bíblico, pero sí en el de un desgaste crecido de fuerza vital, desgaste del cual ahora no examinaremos ni la finalidad creadora ni su objetivo de utilidad. La mujer, por su conformación anatómica parece destinada a labores más suaves, entre las que se destaca, como una misión, la maternidad.

No creemos que el trabajo constituya un elemento de caracterización sexual, puesto que contra la organización actual están, entre otras, las pruebas irrefutables de la existencia del matriarcado como organización social aducidas por Graebner, y la opinión de Müller-Lyer.

Según Graebner el matriarcado es la organización social en la que el eje de la vida colec-

tiva se desplazaba hacia manos femeninas y el hombre casi vivía como un verdadero parásito. El matriarcado nace de una invención femenina: el trabajo en forma de labranza de las tierras. He aquí un hecho trastornador de muchas ideologías que suponen al trabajo tan inherente a la condición masculina que puede incluirse entre los caracteres sexuales del varón. Claro es que no se puede llegar a esta afirmación sin antes haber introducido subrepticamente en la categoría de trabajo, a la caza, única ocupación del hombre primitivo. Pero en cuanto se define con precisión el trabajo por sus notas de regularidad y finalidad lejana, la cacería del salvaje queda excluida del concepto.

Por la invención de la agricultura, cargó todo el peso de la vida económica sobre la mujer, y, en consecuencia, ésta fué ganando la mayor influencia familiar, social y política. Los hijos pertenecen a la estirpe de la madre, y la casa y el ajuar se heredan por línea femenina (F. Graebner: "El mundo del hombre primitivo").

Para Müller-Lyer, que encuentra en la organización de la familia y del régimen de perpetuación de la especie, el íntimo resorte de la historia, y la explicación del proceso ascensional de la humanidad, es también evidente la existencia del matriarcado.

"También es muy frecuente encontrar en Africa—especialmente en la costa occidental—supervivencias y huellas de un matriarcado re-

meto. Generalmente heredan las dignidades de rey o de caudillo—y en las clases populares inferiores también los bienes—, no los desciendientes del padre, sino los hijos de la hermana. Así, por ejemplo, en Loango sólo se hereda la nobleza de la madre, y nunca del padre. Los hijos de príncipes sólo son príncipes si el padre los ha engendrado en una princesa. En cambio, son siempre príncipes los hijos de una princesa; toda princesa puede elegir marido en Loango a su capricho e igualmente puede repudiarlo cuando le place; la ceremonia consiste, sencillamente, en que ella le sopla. En Lunda es, después del Muntu Jamvo (rey), una mujer, la Lukokeshka, la más alta personalidad. No está casada; pero tiene como amante a uno de sus esclavos, que debe representar el papel de mujer y al que se acicala con toda clase de adornos.

No debe tener hijos, pues se la considera como la procreadora simbólica de los reyes de Lunda. En caso de embarazo y alumbramiento son muertos los hijos en el acto. En Akra, Angola, se han encontrado incluso reinas en función activa del poder. Y en Loango elige el rey a "una matrona grave y experimentada, a la que llama madre y a la que venera más que a una madre carnal. Esta mujer, que lleva el título de Makonda, tiene mucho poder y el rey debe pedir su consejo en todas las cosas importantes. Ella puede, incluso, hacerle matar si lo ofende o no cumple sus peticiones. Puede, si quiere, elegir ma-

ruido, y sus hijos se consideran de estirpe real. Si sus amantes buscan otras mujeres, son ejecutados". Entre los aschantis disfruta la hermana del rey del mismo poder sobre las mujeres que el rey sobre los hombres. En muchos pueblos de Zambeze disfrutaban las mujeres de un influjo considerable, y cuando los hombres desean vender alguna cosa, deben hacerlo de acuerdo con sus mujeres. De los monbutus dice Schweinfurth: "Las mujeres disfrutaban de extraordinaria independencia frente a los hombres. Ello se evidencia claramente cuando a éstos se les consulta sobre la venta de algún objeto curioso, pues responden: "Pregunta a mi mujer, a ella pertenece" No da gran importancia el monbutu a la fidelidad conyugal, según pude comprobar diariamente en el campamento de los nubias". De la guardia de corps femenina-célibe—del rey de Dahomey, dice Forbe que está equiparada a los hombres y que cumple con éstos en arrojo. (Waitz, II, 159). En la Senegambia del Sur tienen las mujeres, según Bertrand-Bocandé, amplios derechos políticos: en Brim toman parte en las asambleas públicas en las que ejercen un gran influjo: "de su decisión dependen la guerra y la paz". En Jami no sólo dictan las mujeres en sus asambleas las leyes generales vigentes, sino que, en funciones de jueces, deciden sobre los conflictos que se someten a su tribunal. Y en Cabou pueden llegar a gobernar

y están altamente estimadas'. (Müller-Lyer, "La Familia", pág. 153—154).

"Pero hay todavía un segundo extremo característico de la vida de Clan en la fase alta del parentesco: el matriarcado alcanza su florecimiento mayor.

En la fase primaria del parentesco hemos visto avanzar las organizaciones de parentesco hasta llegar a la horda paterna con línea materna. En la fase alta del parentesco surge una nueva formación social: el clan materno con sucesión hórdica materna, el clan materno con organización de convivencia. Mientras, aún entre los australianos más avanzados, siguen las mujeres al marido, trasladándose a su horda, siendo, por lo tanto, trocadas las mujeres, existe entre los agricultores inferiores la costumbre de — por decirlo así — trocar los hombres; el hombre se establece en el clan de su mujer, o marido y mujer viven separados, cada uno en su clan materno. Así llega a convertirse el clan materno, que sólo era antes una comunidad de nombre (totem) especialmente disgregada, en una organización de convivencia espacial, económica, social y política. Pues si en los parientes por descendencia materna los que conviven bajo un régimen económico común. El patriarcado se convierte en matriarcado, no ya sólo de nombre, sino efectivamente.

Claramente sucede esto sólo en el momento culminante de la fase alta del parentesco. El parentesco se rige entonces, exclusivamen-



te, por la descendencia materna, no teniéndose en cuenta para nada la descendencia del padre. Al padre no se le conceptúa, en absoluto, como pariente de sus hijos; los cuales consideran más cercano al tío materno (hermano de la madre) que al propio padre (ayuntado). Todos los derechos y deberes, la vindicta de sangre y la posición social, se atribuyen y heredan según el matriarcado, lo mismo que las tierras y los bienes. El hombre más viejo de la parentela materna suele ser cabeza del grupo materno.

GENESIS DEL CLAN MATERNO.

¿Cómo llegó, pues, a formarse el clan materno? ¿Cómo fué posible que entre pueblos "salvajes" llegara a alcanzarse una tan alta estimación del derecho de la madre?

Como causas de este hecho, ciertamente curioso y que, a primera vista, parece casi increíble, deben considerarse las siguientes:

1o. La mujer se hizo sedentaria antes que el hombre: Mientras el varón se ausenta, a menudo, durante semanas enteras, a causa de sus expediciones de caza y guerra y continúa la vida vagabunda que llevaba en el período de los cazadores, la mujer permanece en casa y constituye, a medida que la domesticidad gana en continuidad e importancia, el elemento estable de la familia y de toda la organización de la parentela. Ya a causa de los hijos tiende

más la mujer a la vida sedentaria que el hombre.

2o. La mujer es la que inicia la agricultura. Ya entre los cazadores consistía la división del trabajo por sexos en que el hombre había de proporcionar los alimentos de origen animal y la mujer los de origen vegetal. Esta forma de división del trabajo se conserva, por de pronto, aún después de instituída la agricultura. La antigua recolectora de plantas es también la primera trabajadora del campo. Los hombres, generalmente, apenas se ocupan del cultivo de las plantas, que, en su mayor parte, está exclusivamente atendido por las mujeres. Y como los resultados de la caza son mucho más inseguros que los de la agricultura, la mujer adquiere la preponderancia; ella es ahora el elemento predominante económicamente, el centro de la vida económica, en torno al cual gira el hombre como un planeta alrededor del sol.

3o. A esto hay que añadir el matrimonio de servidumbre. Siendo la mujer la primera en establecerse sedentariamente, mientras el hombre continuaba su vida móvil y vagabunda, el hombre, para casarse, hubo de trasladarse a donde la mujer estaba, y no la mujer a donde el hombre estaba. Porque siendo la mujer un valor económico mayor que el hombre, el clan prefería desprenderse del hombre a desprenderse de la mujer, pues el interés del clan no puede ser trocar un elemento superior de trabajo por otro inferior. Si el hombre quie-

re, a pesar de todo, llevarse a la mujer, deberá compensar al clan y comprarla o servirla. La compra no es fácil, porque en esta fase de la cultura existe todavía muy poca riqueza. Ahora bien, desde el momento en que el hombre se presta a servir a la mujer, habrá de trasladarse al clan de ésta, la cual tiene entonces en su mano, por la elevación de las "arras", es decir, por la prolongación del tiempo de servidumbre, el poder de aumentar el tiempo de sujeción del hombre y aún hacer ésta permanente. Mas si, por otra parte, el hombre y la mujer permanecen cada uno en su clan, se considera al hombre simplemente como un apéndice de la familia materna.

Si consideramos, pues, las circunstancias económicas de los comienzos primarios de la agricultura, el auge del matriarcado en esta fase nos sorprenderá tan poco como la elevada posición que la mujer se atribuye en la familia, de lo que trataremos más adelante". (F. Møller-Lyer. — La Familia.—Págs. 98, 99, 100 y 101).

Las ideas de Bachofen no eran del todo des-caminadas. Sus originales investigaciones que sorprendieron tanto están encontrando suficiente ratificación.

· Parece que la existencia del matriarcado está suficientemente probada y con ella la del trabajo femenino, y sin embargo, encontramos muy fundada la observación de Simmel que asigna una mayor capacidad abstractiva al hombre en razón del conflicto que en él se

realiza por la lucha entre su yo y el mundo exterior, deducida de la sensación que tiene de no estar completo; mientras que la mujer es un todo, encuentra su centro en sí misma, y desdeña la angustia del hombre en busca de su centro espiritual, centro que ella ha encontrado de un modo natural e intuitivo en ella misma.

De esta observación se deduce que la educación que se da a cada uno de los dos sexos debe diferenciarse bastante en determinada edad. Ha de tener en cuenta la distinta orientación biológica de cada uno de los sexos, a más de sus diferentes aptitudes y sus diversas energías. Por eso la igualdad educativa que existe actualmente en nuestros colegios carece de fundamento científico y habrá de ser modificada. Se comprende que una nueva reglamentación de esos establecimientos ha de utilizar las tendencias acentuadas de cada sexo. Además contemplará también las actividades de distinta naturaleza que está llamado cada sexo a desempeñar en la vida; sin pensar desde luego que el un sexo se encuentre en la imposibilidad de desempeñar, transitoria o permanentemente funciones que se creen adscritas al otro de modo exclusivo. La experiencia prueba lo contrario y los esfuerzos educativos de la hora presente tienden a igualar los sexos, lo mismo que las opiniones juveniles de ambas partes humanas y en muchos países.

6.—LA EDUCACION SEXUAL

LOS CRITERIOS DE FREUD Y ADLER.

Encuentra el psicólogo vienés Sigmund Freud un enorme resorte de la vida entera en el instinto sexual, que hay que diferenciar de la libido, que tan solamente es el impulso material del un sexo hacia el otro. A la luz de esta idea se aclaran muchos fenómenos inexplicables o confusos de la vida toda. Claro que no se puede ir al extremo de encontrar en todas las manifestaciones vitales recuerdos más o menos disimulados de la actividad sexual en el sentido restringido del acto de la cópula. Ni esta es tampoco la intención de Freud. Generalizadas sus afirmaciones y calcados sus ejemplos, pero llevados a extremos discutibles, se ha vuelto unilateral su teoría. Así—por ejemplo—en lo que se refiere a la sexualidad infantil. Quizá sería más acertado, sin descartar desde luego totalmente el profundo impulso sexual que bien puede estar latente a lo largo de toda la vida, desde que ella comienza hasta que termina, atribuir el origen dinámico de muchos de los actos infantiles a "la necesidad de la actividad y la afición a la actividad que tienen en el organismo raíces más hondas que la sexualidad", y, como continúa Myersson: "es mucho más probable que la actividad sexual sea una forma de placer derivado en parte de la

actividad muscular y del movimiento rítmico del cuerpo que no lo contrario".

El concepto freudiano de la sexualidad infantil, único motor de la vida del niño parece pues que nace de una generalización apresurada, y que para quedar en su justo valor como investigación científica, debe ser contrastado con la realidad, porque por más que se diga que las ideas de Freud ya "comienzan a no estar de moda" puede y debe aprovecharse de ellas en dos campos: el de la psiquiatría y el de la pedagogía. Desglosada la exageración quedará algo o mucho provechoso de ella. "La crítica de Freud es difícil además por la gran confusión y ambigüedad de que —a pesar de su esquematización y dogmatismo— adolecen sus conceptos; por ejemplo el de la sexualidad infantil. Todo lo que ha observado en los niños de pecho y en la primera infancia lo interpreta en el sentido de la sexualidad. No es, pues, asombroso que se la encuentre por todas partes. Absolutamente desprovistos de valor son los análisis infantiles en que funda muchas de sus conclusiones y en los cuales la sexualidad es inyectada en los niños a fuerza de preguntas. En efecto, a los niños puede casi siempre sugerírseles la respuesta por medio de preguntas adecuadas. Al niño — ¡el Juanito que Freud sometió a análisis tenía cuatro años y medio! — se le puede inspirar casi todo en la pregunta, y entonces no sólo se encuentra sexualidad, sino todas las formaciones simbólicas que se buscan ...

Más todavía que Freud han exagerado algunos de sus discípulos lo concerniente a la sexualidad infantil, al erotismo excremental y otras cosas por el estilo. En torno a un núcleo, visto con absoluta exactitud, han dado rienda suelta a la fantasía más repugnante, acumulando detalles absurdos no sólo desde el punto de vista estético, sino desde el puramente científico. Biológicamente nos parece completamente falsa la hipótesis de un sistema de impulsos que se desarrolla y luego se paraliza durante algunos años, para desarrollarse de nuevo, y esta vez definitivamente. Pero es indudablemente exacto que, incluso la vida sexual posterior está cruzada muchas veces por reacciones de impresiones prematuras infantiles, y que muchos casos de neurosis revelan violentas fuerzas de los impulsos sexuales. (C. Haeblerlin).

Surgen pues claras las limitaciones que se imponen a las teorías de Freud.

Pero parece que se puede adoptar, en general, y para regular una conducta pedagógica, algunos de sus principios fundamentales. Sin discriminaciones extremas y sin prejuicios totalizadores, se puede admitir con el psiquiatra vienés que el principio dominante en el estadio primitivo de la evolución es el principio del placer. En la mayor parte de los procesos anímicos se puede reconocer la imitación de toda nuestra maquinaria psíquica hacia la consecución de algo placentero, del mismo modo que a soslayar la ocasión de dolor.

Este se puede decir que es el objeto de las tendencias sexuales.

Aunque este no sea el lugar más adecuado para tratar sobre la cuestión, debemos indicar que para las modernas tendencias educacionales el psicoanálisis no puede ser considerado y menos aún aplicado sólo como análisis. Pues al principiar por él debe seguirse con la práctica educacional adecuada a las conclusiones que aquel haya proporcionado. Con frases significantivas, L. Ch. Baudouin dice: "El psicoanálisis desemboca en la pedagogía y se continúa por ella. El papel del análisis parece, pues, ser sobre todo negativo y preparatorio: quita los obstáculos, desliga los nudos; abre así el camino positivo a la educación. Esta guarda todo su valor".

En el caso especial de los temperamentos, y refiriéndonos sólo a un caso concreto, — a los castigos — veáse por ejemplo lo que afirma este autor, al comentar a ciertas escuelas: "Así Mme. Montessori, cuidadosa, con justicia, de evitar todo castigo violento, se contenta con abandonar al niño que no quiere trabajar, hasta que se enoje y vaya a unirse con los otros. Está bien. Pero si el niño sufre entonces del complejo de "ser dejado de lado", cuya importancia es conocida por los analistas, esta sanción, en apariencia muy dulce, será para él, como ya lo han hecho notar, el castigo más violento y capaz de producir un "trauma" más profundo que el que provoca un castigo". Lo mismo ocurre con la tendencia

que tienen muchos maestros — al exagerar los principios de la escuela activa—, de dejar al niño sin su control psicológico, sintiéndose acaso niños a su vez.

Volviendo a lo anterior, señala Freud junto al principio del placer, el principio de la realidad que aparece efectivamente en la vida. Este no tiene relación con la conservación de la especie, y si bien, antes pudo haber sido fuente de placer, ha llegado a diferenciarse obligado por la lucha de la existencia. "El yo aprendió de la realidad que muchas veces hay que renunciar a la satisfacción inmediata; que hay que aplazar la obtención del placer, y que también hay que aguantar el dolor" (Haeberlin).

La "represión" que se aplica a los deseos inconscientes, puesto que los conscientes son rechazados y acaban por desaparecer sin causar daño en la psique, es otro de los conceptos freudianos en que una orientación científica de la pedagogía debía insistir. Por su carácter proclive a lo patológico, urge sondear en cada personalidad el matiz o la cantidad de las represiones. Ello arrojaría mucha luz sobre las que podrían llamarse **inapetencias irremediables** que para el estudio se notan en muchos jóvenes. Quizás tienen su origen en deseos reprimidos que desde el fondo del inconsciente están reclamando su paso a la conciencia y su transformación en actos. Por último, es necesario seguir a Freud en

sus concepciones del yo y del ello, y las divisiones del yo.

La noción de inconsciente ampliada, esto es, añadidos a los deseos sexuales infantiles agrupados en un rincón psíquico por la represión, los impulsos desconocidos pero creadores que nos vienen del pasado, forma el ello que gobierna nuestra vida, el inconsciente colectivo de Jung.

El yo vendría a ser la organización psíquica que asienta sobre el ello para guiarlo, reprimirlo; resultaría de la adaptación al medio y de las respuestas psíquicas a los estímulos del ambiente.

En el yo, Freud anota el *infra yo* y el *super yo* o *yo ideal*. El *infra-yo* sería un dominio fronterizo con lo inconsciente, con el conjunto de las fuerzas vitales que fuera del dominio de nuestra conciencia avaloran la vida y la impulsan, la tonifican y la conservan.

El *super-yo* sería el análisis de los impulsos, la región donde se refugia la moral, el sitio de los conflictos psíquicos. Tal vez la estructuración y serinción de los intentos y logros de la sublimación.

"Según la teoría de la libido, la represión (censura) y la sublimación dependen en parte una de otra. Empleando una metáfora tosca, mecánica, imaginémonos el aparejo de un barco de vela. El instinto facilita el viento propulsor; la quilla impide que el barco resbale — tendremos así representado el trabajo de la censura o represión—; el barco



boga hacia su destino mediante alguna desviación de su rumbo — he aquí el proceso de sublimación. Como ha dicho Freud: La energía de las fuerzas sexuales instintivas es desviada de su destino sexual y encaminada hacia otros fines que no son sexuales (biológicamente), aunque guarden con éstos una relación psíquica y sean socialmente más útiles". Tanto la represión como la sublimación son procesos que se realizan principalmente a espaldas de la conciencia. La supresión y educación conscientes (el propio dominio) pertenece a las etapas del ego y del super-ego del proceso, y sólo parcialmente contribuyen al proceso de la sublimación, porque la mayor parte de la obra de la sublimación se realiza sin la ayuda de las actividades perceptivas conscientes. La supresión y la educación conscientes son principalmente útiles en razón a que siguen el mismo derrotero que las tendencias represivas inconscientes, o armonizan con ellas". (S. Jelffe) La sublimación es una especie de disfraz elevado, algo como un desquite contra lo inalcanzable que se torna próximo tratándolo de coger por otro camino que describe parábolas, pero que llega al fin vislumbrado al principio. Es el "resentimiento" de Scheler actuando de modo positivo: mejorando al "resentido" para que pueda captar sus ideales.

Las líneas finales de la cita de Jelffe son demasiado claras para que insistamos mucho en la necesidad de conocer a fondo los impul-

-sos originales de las almas de los educandos y la fuerza de represión propia de ellos y los sentidos en que la orientan, así como los resortes que en un determinado momento pueden hacerles funcionar (tanto íntima como exteriormente) con positiva eficacia. Si ponemos de acuerdo las fuerzas represivas personales del alumno con las que le sugerimos en la labor diaria, es casi seguro que obtendremos normas de conducta durables. Esta es tarea muy difícil, desde luego. La ignorancia de estos principios y las equivocaciones frecuentes originan la esterilidad de los esfuerzos educativos y más bien pueden engendrar algo nocivo como sería la ayuda que una irreflexiva represión o una sugestión equivocada pueden prestar a los impulsos desviados. En ninguna parte como en ésta de la psicología de los impulsos puede notarse la estrecha correlación que guarda con los datos sobre el funcionamiento de las glándulas endocrinas y su influjo sobre el desarrollo somático y sobre la constitución de la personalidad psíquica. Lo que sería difícil siguiendo solamente los datos de Freud, de marcado carácter psicológico, se aclara y toma relieves precisos si lo confrontamos y lo explicamos con los datos fisiológicos que nos proporciona el estudio de los temperamentos. Las dos investigaciones deben ir paralelas y auxiliarse mutuamente para obtener un cuadro cierto sobre la personalidad total de los individuos. "Cualquier desviación de objeto o fin de la lí-

bido en lo inconsciente" indica una mala adaptación en los planos físico-químico, sensorio-motor o simbólico del individuo. Tal mala adaptación puede ser benigna o maligna, temporal o continua, en proporción a la dinámica de la libido implicada en la desviación, a juzgar por las etapas evolutivas en el desarrollo psicosexual del individuo.

Para Alfredo Adler, que comenzó como un discípulo de Freud, debe hallarse la causa generadora de las neurosis no en el principio de conservación de la especie, no en lo sexual, de una manera exclusiva, sino que también en aspiraciones profundas, vitales del individuo que han sido contrariadas y que aparecen extremas en los casos patológicos. Una de esas aspiraciones es la del yo, lo que Adler llama voluntad de potencia, un recuerdo de lo que Nietzsche, señalaba en los pueblos y en los individuos como voluntad de poderío. Aún fuera de lo morboso puede reconocerse fácilmente la actividad de la voluntad de poderío. La ficción, que asume caracteres intemperantes en ciertos casos, es frecuente en la vida diaria. Nos asedia por todas partes. La observación popular la ha condensado en el refrán que la ciencia parece confirmar: "el que carece, presume". El sentimiento de inferioridad y de inseguridad parece tomar desquite en la creación de un "arrangement" (dispositivo o mecanismo) que engaña al enfermo y le hace esperar la obtención de una finalidad previa mediante un rodeo. "Para llegar a.

este fin vese el Inconsciente de "artificios" que, según las circunstancias, aplica, ora elevando la actividad, ora aumentando la pasividad o construyendo formas auxiliares y patrones para el pensamiento y la acción". "No la conservación en sí, sino la afirmación del yo, es el fin del neurótico, cuya extrema consecuencia puede ser el suicidio, que crea una situación inmodificable sobre la cual no se puede influir. El suicida, a veces, experimenta de antemano el sentimiento de triunfo que implica la muerte. Naturalmente, esto no es más que un extremo; pero un extremo que encaja muy bien en el esquema ideológico del neurótico: "triunfo-derrota. La voluntad de podero es la ficción directora; el afán de encubramiento es una de sus posibles expresiones. El yo del neurótico tiene que obrar siempre de modo que resulte dueño de la situación. Y lo mismo puede conseguirlo refugiándose en la enfermedad que saltando por encima de los límites que constriñen al hombre".

LA POSICION DE JUNG

Si bien, como puede notarse fácilmente, las síntesis esquemáticas y apresuradas que estamos haciendo de las teorías de Freud y Adler, se encuentran en un campo definitivamente arborescente, es ya muy conocido que del dominio de la psicopatología se desprenden feriles enseñanzas para la psicología normal. Mucho

han aprovechado a la psicología los estudios de las taras mentales. De ahí que se nos disculpara anotar aún las ideas de Jung, en rápido esbozo, y en cuanto tienen relación con el tema tratado. Halla Jung que las causas de las neurosis son casi siempre conflictos, tal como los dos autores ya citados. Pero ese conflicto no sólo surge por el ahogamiento de los impulsos sexuales como piensa Freud o por la tendencia a contrapesar la angustia producida por la sensación del menor valor personal como afirma Adler, sino también por una especie de choque, oposición de lo consciente y sus funciones correctas, sujetas a norma, y las funciones de segundo orden que se realizan en el campo subconsciente con bastante grande libertad. Esto le llevó a Jung a la clasificación de los dos principales tipos humanos a los que ya hicimos referencia: introvertidos y extravertidos. El introvertido que posee generalmente una intensa vida intelectual halla obstáculos insuperables para su habitual manera externa de comportarse y reconoce que esas vallas serían fácilmente superadas si él tuviera una habilidad (perdónese la palabra), una aptitud sentimental de la que carece. Llevado esto al extremo, aparece la neurosis que generalmente ha de tener un carácter obsesivo. En el otro tipo el conflicto se presenta al revés. Lo que a él le detiene en la vida es una tarea que exige un grande esfuerzo de pensamiento discriminador, una gran dosis de reflexión de la que él no es capaz, puesto que

posee en alto grado sentimientos. Se presentarían pues en él trastornos histéricos.

Jung encuentra en el análisis de los sueños lo que él ha llamado los rastros del **inconsciente colectivo**. De él, y sin quedarse en las inducciones que detallan Freud y Adler, va a buscar los medios que unirían lo inconsciente con lo consciente. Dando una meta a esas fuerzas inconscientes de las que el poseedor no se da cuenta, se puede llegar a la integración espiritual del sujeto. Se trataría pues de una reconstrucción de la personalidad, basándose en materiales existentes y aportando los que pueden apoyarse en ellos, para lograr una síntesis capaz de mejora.

SITUACION DEL MAESTRO

Ya se sobreentiende que el maestro no puede ser un psiquiatra. Sería demasiado ardua la tarea de prepararse para la educación si se incorporaran disciplinas tan difíciles al acervo cultural del maestro primario por ejemplo; pero ya no es posible tampoco dejar de conocerlas en general si se quiere estar capacitado para descubrir intenciones de posibles enfermedades que con una acertada terapéutica no causarían daños, pero que abandonadas producen con el tiempo trastornos individuales y daños sociales irreparables.

Un maestro cuidadoso y atento debe vigilar la vida psíquica entera de sus alumnos, sin

olvidar desde luego que su misión es esencialmente preventiva. Cuando note tentativas de desviación es claro que reclamará la ayuda del especialista; pero ya es mucho y creemos que ésta si es su obligación, hallarse en estado de poder darse cuenta del apareamiento de síntomas que para un ojo totalmente inexperto pasarían completamente desapercibidos. En esto está, juzgamos nosotros, la importancia decisiva que el conocimiento de estas cuestiones, siquiera somero, tiene para el educador.

No se diga que las cuestiones psiquiátricas quedan estrictamente en el dominio de la especialidad. Cierto. Pero eso no es argumento para que el educador las desconozca. Los efectos de una represión muy larga o no atenuada, de una libido mal dirigida, de una sublimación escasa o exagerada, son demasiado funestos y frecuentes para que sea buena postura la de aquel que cierra los ojos ante semejantes cuestiones.

NECESIDAD DE LA EDUCACION SEXUAL

Por más que sea un asunto no abordado entre nosotros y que presente ciertas dificultades de expresión, que tienen su origen, ya en las escabrosidades que se asignan al tema porque no se le coloca aún en el sitio biológico que le corresponde, ya también en el férreo cortinaje de prejuicios y de misterio con que se le envuelve, creemos que ya es tiempo

de tratarlo de manera científica, poniéndose a hablar la verdad, pero sin guzmoñerías y rodeos timoratos que no conducen a nada.

La cuestión sexual tiene variadísimos aspectos y una superabundante literatura, que no trataremos de enunciar ni de resumir. Examinaremos los principales, y faltando las referencias del país, forzosamente habremos de recurrir a fuentes ajenas para basar nuestras conclusiones.

Demasiado a la vista están los fracasos personales de los individuos que no han resuelto su cuestión sexual. Temperamento ambiguo, inseguridad juvenil, falta de ideales, agotamiento temprano, caducidad irremediable en la mitad de la vida, sed inextinta de placer fácil, falta de consideración para la mujer, crecido porcentaje de enfermedades venéreas, legados lastimosos a la descendencia, y un rebajamiento, un apocamiento funesto de la estima personal y del nivel vital, son todos aspectos concatenados de un mismo fenómeno angustioso: la cuestión sexual.

Imperativo biológico que al fin o a la postre se presenta en todas las vidas, el cerrar los ojos ante él y cubrirse de vendas para no intervenir en la aparición regular del fenómeno y en su conducción consciente hacia los altos fines que le están encomendados, no es solución en manera alguna.

La familia, digamos más concretamente, el padre, porque se cree que sólo él está obligado a esto, no suele dar educación sexual a sus

hijos. Por muchos motivos. El padre no recibió educación sexual de ninguna clase, y en el transcurso de su vida tal vez en ninguna oportunidad se preocupó de otra cosa que de cumplir sus deberes primarios para con la especie, sin indagar nada acerca de la higiene, de la evolución de la sexualidad, de sus desvínciones; quizá no se fijó nunca en los daños que en él mismo produjera una sexualidad despierta antes de tiempo, y hasta es posible que su dura y dolorosa experiencia de paciente le inhiba de atreverse a tratar de esos tópicos que, por lo mismo que son tan peligrosos, no debieran esconderse, no debiera nunca dejárselos subterráneos. El resultado es que, con vacilaciones, y a veces sin ellas siquiera, el padre deja a sus hijos que resuelvan su problema sexual como puedan. La abstinencia paterna, creen muchos que es la mejor fórmula.

En otros pocos casos el padre siente como si dijéramos la obligatoriedad de orientar a sus hijos en la tenebrosa cuestión sexual. Los peligros que él ha corrido le dan una especie de responsabilidad moral, confusa y grave, a la que trata de responder con el anuncio terrorífico — hecho al hijo — de los abismos de la vida de los sexos. La sensación turbia de responsabilidad que escuece al padre no llega a cristalizarse en una actuación sistemática. El padre no sabe cómo decir al hijo los riesgos de la sexualidad. Vacila en lo que respecta a la edad. No sabe la edad conveniente

para la infiltración de esa clase de conocimientos. Siempre juzga a su hijo demasiado tierno para saber eso. Si en alguna ocasión se atreve a decírselo, lo hace de una manera vaga y mutilada. Quizá exagera los peligros, y por lo mismo, despierta en su descendiente esa sed innominada de lo desconocido y ese placer de desafiar la aventura, tan humanos. Pero de todos modos, al señalar la asechanza, no alcanza el padre a precisar — tal vez ni el mismo lo intuye — el gran papel que juega en el desarrollo personal y social, la vida del sexo. Están tan sembrados de tabús la aparición y el cumplimiento de las funciones sexuales que, perdido su primitivo significado esencial, ahora, que han adquirido una enorme resonancia en la vida de la sociedad y son las vivencias más obligatorias y complicadas del existir personal, no se tiende sino a envolverlos en sombras. No se puede negar el sentido de profilaxis y de respeto por el organismo y por lo trascendente de la función procreadora, que los tabús sexuales poseen. Pero, en definitiva, la ignorancia, dada la complicación y la prisa de la vida actual, no puede ser escudo ni para el vigor de la estructura personal ni para el valor y progreso de la comunidad.

Urge pues que, atento el carácter inquisitivo y razonador de nuestra época, se debelen los misterios, y en nombre de las ventajas que la contemplación clara y científica de los fenómenos sexuales puede aportar al progreso de la especie, se implante la enseñanza sexual a

través de los organismos enseñantes. Es necesario que las nuevas generaciones comprendan en toda su amplitud y altura el valor de las funciones vinculadas con la perpetuación de la especie.

Las generaciones actuales tienen el imperioso deber de defender a las que vienen de los peligros innumerables que la educación secretista, hipócrita, que la tradición ha dado, trae consigo. En nombre de cada individuo y en pro de la raza, cuyo mejoramiento y bienestar deben estar por encima de toda otra consideración que no se basa sino en prejuicios que por arraigados que estén, alguna vez han de desecharse.

Una instrucción que ha cercenado de sus programas todo lo que al sexo se refiere no puede ser completa. Tampoco es consecuente consigo misma, porque en todas las materias y al referirse a todos los objetos se basa en la observación y el análisis, sin rehuir las generalizaciones, y estudia la anatomía y la fisiología humanas en casi todos sus aspectos, y presenta el caso sorprendente de que al llegar a una determinada región corporal y a un proceso que el niño conoce a medias o conoce en totalidad por haberlo visto en las animales, se cierra gazmoñamente los labios y se atribuye una autoridad impositiva para prohibir la menor alusión a un asunto que, por eso mismo, florece de sonrisas los

labios infantiles. Es lógico suponer que si se tratara de esos procesos tal como si fueran una de las tantas funciones naturales, el alma infantil se detendría a contemplar el misterio maravilloso de estos fenómenos sin esbozar siquiera el gesto ambiguo, y como consecuencia; sentiría nacer, no el respeto hipócrita, sino la comprensión objetiva que conduce a la reflexión serena y a la actuación equilibrada.

Si la familia no da ninguna instrucción, menos educación sexual, ya que en las clases ricas el velo se mantiene hasta que una zafia y poco escrupulosa sirvienta se encarga de descorrerlo con grave peligro para el iniciado; y en las pobres, son los mismos padres quienes en momento de descuido o de ebriedad ponen ante los ojos atónitos de los hijos el cumplimiento de los actos de la especie, en hora muy temprana, es claro que alguien ha de encargarse de la instrucción y educación sexuales.

Anotemos, de paso, cómo han encarado este problema nuestros centros de instrucción

La Escuela, hasta este momento, se puede decir que ha hecho muy poco en este sentido. Labor general la suya, que no tiene sino un significado de orientación, y que en este asunto, tal vez debe relacionar el problema con los

fenómenos de igual clase en los vegetales y animales, sin avanzar a más, salvo en aquellos casos en que la escuela es la única institución educativa que visitará el muchacho, y en los que la obligación de dar educación sexual alcanza un poco más.

En su mayoría, los profesores se sienten cohibidos por el tema y por el peso de los prejuicios del ambiente.

El anatema, pronto en la boca de los padres que no comprenden todo el problema angustioso que encierra el abandono del niño a sus propias fuerzas para la inteligencia de asunto tan delicado, le impide al maestro abordar de frente la cuestión. Se limita a referencias ambiguas que quizá tienen un efecto contraproducente por la curiosidad malsana que originan en ciertos temperamentos que aún no poseen ninguna regulación por parte del carácter que se encuentra formándose. Además, el tema mismo requiere, para un tratamiento adecuado y científico, la posesión de conocimientos que hasta no hace mucho tiempo eran difíciles de obtener. No es de muchos años la boca de los temas sexuales. No son muchos tampoco los profesores que procuran conocerlos en detalle, no sólo por obtener información con propósitos desviados, sino con la más alta finalidad de aprovecharlos para la educa-

ción integral de sus alumnos. Y no es sólo conocimientos lo que el profesor necesita. Estos se los adquiere en los libros con relativa facilidad. Pero lo decisivo en el asunto es una efectiva superioridad moral, una situación de prestancia espiritual tan notoria que ponga a salvo al maestro de toda sospecha por parte del padre y del alumno en el tratamiento de estos temas, y esta situación no se la adquiere sino luego de un largo trabajo abnegado, al que se dedican todas las energías y todo lo valioso del espíritu. El maestro necesita conocer uno por uno y en detalle a sus alumnos para que pueda abordar de modo individual los capítulos de la educación sexual. Sin el suficiente prestigio y sin el ahondamiento de las psicologías de los muchachos, toda enseñanza sexual, por bien orientada que esté científicamente, se encuentra condenada a un irremediable fracaso. En esto, como en toda labor educativa, vale mucho más que el conocimiento certero o detallado, la sugestión oportuna de un espíritu transparente a quien el alumno mira en un plano superior de moralidad y de conducta diaria diáfana.

Por todo esto es bastante peligrosa la educación sexual que intentan dar algunos maestros que no poseen ni la necesaria solvencia científica, menos la su-

ficiente, indiscutida autoridad moral que debieran poseer para que no resulte una burla de malas consecuencias su intrusión en estos delicados asuntos. Debe pesar bien el maestro todas sus condiciones antes de engolfarse en tarea de tan difícil ejecución y de tan dolorosas y lejanas consecuencias. Si no posee las condiciones necesarias es su obligación ineludible procurar alcanzarlas. El cumplimiento de su misión lo reclama imperiosamente.

Probablemente en los institutos de enseñanza secundaria - hablamos de los oficiales - al acentuar la enseñanza de las ciencias biológicas quizá se trata de la incógnita de la reproducción en las especies inferiores. Pero ni es eso educación sexual, ni sabemos que se vaya a más. Las conversaciones suspicaces, los chistes maliciosos que menudean entre los alumnos despertando carcajadas a las que acompaña un brillo inusitado de las miradas, los contactos intencionados, probando están que no se ataca el tema en forma científica y adecuada. Persiste el misterio. El tabú sexual continúa ejerciendo su influencia lejana y oscura. Quizá ello se deba también a los prejuicios sociales. Y también a la dificultad inherente al abordamiento de tan intrincados problemas que requieren una preparación especial del profesor y una situación tal

de serenidad y autoridad en el mismo, que son muy-difíciles de encontrar.

No hay para que tratar de la educación sexual en los establecimientos religiosos porque ello nos llevaría demasiado lejos. Nos llevaría a tratar de las relaciones que esta cuestión tiene con el fenómeno religioso, pero este asunto, si bien es del campo científico, rebasa tal vez la índole de estas reflexiones. Ya es moda entre nosotros huir de la cuestión religiosa por no herir susceptibilidades de seda; no queremos pues remontar la corriente. Apuntaremos sí que la religión ha reforzado los tabús que se han erigido en torno del sexo. No queremos discutir las finalidades ni el éxito de esas tentativas, porque se prestan a muchas interpretaciones. Ya puede suponerse la nuestra, desde que propiciamos la claridad en este asunto, y de ello se deduce que la concepción pecaminosa con consecuencias ultraterrenas, no queda dentro de nuestro esquema de ideas puramente biológicas y que solamente atienden a la transcendencia sociológica del problema. Apuntemos sí —también— que no creemos en la eficacia de la tutoría de gentes que conocen la teoría de estos asuntos con todo detalle, pero que dicen que no los practican, traicionando de hecho su sexo, y siendo, por lo mismo, individuos poco idóneos.

para abordar las cuestiones que al sexo competen.

Demostrado queda que el joven adquiere noticias relativas al fenómeno sexual en una u otra forma, pero todas alejadas de un miraje educativo, de una explicación científica y de un control moral en nombre del individuo y de la especie.

Parécenos que no hay más que una respuesta a la siguiente interrogación: ¿Se debe dar enseñanza y educación sexuales a través de todo el proceso educativo a los futuros hombres, o se los ha de dejar inermes y solos frente a un problema que encierra inmensos riesgos y de cuya solución depende todo el valor social de un individuo? La contestación es: se debe darla. Así de manera enfática. Las ciencias biológicas y las psicológicas exigen que el hombre, al que la cultura ha sobrepuesto acicates artificiales en el mecanismo sexual, no quede como los animales librado a los solos impulsos del instinto, ya que el ser humano frena y amplía, al mismo tiempo, su campo instintivo valiéndose de los resortes intelectuales y morales, todo lo que se comprende con la denominación de carácter. Este aumento de la zona de peligro sexual en el hombre vuelve absurda la posición pedagógica que se limita a esperar solamente;

la aparición de instintos que aparecerán sí, pero que pueden hacerlo antes de tiempo y con una exacerbación o desviaciones de fatales consecuencias. Esta responsabilidad crece si se tiene en cuenta que hay intentos de desviación que aparecen periódicamente en la organización humana, de un modo inevitable, tanto que se los ha llegado a considerar como de apareamiento normal. Si en esa hora en que la desviación aparece, no interviene un criterio bien orientado y cauto que encauce la psiquis del adolescente, pongamos por ejemplo, el fracaso individual no se hará esperar, y se hará tanto más lamentable cuanto más a solas se encuentre el individuo con su conflicto sexual.

Las ciencias médicas, por su parte, piden también, con el gesto frío de sus estadísticas, que el hombre dedique su atención al inquietante problema de la infección social, que tiene como origen la ignorancia.

Si por lo que respecta al varón acabamos de hacer la lastimosa comprobación de que no recibe educación sexual de ninguna clase, el cuadro se vuelve negro por lo que atañe a la mujer. Aquella situación de vendada, de maniatada, de deliciosa ignorante que se ha pedido para la mujer en nombre de un conglomerado de prejuicios, se acentúa en el

campo sexual. La mujer tendrá como único iniciador y maestro al marido, se exige. Bien es verdad que la exigencia no se cumple sino en muy raros casos y aún a despecho de la higiene corporal y mental, porque la convivencia, las conversaciones a hurtadillas y las lecturas preferidas, agrandando el fantasma, hacen que la mujer, la niña, busquen comprobaciones reales que le conducen por una senda resbaladiza de manías contra natura.

Atendiendo al bien de la raza, a la mejoría efectiva y no palabrera de la situación social de la mujer, que el hombre se obstina en mantener como su víctima placentera, se impone la defensa de la educación sexual. Las sombras en este sector de la educación de un pueblo, el encubrimiento de la verdad de la vida con el respaldo del pudor, convierten en mito la concepción de una mejor sociedad que basándose en una verdadera nivelación de derechos, obtenga individuos más fuertes, más sanos, física y moralmente.

Una educación sexual bien orientada, en la que colaboraran el maestro, el médico y el sociólogo, sería el único remedio para las vergüenzas sociales que corren estas sociedades católicas, tales como la prostitución, el abandono de los niños y la morbilidad y mortalidad infan-

tiles. Es alarmante la cifra de nuestra morbilidad y más aún la de mortalidad de la niñez. El doctor Antonio Bastidas demostró, con cifras, en una interesante conferencia universitaria que la ilegitimidad, el amor clandestino, era uno de los factores más fuertes de la letalidad infantil. Y no se ha pensado nunca, con mentes devotas, que todo eso se debe a la ignorancia en materia de educación sexual. Tampoco se ha parado mientes en lo que significa como cifra y como prueba de estado moral la transmisión de las enfermedades venéreas a los hijos, la herencia degenerativa que padres desaprensivos inoculan a su descendencia, sólo por ignorancia y en busca de su propio placer.

Pero que entre nosotros no se hable de maternidad consciente, ni menos de uniones que no sean las sancionadas por la costumbre y a veces en pugna franca con las nuevas conquistas de la ideología. Para complacer nuestros prejuicios, miles de muchachas han de continuar dando vida a miles de niños que no pueden alimentar ni criar. Miles de madres deben seguir propagando sus taras.

El padre que se horroriza de leer estas cosas, y más de reflexionar sobre ellas, debiera aterrarse del riesgo que corre su hijo y su hija indefensos, ignorantes;

su hija sobre todo, a la que corteja en su propia casa, y por consentimiento paterno, un tarado tal vez, un joven que se infectó por ignorancia también, para pagar el tributo que la naturaleza exige a los hijos como castigo de la gazmoñería de los padres.

Los altos intereses de la raza y de la especie pidiendo están que en estos asuntos se pase sobre los prejuicios, sobre las ideas heredadas.

Las anteriores reflexiones están ligadas íntimamente al diagnóstico y educación de los temperamentos, pues parece obvio que sólo una instrucción sexual bien dirigida puede permitir al psicólogo y al maestro la apreciación clara de aquellos conflictos orgánico - afectivos que parecen presidir la actividad del individuo en determinados momentos de su vida. Tal como se encuentra estandarizada la enseñanza entre nosotros, parece que la ausencia de la educación sexual constituirá uno de los mayores obstáculos para el estudio de las reacciones temperamentales.

EL AMOR

Es un hecho en la vida humana. Con un alto significado biológico que no desvirtúan ni los delirios románticos, ni han

logrado amenguar las matemáticas del tiempo actual.

El amor informa nuestra existencia, es el impulso escondido y transcendente que da un sentido a la historia humana. Las exageraciones poemáticas contra las que ya ha reaccionado el sentido práctico, contribuyeron a oscurecer el rol del amor en la vida.

Hoy se trata de buscar su lugar en la vida humana, y nada menos que un científico de tanto prestigio y seriedad como el filósofo Bertrand Russell, se aplica a hurgar, en la sociedad, el sitio que le corresponde al amor.

"Considero que el amor es una de las cosas más importantes en la vida humana, y me parece malo todo sistema que coarta sin necesidad su desenvolvimiento libre". Para Russell, "el amor, en la acepción propia del vocablo, no denota cualquiera ni todas las relaciones entre los sexos, sino tan sola una, que implica emoción considerable, relación psicológica tanto como física". Se ve pues que su concepción del amor está alejada, así del lirismo, como del cálculo, y como tiene apoyos psíquicos y materiales —impulsos específicos y armonías, o mejor, complementos temperamentales y de carácter— su fundamentación es pues profundamente biológica.

La vida no se gobierna sino en parte —y no grande— por la razón. “En la vida moderna, las tres actividades extraracionales de más monta son: la religión, la guerra y el amor; las tres son extraracionales, pero el amor no es antirracional, es decir, que un hombre razonable puede, razonablemente, gozar de su existencia. Existe en el mundo moderno cierto antagonismo entre la religión y el amor. No pienso que este antagonismo sea inevitable; se debe tan sólo al hecho de que la religión cristiana, a semejanza de algunas otras, se arraiga en el ascetismo”.

Juega el amor un rol social de indudable importancia. “La naturaleza no ha formado al ser humano para que viva solo, ya que no puede cumplir sus fines biológicos sino con ayuda ajena; y la gente civilizada no puede satisfacer el instinto sexual sin amor. El instinto no se satisface por completo a menos que la totalidad del ser, mental y físico entre en relación. Los que no han conocido la profunda intimidad y la intensa asociación de un amor correspondido y dichoso, han perdido lo mejor que puede dar de sí la vida; así lo entrevén, más o menos conscientemente, y la decepción resultante los inclina a la envidia, a la opresión y la crueldad. Por tanto, los sociólogos deberían tratar esta cues-

ción, y conceder al amor pasional el puesto que le corresponde, pues los hombres y las mujeres que marran esa experiencia no alcanzan en lo moral toda su talla y no pueden sentir hacia el resto del mundo ese generoso celo sin el que sus actividades sociales serán casi de seguro dañosas". También debieran preocuparse de este hondo y vital problema los educadores, primero por lo que respecta al problema personal. El individuo insatisfecho en amor mal puede aspirar a la categoría de educador. El cumplimiento de su misión falla en lo esencial: en la dulzura y en la actitud optimista que debe poseer frente a la vida y delante de los niños. El insatisfecho en amor engendra sin ninguna dificultad al envidioso y al megalómano, tipos psicológicos que lindan con la anormalidad y que por lo mismo, nunca pueden producir buenos maestros. Esa es muchas veces la explicación de las grandes envidias que demuestran algunos maestros que se dicen postergados, y es también la causa explicatoria de la manía de persecución que sufren algunos y de la manía de grandezas que aqueja a no pocos. En el fondo de esos conflictos que ellos quisieran hacer aparecer a los demás como que son conflictos profesionales, escolares algunas veces, late un auténtico conflicto de índole amorosa. El "poster-

gado" de la profesión que se revuelve iracundo y violento contra sus jefes y contra su situación profesional no es en verdad sino un postergado en amor, uno que no se ha sentado a la mesa estrecha que el placer ofrece en la vida. No encontrando su complemento vital en un amor pleno, el hombre, el maestro de escuela, ofendido muchas veces por el medio, se desquita hipertrofiando su personalidad, no en pocas ocasiones menguada y pobre; llega a la hipérbole en la apreciación de su propio yo, y ya tenemos al megalómano que todo lo mide en relación consigo mismo, ya tenemos al fatuo que sólo se ocupa en hacer comparaciones de los actos de los demás con los suyos propios, que, es claro que como son de él, están aureolados de grandeza, de elevación. Este hombre que comienza siendo envidioso, llega a la megalomanía con toda facilidad y no se detiene de ningún modo en el negativismo del inadaptado. El mundo para él gira alrededor de su propia personalidad, estrechada en realidad y agrandada hasta el infinito para su propia visión. Es el brusco, el antisocial que sólo acaricia su yo y que encuentra muy pequeños a los demás. En verdad, el megalómano es siempre un tímido que hace alardes de valor que le cuestan muy caros en la intimidación; pues sufre y se acongoja; de

allí que en su aspecto físico sea macilento y lívido, con el livor peculiar del envidioso. Lo que la vida le ha negado, él se lo procura imaginativamente en el cultivo de su megalomanía.

El tipo del megalómano que se va volviendo frecuente entre los preceptores lo mismo que el aquejado de manía persecutoria, son peligrosos personalmente y tienen también su incomodidad social. Hemos dicho que examinados muchos de sus casos se encuentra con frecuencia la explicación en la falta de posibilidad para resolver su conflicto sexual o su conflicto amoroso. Esto nos indica de muy clara manera que una experiencia en amor puede ser determinante de la dirección y de la actividad total de la vida de un hombre. Por tanto, todo aquello que contribuya a aclarar el problema del amor no es asunto de absoluta esterilidad; ni la simple afirmación de que el hombre que se ocupa en asuntos educativos debe abstenerse de su parte en el amor, resuelve el problema; no, al contrario, lo crea, pues si alguien necesita tener una experiencia vital completa y gozar de un perfecto equilibrio anímico, esa persona es la del educador. Un hombre incompleto espiritualmente trata de propagar su amputación y la hace aparecer como ideal o por lo menos como normal ante los ojos ingenuos de sus

educandos y ya se ve el peligro que esto representa. Es la inyección de desconfianza, de pesimismo, de desesperanza, de encogimiento ante la vida que el profesor de antaño, agobiado por el medio, hacía en las almas de los escolares, propagando esa concepción anticuada de la vida que la consideraba como un jardín de los suplicios en el que hasta el trabajo era una tortura expiatoria y todo movimiento hacia la sana alegría vital una falta, un delito contra todo lo establecido, merecedora de sanción y de enmienda ejemplares.

La escuela actual, aireada en su edificio y en sus ideales, no puede seguir en manos del profesor ensombrecido con sus problemas íntimos, de orden espiritual y afectivo, que le traen aparejado su fracaso personal y que preparan también el fracaso de su obra educativa. Del tipo anonadado por el medio que pintó Iván Bunin se ha pasado a otro de maestro engreído y fatuo para el que el universo es pequeño. "Topaze" tal vez?, en su segunda etapa. Falta pues una cura de higiene mental que aplaque el delirio de grandezas y coloque las cosas en su justo nivel. Ni lo uno, ni lo otro. El maestro es un obrero equilibrado que siente su tarea como una misión y que se afana abnegadamente en cumplirla, sin alardes, sin poses y también sin anona-

damientos ni cobardías. Mira las cosas como son: tarea grande y trascendente por un lado, y fuerzas humanas, limitadas, necesitadas de una gran dosis de fervor y de serenidad, por el otro. Hoy el maestro tiene que cumplir alegremente su obra, nada más. No es ni un apóstol desmesurado ni un oprimido, un paria social que se debate entre la más grande angustia llevando un mundo entre sus manos sarmentosas. Esas estampas románticas y falsas pasaron ya. Ha quedado el maestro obrero consciente, que sabe lo que valen él y su labor, pero de un modo estricto y verdadero, pues sólo así puede cumplir los fines individuales y sociales de la escuela primaria en este siglo.

Si el amor tiene una importancia personal muy grande, quizás mayor es su rol social. Es por esto que los maestros debieran preocuparse también de este hondo y vital problema, para poder ser mentores, consejeros en ocasiones, y en otras, jardineros experimentados que eviten a tiempo la presentación de conflictos futuros y de la cizaña egoísta y malvada que crea el fracaso amoroso especialmente en las almas mínimas, que no pudiendo sublimar su despecho le dan salida en las formas más bajas y antisociales.

Señala Russell la actitud resentida en amor, y si la educación coloca en un medio artificial al educando, lejos de toda relación con el sexo contrario, está poniendo traidoramente las bases para el fracaso de los individuos en el terreno del sexo y para agudizar esta situación ficticia de la pugna de los dos sexos, pugna que debiera resolverse en una ancha comprensión y un íntimo entendimiento que produjeran la armonía, el equilibrio anímico que el hombre busca para su insatisfacción intelectual.

Esa insatisfacción intelectual es otro obstáculo para el amor, cuando debiera ser un punto de partida. Lo indica el pensador inglés en esta forma: "muchas personas sienten el temor de no conservar intacta su individualidad (en el amor). Es un terror insensato y de preferencia moderno. La individualidad no es un fin en sí; es algo que debe entrar en contacto fructuoso con el mundo y al hacerlo así, debe perder su conexión. Una individualidad guardada en una caja de cristal se marchita, mientras que gastándose libremente en el comercio humano se enriquece. El amor, los hijos y el trabajo son las grandes fuentes del contacto fertilizador entre el individuo y el resto del mundo. Cronológicamente el amor suele ser el primero. Los hijos que retratan a los padres, de-

ben unirlos más, pero los separan cuando entre ellos no existe el amor. "El trabajo no siempre es capaz de poner al hombre en fructuoso contacto con el mundo exterior. Que lo ponga o no, depende del ánimo con que se acomete el trabajo. Si el motivo es solamente pecuniario, el trabajo no puede tener ese valor; lo tiene no más el trabajo que incorpora cierta suma de devoción sea por las personas, por las cosas, o meramente por una quimera".



No puede el sexo permanecer alejado de las otras actividades humanas. No es la función sexual solamente una función fisiológica; se relaciona con más notables y valiosas funciones". El amor tiene sus ideales propios, y su tipo de moral intrínseco. Los oscurecen por igual la doctrina cristiana y la confusa rebelión contra toda moralidad sexual que ha surgido entre grupos muy considerables de la generación más joven. La relación sexual, divorciada del amor, no puede aportar ninguna satisfacción profunda al instinto".

Este convencimiento debe extenderse. Para levantar el anatema social contra el amor y para dignificarlo, colocándole en su verdadero plano, en pro de la individualidad, de la sociedad y de la especie.

El amor no es un pecado, y esa condición que se le asigna dentro de la gra-

duada serie de prejuicios que se denomina educación, perpetúa una situación de desconocimiento entre los seres de los dos sexos, aún entre aquellos que se aman.

EL MATRIMONIO

Indudablemente que las concepciones biológicas actuales han de repercutir de intensa manera en las instituciones sociales. Ya hemos anotado el choque con los prejuicios sexuales. La institución matrimonial que, en su sentido, profundo, tiende a la equilibración, a la armonía energética de los seres humanos, y a la conservación de la especie, deviene ahora como una carga que coarcta la libertad personal de los cónyuges; restringe sus aspiraciones personales, y es una rémora, un lastre en épocas como ésta en que la lucha económica es todo el sentido de la vida.

No nos toca la interpretación sociológica de este fenómeno, menos su crítica. Sólo haremos notar las verdades biológicas que es necesario que conozcan los individuos que se acercan al matrimonio.

Todo joven debe llevar al matrimonio antes que una razón —irrazonada— de amor, una suma o una ecuación de conveniencia, la certeza eugenésica de

que su prole será lozana, enérgica, mental y corporalmente.

Debe también llevar la certeza de que ama a su cónyuge. La inexperiencia, especialmente femenina, confunde la atracción meramente sexual con el amor y conduce a la formación de uniones que se vuelven imposibles al poco tiempo y que hasta engendran odios.

"Subconscientemente, el marido está descontento y no sabe por qué. Ahoga en el trabajo su descontento y a veces en otras ocupaciones menos recomendables, por ejemplo buscando el sádico placer derivado de asistir a un boxeo o persiguiendo a los radicales". (Russell habla del hombre norteamericano). "Su mujer igualmente insatisfecha, encuentra una salida en la cultura de segundo orden y en fomentar la virtud, molestando a todos los que llevan una vida generosa y libre. De esta manera, la falta de satisfacción sexual se convierte en odio al género humano, bajo el disfraz del espíritu público y de un tipo de moral muy elevado (aquí, en el Ecuador tendríamos que añadir, y bajo la máscara de una mentida religiosidad). Esta situación tan desdichada se debe grandemente a la concepción errónea de nuestras necesidades sexuales. Al parecer, San Pablo pensaba que lo único necesario en un matrimonio era la oportuni-

dad para el comercio sexual y esta idea, ha sido, en general, mantenida por la doctrina de los moralistas cristianos. Su aversión al sexo los ha cegado respecto de las rasgos más finos de la vida sexual, de donde resulta que quien ha recibido esa enseñanza en su juventud va por el mundo sin ver lo mejor de sus propias facultades. El amor es mucho más que el deseo sexual; es el medio principal de librarse de la soledad que aflige a todos, hombres y mujeres durante la mayor parte de su vida. Las más de las personas, en lo profundo de su ser, sienten miedo del mundo insensible, y de la crueldad que puede venir de la grey; y sienten ansia de afectos disimulada por la aspereza, la rusticidad o las maneras ariscadas de los hombres y por las murmuraciones y los regaños en las mujeres".

Cosa igual va sucediendo entre nosotros. Los ajetreos sociales quitan el sitio al amor entre nuestras clases elevadas, en las que el flirt, y últimamente el bar, desalojan las tendencias profundas de la raza para dar lugar a los discreteos estériles que, imitados por las otras clases sociales, producen la decadencia de un pueblo que, no llegado todavía a la adolescencia, ya tiene tics de senectud.

El cuidado de los hijos, relegado al principio, a un segundo término en la vida doméstica de las clases ricas, ha pasado a la categoría de molestia que se trata de evitar con el encargo hecho a gente asalariada, en todas las etapas del desarrollo individual. Fácilmente pueden comprenderse las consecuencias de semejante gesto de alivio. No pueden ser más desastrosas para las personalidades y para las colectividades, pues los encargados no tienen ninguna preparación especial para cumplir su cometido.

Tiene también el matrimonio algunas relaciones con la cuestión de los tipos psicológicos. Probablemente los tipos tienden a completarse con la unión. El diagnóstico de los tipos, deducido del de los temperamentos, quizá ayude en el porvenir a la determinación del sendero amoroso que deba seguir un individuo.

Parece inferirse de la doctrina de la diferenciación sexual y de la clasificación temperamental que los tipos afines, se rechazan. Usando una imagen tosca, se podría decir que no engrana el uno en el otro. Que sus aristas chocan. Dentro del matrimonio se debe aspirar a la marcha suave, deducida de la compenetración de características disímiles de las dos unidades. Y si la mujer es una unidad que tiene su centro en sí misma, y el hombre un ser que se busca, es

lógico que el hombre va al amor y al matrimonio ganoso de una especie de amorosa protección, que sólo un individuo del otro sexo, poseedor de un "fin en sí", para usar de una expresión de Simmel, y dueño de un tipo diferente, psicológicamente, puede proporcionarle.

Tal vez el porvenir guarda sorpresas, relativas a este punto. ¿Será cada individuo quien escoja pareja según sus inclinaciones personales, como hasta aquí, o se la darán escogiendo en una oficina científica que atienda al mejoramiento de la especie antes que a otra cosa?

EL FEMINISMO

Marañón se empeña en probar el papel específico, plenamente diferenciado que la mujer está llamada a desempeñar dentro de la vida social. Arguye que ni las probadas capacidades de ciertas mujeres para labores que se suelen encomendar a hombres, son argumentos en favor de la no distinción de los dos sexos. Son, según él, fuertes personalidades aisladas y de excepción que nada prueban con respecto a un criterio que contemple la masa. Y desde luego la mujer que se dedica a afanes que salen de lo que se cree su esfera normal de posibilidades, siente —en la mayoría de los casos— anularse su instinto de ma-

ternidad, función para la que —biológicamente— está conformada y dispuesta.

Para el sabio español ni las ocupaciones masculinas que desempeñó la mujer en tiempo de la guerra mundial son convincentes; las interpreta como servicios de emergencia, trabajos transitorios, labores obligadas, iguales a las que puede cumplir un hombre en situaciones apremiantes que no tengan otra salida posible.

Casos de extrema necesidad, como los aducidos, no pueden probar, en opinión del biólogo citado, finalidades biológicas, ni menos atribuirse a otra cosa que a imperativos momentáneos que, una vez pasados, ceden el campo a las profundas direcciones impuestas por la especie que son las permanentes, y las únicas que pueden y deben valerse, si se puede hablar así, de mecanismos preexistentes.

Para el pensador ibero el feminismo —con sus exigencias políticas y sociales de igualación con el hombre— carecería pues de base biológica. Cada sexo debería ceñirse en la vida al cumplimiento de su misión, clara y completamente delimitada por la naturaleza. Lo contrario es atentar contra las metas biológicas que la especie trata de alcanzar en una marcha milenaria en la cual

tomamos sitio insignificante, pero sin que seamos capaces de detenerla, ni siquiera de orientarla, si no es en una parte pequeñísima.

Si en el terreno puramente biológico, en el campo de las mediciones corporales y de las comprobaciones de anatomía comparada, las afirmaciones de Marañón son tal vez indiscutibles, en tratándose de su aspecto social han de ser contrariadas.

Si la vida tiene un propósito finalista de felicidad, de acomodo y disfrute de la cada vez acrecentada dominación del hombre sobre la naturaleza, es lógico inferir que, mientras más y mejor se encuentren preparados para la obtención de ese anhelo, el hombre y la mujer —formadores de un todo armónico— más fácilmente se tornará asequible esa teleológica finalidad.

De otro lado, las mismas ideas biológicas sobre los temperamentos y los tipos psicológicos, reforzadas por las pruebas empíricas que abonan la existencia de mujeres superiormente dotadas, diciendo están que sólo un diagnóstico previo de temperamentos y aptitudes puede decidir el futuro de un individuo de cualquiera de los dos sexos. Encontrada una feminidad provista de alta capacidad de abstracción, con sobrada fuerza razonadora que puede trans-

formarse sin dificultad en hábito de moverse entre ideas, es muy claro que esa hembra no ha de ser, no debe ser destinada al hogar, que, dígase lo que se quiera, contribuye a deslustrar el brillo de las aptitudes femeninas, cuando no a ahogarlas definitivamente, soterradas por las urgencias de la vida. Y si se reflexiona en la incapacidad doméstica o poco menos de las mujeres de talento, claro resalta que no hay empeño razonable en que esas mujeres formen hogar. Por otra parte, como es imposible negar a ningún ser humano normal el derecho al amor, saliente es también que no se puede intentar la anulación de una individualidad necesitada de experiencia social amplia, en nombre de su poca aptitud para un determinado menester.

La creciente elevación del nivel cultural de la época exige también que no existan gentes —y en el caso de las mujeres sería más de la mitad de la humanidad— necesitadas de tutoría. Y esa es la situación de la mujer, por lo general, en la mayor parte de los países a los que no ha llegado el auge maquinístico con sus desastrosos efectos económicos, ni ha llegado tampoco el soplo de las ideas modernas acerca de la mujer, ideas que ya tienen plena vigencia en algunos países. Es el bibelot cuidadosamente

guardado de la intemperie, o un juguete ya caduco. Pero en ningún caso un ser con atributos sociales diferenciados y con valor —no solamente biológico— dentro de la convivencia.

Y cuando la mujer, por azares de la fortuna, debe luchar sola, se podrá decir que en alguna parte y en algún tiempo se le ha dado la preparación necesaria para esa pugna? Si se ven las cosas desde este ángulo tenemos que reconocer obligadamente —los hombres — que la mujer hace muy bien cuando reclama armas para la contienda económica en la cual ella encuentra un enemigo más: el hombre. Esto se convierte en un imperativo si se considera la situación actual en que la cuestión del sexo se resuelve en una sorpresa, en una agresión cuyo triunfo es exagerado por el vencedor, y cuyas consecuencias pesan siempre sobre uno solo de los combatientes.

No se podrá probar nunca la bondad del empleo de idénticos medios educativos para hombres y mujeres, pero también se va volviendo indemostrable la necesidad, y menos la posibilidad, de una educación hondamente diferenciada. Si la mujer es solamente una satisfacción para el hombre y luego una buena ama de cría o de casa, y para que sean tales cosas se la prepara con exclusivismo

anticuado, no vemos cómo después se le puede exigir calidades que la definan como una colaboradora del hombre, como una inspiradora capaz de tomar parte en su vida toda con eficiencia y con el agrado del varón.

Más todavía, si se afirma que no hay educador como la madre, cómo podrá ella llenar a conciencia su labor si su cultura está divorciada de la masculina, para vivir la cual debe preparar, por lo menos, a sus hijos varones? Si es sólo un sector restringido y francamente vegetativo el que pone ante sus ojos la educación que trata de moldearla, cómo puede dar orientación amplia, definida y certera a sus hijos, cuando la mujer—educadora por excelencia— comienza por ignorar los problemas angustiosos que la vida de hoy plantea a la humanidad tan pronto como la conciencia alumbraba, y solamente los siente por reflejo? La mujer, fuente de placer y madre fecunda únicamente, sería un contrasentido tan grande por lo menos, como lo es la mujer que, olvidando sus deberes específicos, atiende en total a tareas masculinas, para las que su feble constitución no le ayuda eficazmente.

El círculo se estrecha y no deja salida. Las soluciones extremas no satisfacen porque dejan incólume a la otra parte del problema.

Quizá el criterio que se desprenda cuando sea una realidad el estudio psíquico que ya se intenta con miras a la dirección social de los educandos, resuelva en forma humana este problema que hasta aquí se manifiesta reacio a las conclusiones salvadoras. Sólo en esta forma se podrá contemplar al par que el sentido colectivo de la humanidad y los intereses de la especie, las aptitudes y los anhelos de las individualidades.

Es la angustia económica de la hora actual la que ha puesto con agudeza inigualada este problema en el tapete de la discusión en todo el mundo. El auge de la máquina y del trabajo en serie que han desplazado miles de obreros, han llevado la miseria a muchos hogares, dando como consecuencia la necesidad imperiosa de búsqueda de trabajo por parte de la mujer. Esta participación de la mujer en la lucha por el trabajo ha probado una vez más, con su sangrante evidencia, que es el plano económico el decisivo en todas las esferas.

La mujer podrá tratar de igual a igual con el hombre todas las cuestiones vitales cuando haya adquirido independencia económica. Mientras la mujer sea una "amparada" por el hombre que es quien realiza el esfuerzo económico llamado trabajo para llevar al hogar la comodidad o el lujo, mal puede hablar de

reivindicaciones teóricas. Si la mujer se convierte en un factor económico no sólo en el hogar sino en la sociedad, su modo de afrontar el problema del amor variará radicalmente. De esto se derivará una transformación de las costumbres y una ampliación de las reglas morales. Sin base económica, sin aptitud para defenderse con éxito en la lucha por la conquista del pan, todo feminismo está condenado a un irremediable fracaso. Pasa con la mujer lo que con el hombre en quien el ejercicio de las libertades teóricas se vuelve un mito cuando no tiene un basamento económico para erigir su independencia personal. Ejemplo: los derechos políticos que son poco menos que nada mientras el hombre esté supeditado por el dinero a su patrono, jefe o amo.

Por tanto, es indiscutible que en la hora actual estos problemas han cambiado completamente de planteo en otros países de intensa industrialización, lo que prueba una vez más la raíz económica del asunto. Se cumple poco a poco la previsión de Marx relativa a que "la gran industria, al asignar a las mujeres, a los niños y a los adolescentes de ambos sexos un papel decisivo en los procesos socialmente organizados de la producción, fuera ya del régimen doméstico, echa la nueva base económica pa-

ra una forma superior de la familia y de las relaciones entre los sexos". La anticipación de Marx se refiere—es claro— a un desarrollo relativamente lento de la industrialización y de la intervención de la mujer en la producción. Pero el ritmo de la industrialización y de la intervención femenina se aceleraron monstruosamente por obra del conflicto del año 14 y adquirieron proporciones imprevisibles, con lo cual el problema de las "relaciones entre los sexos" obtuvo una punzante actualidad. Son estas nuevas relaciones las que dan, de hecho, libertad mayor a la mujer y la colocan en su sitio de asalariada con iguales derechos y deberes que el hombre, claro que derechos y deberes impuestos por la práctica vital, pero aún no consagrados por la estructuración jurídica que no ha cambiado todavía y que no está tampoco en manos del proletariado, clase social que ha sentido con mayor intensidad removidos los cimientos de su organización familiar. Son otras las razones, de índole intelectual, de posesionistas las que están descuajando a la familia y cambiando el concepto del amor en las clases privilegiadas, a más de la aparición sociológica —inevitable según Müller Lyer— de la etapa de la diferenciación femenina.

Por esto no nos interesan mayormente en esta oportunidad, pues, las mujeres pertenecientes a esa clase, diferenciadas por una u otra causa profunda, forman minoría.

Mientras en el mundo entero las condiciones de la producción alteran bruscamente el estado social de la mujer, en el Ecuador se siente apagado el rumor del conflicto; pero se plantean ya con fuerza las cuestiones relativas al sexo, y el empobrecimiento fiscal obliga a la mujer a participar en la lucha económica.

Bien es verdad que entre nosotros aún no parece agudo el problema del feminismo porque las mujeres no quieren afrontarlo. Permanecen, en su mayoría, alejadas de estas vitales cuestiones que, abandonadas en manos de los hombres, llevan camino de perpetuar una situación que mirada desde muchos puntos de vista resulta injusta. El peso de los prejuicios, las autoridades morales extrañas que la mujer se ha acostumbrado a tomar en cuenta, la pobre educación que se le da y su dependencia económica le impiden mirar de frente estos problemas.

Nosotros ahora no queremos tocar el punto de vista legal que demandaría preparación de especialistas y que —en globo— es una grave ofensa irro-

·gada a la mujer, pese a las atenuaciones
·de las reformas.

Sólo nos interesa revisar rápidamente la situación cultural. La mujer tiene acceso en casos aislados a las actividades que pudieran llamarse visibles. Esto no quiere decir que neguemos la prestancia de algunos ejemplos aislados, ni que tenga impedimentos legales. Ni es tampoco una prueba en contra la presencia de algunas mujeres oficinistas, porque la mujer no se prepara con miras a un trabajo de ese orden. Generalmente es arrancada al hogar por una desastrosa situación económica que le obliga a desplegar energías inauditas en la defensa de su vida. Entre esas energías no son las menos valiosas los encantos de su sexo. Aún en el magisterio en el que su actividad es mejor remunerada que la del hombre, no hay el número de mujeres que podría creerse. En la Argentina, en el Uruguay, los primeros grados de casi todas las escuelas están en manos femeninas. Entre nosotros eso no pasa sino tal vez en la Capital, y probablemente no con toda la complacencia de los que dirigen los planteles.

La mujer aún no consigue triunfos —y acaso no los consiga pronto— ni en la Medicina, menos en el Foro. Las faenas literarias le han retenido espo-

rádica y transitoriamente. Quizá algún caso señero, pero revelador de lo que afirmamos, más bien que desvirtuador de las aserciones generales.

Vive resignada la mujer en su rango de adorno, de juguete frágil y adorable; pero no piensa muy intensamente en que puede y está obligada a ser la compañera y la colaboradora del hombre, sea o no marido.

Esta manera de ver las cosas afirma los prejuicios sociales y el hombre difícilmente ve en la mujer que estudia, por ejemplo, una compañera a quien debe apoyo y respeto, sino que casi siempre encuentra en ella o se empeña en encontrar solamente a la hembra.

Difícil problema este que necesita —ante todo— una clara convicción de los derechos reclamados, en las mujeres; para que los hombres no se los reconozcamos por gentileza, sino por la fuerza indiscutible del ejercicio consciente del derecho mismo y por la comprobación de la actividad realizada.

No nos parece inoportuna la reproducción de unas palabras de la escritora española María Luisa Navarro, quien es al mismo tiempo una educadora notable. Ella establece su concepto del amor así: "EL AMOR, con letras mayúsculas, no es el episódico pasar del macho por la hembra; en el amor humano hay bastan-

te más que el picotazo en la cresta con que se inicia y termina la vida cotidiana del gallinero. ¿Por qué si el ser humano es más complejo en sus concepciones intelectuales y en sus hechos que el resto de la animalidad, habría de quedarse a la altura zoológica para el amor, fundamento de toda la vida social? En el amor verdadero, tanto en uno como en otro sexo, entran muchos más elementos que los puramente sexuales; estos integran una parte importante, tanto como la mitad del amor; pero no puede alcanzar esta categoría de amor humano sino lleva unidos la simpatía, la amistad, la semejanza o contraste armónico de los caracteres, los ideales a realizar en común en una vida consciente, el deseo de la formación de la familia (que es también mucho más que la consecuencia fatal e inevitable de un acto íntimo-consuetudinario) ¡qué se yo!

“Así es como siente el amor la mujer normal; así es como creemos lo siente el hombre normal”.

Y con respecto al feminismo, escribe:

“La feminidad no consiste, ni en el coeficiente sexual individual, ni en matices temperamentales y de carácter, ni en el rendimiento utilitario en la especie y en la cultura, etc., etc, aisladamente. Es el sustrato de todo ello, perdurable, con y a pesar de ello, y cuya determina-

ción no puede fijarse frívola ni superficialmente.

"Pero, fuera del rigor que exige una definición, en la vida diaria las fuerzas vitales impiden toda confusión posible, orientando a varones y hembras, valiéndose de una recíproca atracción más sentida que pensada, hacia su más adecuado complemento genérico. Ahora bien, en el momento de la selección, el individuo de cualquiera de los dos sexos, acude a extraer su pareja del grupo formado por los que unen a lo substancial aquellas cualidades adjetivas que más la aproximan al tipo representativo de los valores predominantes en su medio y en su época".

"Otro tanto acaece con la masculinidad. Ni la profesión, ni la valentía, ni la fuerza bruta, ni los coeficientes mental, sexual, etc., aisladamente, sirven para definir lo substancial de la varonía que es su sustentáculo".

"Dentro de cada uno de los grupos, varón y mujer, pueden establecerse escalas jerárquicas de valores individuales, del mismo modo que cabe entresacar y aislar de ellos unidades humanas que aventajen a las del otro sexo en las cualidades atribuidas, con cierta confusión, como peculiarmente sustanciales, sin detrimento o mengua del género a que pertenecen. Así, pueden hallarse

mujeres que gocen de una capacidad intelectual, de una fuerza física, de un vigor sexual, superiores a los de ciertos varones. Y, recíprocamente, dentro del apartado masculino, obtendríamos fácilmente tipos de sensibilidad, refinamiento, cualidades de subordinación y acomodación, etc., superiores a los de tales o cuales mujeres”.

“No es justo, pues, invocar los caracteres biológicos, los permanentes, para impedir o restringir la evolución de la mitad de nuestra especie”.

“La biología no tiene por qué salirse de su contenido con anatemas y consejos de orden social, cultural, moral y otros tantos. Lo que hacen los biólogos cuando entran en estos terrenos, limitando a la mujer a los fines de la producción de la especie, es una divertida amputación en la evolución ascendente humana, con el criterio imperante biológico, compartido, como hemos indicado en otra ocasión, por gran número de hombres, entre los que se cuentan psicólogos, sociólogos, etc., y hasta mujeres (15), la especie humana en nuestro país podría representarse como un canchero de la isla al que siempre se le seccionara la misma boca. El pobre animalito llevaría a un lado una potente tenaza en tanto que apenas podría ayudar-

se de su tullido par, en constante estado embrionario”.

“El problema del feminismo, esto es de la intervención de la mujer en la actividad social, no puede, en sana lógica, afectar a la feminidad en sí misma; de idéntica manera que la cultura y la intervención del hombre en ella no ha resentido en nada su masculinidad, antes bien, la ha confirmado y encauzado. Si una distancia de siglos separa al descubridor de la teoría de la relatividad de un pastor, ante la Biología son ambos ejemplares substancialmente parejos. Feminismo y feminidad tienen contenidos propios y distintos, aunque guarden entre sí estrechas relaciones, las mismas que existen entre masculinismo y masculinidad”.

“Queremos salir al paso de dos argumentos que suelen servir de base a las teorías de los que se erigen en defensora muralla china de la feminidad; uno es el desinterés progresivo de la mujer culta por la constitución de un hogar y su horror a la maternidad esclavizadora; otro, el de la escasa producción cultural de la mujer a través de los siglos. Aunque muy a la ligera porque acaso caigamos, en la tentación de proseguir nuestro ensayo sobre la mujer, anticiparemos algunas ideas a este respecto”.

“Es un absurdo histórico pretender compaginar un anticuado y tradicional hogar con el actual momento de civilización y cultura. La mujer de espíritu independiente, de personalidad y responsabilidad propias y que sabe resolver su libertad económica, se niega, claro está, a no devenir más que “una cosa”, un complemento sexual al servicio de la domesticidad y de la especie. Sin embargo, se sentiría atraída por un hogar más en consonancia con sus necesidades e intereses actuales y que la acercara más al hombre de esta hora. Por otro lado el sano instinto de la maternidad consciente, no desaparecería por esto en la mujer, porque es una necesidad, no sólo biológica, sino psicológica. ¿Acaso se ha mermado el instinto de la paternidad? Leyendo el interesantísimo libro del Juez del Tribunal de Menores de Denver, Ben B. Lindsey, “La rebelión de la moderna juventud”, observamos, entre otras cosas, el hecho curioso de numerosas parejas que acuden a él en busca del hijo adoptado para reemplazar el hueco del que la naturaleza les negó, y los casos de “solteras emancipadas” que tienen voluntariamente un hijo, natural o adoptado, para satisfacer, sin trabas, sus anhelos de maternidad. Por nuestra parte, conocemos muchos casos de personas que afirman que no se

casarían "si supieran que no iban a tener hijos"; y matrimonios mal avenidos, porque el hombre no puede hacerse a la idea de que su mujer sea estéril. La mujer culta y consciente es posible, casi seguro, que limite la natalidad y la produzca voluntariamente en épocas y condiciones oportunas. Pero si siente en sí la maternidad, ésta será más refinada, más elevada, y más completa, que la de la mujer-hembra".

"Marañón, que tan magistralmente desarrolla en sus escritos el tema de la maternidad voluntaria, demuestra que no le basta a la especie tener numerosos hijos sino saberlos conservar. Esto, que entra de lleno en la Biología, requiere cultura maternal que borre la semejanza entre una madre humana y las hembras de los peces, las cuales, a pesar de desprenderse de una ovada que se cuenta por millares de embriones, logran un reducido tanto por ciento de crías".

"En cuanto a si la mujer que sufre los desgastes nerviosos, propios de una actuación social, es o no una buena criadora, constituye una argucia pueril. La mujer, por apartada que viva de toda preocupación personal, de todo interés objetivo, no puede sustraerse al ambiente sedante o excitante de su época. A la mujer que lactaba sus hijos dos o tres

años y se pasaba la vida sentada en silla baja, acumulando grasas y disponiendo de menesteres caseros, correspondía el varón sosegado, entregado a una ocupación única, sin prisas ni apremios. Y esta mujer contaba con la misma serenidad los nacimientos y las defunciones de su numerosísima prole, habida con su marido”.

“La estupidez de una mujer de nuestros días no puede ser indicio de su secreción láctea; sus nervios sufren las sacudidas de esta vida llena de movimiento, pese a su ignorancia e indiferencia ante la cultura. En otra ocasión nos proponemos demostrar cómo la incorporación de la madre a la actividad social, prolonga la maternidad y aumenta su radio benéfico sobre los hijos”.

“La escasa producción femenina en la obra de la cultura. En primer lugar, ¿quién puede asegurar que haya sido escasa? Acaso pasó inadvertida. En esa “influencia atmosférica” a que se refería Ortega se halla una producción que no se condensa en cuadros, edificios, teorías filosóficas, etc., realizadas de hecho por la mujer, que sin duda las ha inspirado. Inspirar es actuar; por tanto, producir. En segundo término, ya de un modo más concreto, la mujer, sujeta por trabas biológicas y morales principalmente, apenas ha podido manifestarse en obras. Mas

se nos ocurre preguntar: ¿en qué proporción se encuentran los productos culturales que proceden de los hombres libres y de los sujetos a servidumbre? El hombre perteneciente a los primeros peldaños de la escala social, vive, como la mujer de cualquiera de nuestras castas, apegado a las necesidades puramente materiales y vegetativas; "no produce", culturalmente con propio estilo, sino que su más activa actuación social se limita a exigir que, a cambio de su prestación personal, se le faciliten los medios económicos suficientes para poder atender a aquellas lo mejor posible. ¿Acaso estos hombres, puros entes biológicos, son más masculinos que los hombres liberados?"

"La feminidad es otra cosa que mera realidad biológica, moral, social, estética No es tampoco la madre, ni la hija, ni la esposa, ni la amante; ni la profesional o la ociosa. Tampoco es simple atracción sexual en el sentido restringido de la relación física estrictamente. Es lo virtual y permanente lo que permite al varón ante la mujer sentirse en posesión de su varonía, de igual manera que ésta es la virtud de despertar en la mujer, por su contraste el sentimiento de su propia sustantividad. Mas, para que la afirmación en el género alcance toda su plenitud y no se valore

y no se polarice unilateralmente, es necesario que se enfrenten calidades genéricas equivalentemente evolucionadas. De ahí nuestro convencimiento de que la pareja humana posea los mismos valores jerárquicos, creadores de sus cualidades objetivas, ante los cuales reaccionará cada uno con su peculiar acento, aportando e imponiendo al ambiente los productos de su reacción. De este modo se suprimirá la indiferencia de la mujer que, al hallarse con excitantes favorecedores de intereses adecuados a su género, se sumará a la vida de su par con optimismo y creyendo en sí”.

“Descartemos los convencionalismos de orden práctico y utilitario que enturbian el puro reflejo de lo genérico y veremos surgir, límpido y cristalino, lo virtual de nuestra sustantividad como complemento específico, con toda la firmeza de una intuición esencial”.

En síntesis, el hombre y la mujer son dos partes de un todo: la pareja, unidad biológica y social que habría que fomentar. Los lazos que la originan son de muchos órdenes. Debe pues desarrollarse totalmente la personalidad del hombre y la de la mujer, respetando sus direcciones primarias y sus tendencias individuales a fin de lograr un mejor entendimiento de los sexos, nacido de la comprensión del valor relativo de ambos.

para los fines de la especie y de la sociedad. Si el feminismo comprende así el problema de la mujer, sin ceñirlo a la actividad política o profesional, estará bastante cerca de la verdad.

En el fondo es esta misma la opinión de muchos teóricos de la educación que tratan del asunto. Recordemos a este respecto lo que dice Jonas Cohn, el autor de PEDAGOGIA FUNDAMENTAL. "Las diferencias sexuales psíquicas las conocemos de modo mucho más imperfecto que las físicas. Esto depende en parte de la mayor dificultad que ofrece el conocimiento objetivo de lo psíquico, en general, y en parte, de que sólo podemos observar lo psíquico en hombres que viven en determinadas condiciones sociales. Sobre la posición social del hombre y de la mujer influyen indudablemente las diferencias sexuales naturales, pero esa posición no es determinada únicamente por ellas. Esto lo demuestra ya la gran diversidad de la significación social de la mujer en los distintos pueblos y en las distintas épocas. La igualdad de instrucción de ambos sexos y su trabajo mano a mano en las profesiones más diferentes reduce actualmente esta fuente de diferencias (defectos). Además se da el caso de que no en todos los individuos se manifiestan con igual claridad las diferencias sexua-

les tanto físicas como psíquicas; será siempre arbitraria la selección de representantes de un sexo según su significación típica. Las investigaciones exactas de nuestra época empiezan a vencer en lo posible estos defectos mediante la acumulación de casos y el aprovechamiento estadístico, por la comparación exacta de la capacidad y por el experimento. Al principio, y ello no podía ser de otra manera; predominaban los trabajos sobre propiedades elementales, pero la investigación avanza poco a poco hacia las conexiones estructurales. Siempre será necesario relacionar los resultados de estas investigaciones con la experiencia inmediata de la vida. Pero hay que tener presente que todos los investigadores tienden a generalizar rápidamente sus experiencias con un número reducido de individuos y que en todas las experiencias de la vida han intervenido los prejuicios. Según nuestros conocimientos actuales, las diferencias de las propiedades elementales en ninguna parte son de índole exclusiva; es decir, no hay ninguna propiedad psíquica investigada hasta ahora que corresponda a un sexo solo y ninguna tampoco que sea más acentuada en todos los representantes de un sexo que en todos los del otro. Se trata más bien sólo de diferencias de estadística, es decir, de valo-

res medios, teniendo los valores máximos y mínimos un nivel distinto en cada sexo. El masculino muestra en general una mayor intervariabilidad, es decir, están en él representados relativamente con mayor intensidad los grados tanto superiores como inferiores de una propiedad; el área de dispersión es mayor".

Sobre el feminismo y sobre las capacidades femeninas por mucho tiempo aún no se dirá la última palabra. Sólo que ya puede anunciarse que esa última palabra no la dirán la Biología o la Sociología solas y separadas, sino de consuno.

LA COEDUCACION DE LOS SEXOS

Como un medio para que los sexos lleguen a una comprensión honda y al respeto mutuo se ha preconizado la coeducación.

Se invoca en favor de la coeducación varios argumentos. Vamos a tratar de resumirlos brevemente.

En primer término, señalemos la finalidad científica que puede obtenerse de la educación en común de los dos sexos. Al referirse al estudio de los temperamentos, debe hacerse notar que no son las condiciones artificiales de un medio ambiente ad-hoc, las que nos darán los síntomas, las expresiones externas de esos temperamentos que tratamos de averiguar. Por el contrario, casi se puede asegu-

rar que las investigaciones llevan buen camino cuando los individuos observados se hallan en el medio adecuado para la manifestación total de sus verdaderas y libres reacciones. La separación de los sexos es algo artificial. No se la encuentra ni en la familia, ni en la vida posterior. Es creación de los prejuicios religiosos que rebajaron la categoría de las funciones del sexo a cosa desagradable, digna de evitarse, verdadero estigma humano. Sólo la vida tal como es, es decir de los dos sexos influyéndose mutuamente en todo el curso de la existencia, y especialmente en lo que puede llamarse la vida anímica, nos orientará acerca de los resortes temperamentales. Una situación distinta es artificiosa y por lo tanto falsa, y nos dará en todo caso una visión deformada del temperamento en observación, y lo que es peor todavía, deformará ese temperamento llevándole por los cauces ambiguos de un homosexualismo amenazador. Junto a la visión casi completa y veraz que la coeducación puede ofrecer de los temperamentos en sus manifestaciones más poderosas, favorece también un desarrollo gradual de los mecanismos de represión, desarrollo que evita choques violentos y trastornos posteriores, debidos en su mayor parte a represiones súbitas o a debilidad de los mecanismos de inhibición.

Parece que es un hecho comprobado en los países que desde ha tiempo han implantado la coeducación en sus escuelas, la aparición tardía de la pubertad.

En eso estaría el milagro que debiera esperar nuestra raza de la coeducación. Entre nosotros se presenta la pubertad con una precocidad alarmante, y eso determina probablemente el cansancio prematuro de nuestros hombres que se dedican a las tareas intelectuales y aún a las manuales y su inhabilidad para la reflexión obstinada y duradera en busca de los fundamentos de las cosas.

Si al fenómeno, que es inevitable, lográramos retrasarlo, la escuela habría hecho un positivo beneficio a la raza, tan necesitada de energía mental. Además el ambiente formado por la coeducación es el más natural para el desarrollo de los dos sexos, el uno junto al otro, influyéndose beneficiosamente con una estimación profunda, basada en el mutuo respeto y el reconocimiento de las diferencias que la naturaleza estableció entre los sexos.

Se ha observado en los establecimientos coeducativos y en los individuos egresados de ellos, que dicho régimen suaviza en el hombre la natural rudeza de su temperamento, le obliga a observar mayor compostura en su trato, y como consecuencia de su respeto a la mujer, en casi todos los casos, la protege y no trata de burlarse de ella. La hembra se hace más franca, más espontánea; tiende a salir de su reconcentración porque ya le place el ambiente de libertad, se despoja de su hosquedad para con el otro sexo y trata con sus compañeros de igual a igual todos los problemas.

La diferenciación sexual se hace más pronta por lo que se refiere al aspecto moral. El niño reafirma sus tendencias varoniles, y la niña siente la necesidad del apoyo del más fuerte, que es el hombre, y, llegada a su edad, precisará la confusa tendencia maternal que ya apunta en los juegos que efectúa separándose del compañero varón.

Ese desconocimiento total de los sexos producido por la educación unisexual que origina una fantasmagoría ilusionada, fuente de vacilaciones, dudas y desengaños, no se produce en la coeducación que habitúa a los niños y niñas a mirarse como simples compañeros, no como misterios; como amigos, no como rivales. Conoce el un sexo al otro y no lo endiosa, no lo sublimiza, pero tampoco lo desprecia ni lo deprime, como habitualmente se hace bajo la apariencia de galantería o afecto, pudor o dignidad.

Las objeciones más serias que se le hacen a la coeducación son, según Ferriere: Unas de orden económico, la competencia de la mujer y el hombre, objeción que no resiste a un análisis serio, puesto que la lucha en el terreno económico ya está planteada de modo inevitable y es muy lógico que los dos competidores deben estar preparados en igual forma y no se ve la razón de la diferencia. Otra, formulada por Stanley Hall, la necesidad de diferenciar el programa instructivo para no producir surmenage en las escolares, estaría contestada con la enseñanza que tien-

de a individualizarse y, por otra parte, esto no invalida la coeducación, que para ser llevada adelante necesita ambiente adecuado. El programa puede diferenciarse, como que en efecto, se diferencia, dadas las diversas aptitudes, pero esto no prueba nada acerca de la conveniencia de mantener alejados a los niños y a las niñas.

Una tercera objeción formulada por Reddie, sienta como afirmación inicial el postulado metafísico de que el hombre es la fuerza conquistadora del mundo y la mujer la potencia conservadora, y de ello deduce que no hay para qué afeminar al hombre; él debe en todo momento fortificarse y crecer en un ambiente que le haga olvidar la existencia del otro sexo; así evitaría curiosidades malsanas que al no ser satisfechas producen los efectos más dañosos.

Esta objeción que aparece como fundamental es también discutible, primero si se tiene en cuenta que el ambiente reclamado por Reddie es artificial, y así y todo se ha observado ya en los internados que lo único que produce es desviaciones homosexuales y exacerbación de los instintos verificada por los relatos, por las conversaciones que se basan en la experiencia de uno de los reclusos, que deslumbra a los demás compañeros con el recuento de lo que todos creen hazañas, cosa, desde luego, imposible de evitar en modo alguno. Luego, tampoco es verdad que el hombre alejado de la mujer se viriliza más. Es la armonía pro-

funda nacida del contraste aparente de los sexos la que produce el estímulo suficiente para desarrollar e impulsar las direcciones específicas de cada uno de ellos.

Más todavía, la represión que es un fenómeno normal, que bien conducido lleva a la sublimación de los más bajos impulsos, se produce de manera favorable en la coeducación; no así en la educación unisexual que produce las "curiosidades malsanas" de que hablan los adversarios de la coeducación. Es esa curiosidad la que origina las perversiones sexuales. La escuela unisexual es —lo prueba la experiencia— uno de los factores responsables del precoz apareamiento de las más bajas tendencias del sexo. La filogenia animal quizá aportaría algo a la solución de este problema. Sólo el hombre, mediante la inteligencia, acelera la presentación de estos fenómenos. Los animales, viviendo en promiscuidad, dan satisfacción a sus instintos solamente en la hora adecuada.

Ninguna de las especiosas argumentaciones de los defensores descarados u ocultos del homosexualismo, que toman como punto de referencia la educación griega y la institución de los efebos como una prueba del poder virilizante de la educación varonil alejada del otro sexo, nos convencen de sus afirmaciones. En Grecia se tomaba el amor socrático en un alto sentido que parece que la humanidad perdió definitivamente. Ni era tampoco ese el resorte pedagógico por medio del

cual obtenían la virilización del varón. Eram la vida peligrosa, el deporte constante, los que detenían la aparición prematura del fenómeno sexual. Pero la mujer se educaba también en un ambiente de fuerza, de derroche de energía, y tomaba parte muchas veces —en la adolescencia— en los juegos tonificantes de los hombres. La diferenciación sexual rígida que se hacía en Grecia no pudo impedir el apareamiento de mujeres egregias, poseedoras de las excelencias masculinas, y es la mujer la que en determinados momentos polariza la actividad masculina en un alto sentido. Ejemplo: Aspasia en la Corte de Pericles. En cambio, el alejamiento del niño respecto a la niña en la niñez y en la adolescencia, no podía producir, como en efecto no produjo, otra cosa que casos de homosexualismo neto, que por mucho que se disfracen con motes altisonantes tales como “amistades ejemplares”, “amor platónico duradero y excelso”, derivan inevitablemente hacia la satisfacción sexual de colorido notoriamente desagradable y sobre todo profundamente antihumano. Lo demás, todos los alegatos en favor de esas decantadas parejas masculinas no son sino tergiversaciones históricas y elogios interesados de taras que aparecen en grandes proporciones en épocas aflictivas de la humanidad, en períodos de estremecimiento histérico, pero que pasan dejando el campo al sereno equilibrio natural, a la manifestación de los instintos no deformados, ni por el razonamiento ni por la falacia estética.

No nos parecen atendibles las numerosísimas razones religiosas contrarias a la coeducación. La biblia tiene casos de uno y otro aspecto, y en ella no faltan tampoco los casos de homosexualismo. Todas las razones religiosas tienen como base los prejuicios, los que por su carácter de tales son al mismo tiempo indiscutibles en medios estrechos.

Citemos nuevamente a Marañón. Dice el gran médico español: "Yo creo que, en principio, la cultura elemental de la niña debe ser la misma que la del varón; incluso debe ser administrada a la vez, en promiscuidad de sexos. Ahora vuelve a plantearse en los medios pedagógicos el problema de si, efectivamente, es bueno el sistema de educación simultáneo de niños y niñas. Parece inadmisibile el que sobre puntos tan graves influyan modas arbitrarias. La educación primaria en común no puede tener sino ventajas. Si la naturaleza mantiene los sexos en discreta penumbra hasta una cierta edad, es estúpido enmendarle la plana con esa separación, que pone en las imaginaciones una malicia anticipada. La niña se habitúa con el trato cotidiano del niño, y éste con el trato de la niña, ha adquirido esa serenidad y ese respeto que emanan de la naturalidad, y que ya no se borrarán nunca. Y la naturalidad es un preventivo del pecado de la lascivia no igualado por el sayal de un franciscano.

Los fracasos que los pedagogos (sobre todo los nuestros) nos pueden citar del régimen

de convivencia intersexual, tengo la certeza de que se deben a que las influencias de fuera de la escuela, las de la calle, las del propio hogar, se sobreponen a la influencia benéfica de la convivencia en la escuela misma. Pero cuando aquellas no son neutralizadas, sólo beneficios se logran de la vida escolar en común. Es una ley inexorable en la vida de los sexos la de la acción anafrodisiaca de la costumbre; en el mismo banco del aula diluye su fuerza de atracción en el gran sedante del hábito diario. Nadie podrá discutir esto a los que hemos asistido, sucesivamente, a la época en que las mujeres hicieron su aparición, aislada y tímidamente en las aulas; y a la época actual, en que un tanto por ciento considerable de las matrículas de los institutos, y también de los centros superiores, corresponde a muchachas. Entonces, la muchacha tenía que colocarse a la vera del maestro protegida así de la ola del deseo juvenil que enviaban los bancos masculinos. Casi nunca terminaba su carrera. De la nube de novios surgía, al fin, el marido prematuro, y un día cualquiera su matrícula quedaba interrumpida para siempre por las flores de azahar efectivas o prometidas. Ahora, los grupos de estudiantes conviven de la mañana a la noche con los grupos de muchachas. Y aunque el deseo y el amor, naturalmente, asomen a cada paso, es siempre en un plano normal y esfumado en una innegable continencia. Un fenómeno muy curioso de esta transformación ha sido la desa-

parición, en los medios universitarios, del piropro, de rancio abolengo español, que en forma grosera o ingeniosa —casi siempre grosera—, era, y es siempre, la expresión de una libido sofocada por la separación rigurosa de sexos”.

Parece con esto suficientemente demostrada: la necesidad de la coeducación en la edad escolar especialmente. Así no aparecerá de súbito trastornando la vida del colegio y dando frutos contraproducentes como ha sucedido hasta hoy cuando se ha tratado de aplicarla inoportunamente. O la coeducación comienza en edad temprana, a fin de que tenga a su favor la fuerza lenta pero segura del hábito, o no se implanta. Es por esto que decimos que la coeducación es necesaria especialmente en la edad escolar, ya que, en razón de los prejuicios del ambiente, se ve la imposibilidad de una reforma educacional en este sentido si no se tiene el cuidado de hacerla gradual y muy oportuna. En la edad escolar —7 a 12 años— la coeducación no presenta dificultad alguna, contando, desde luego, con alumnos que no reciben mala influencia en el hogar y que no la reciben en mayor grado de la calle; con profesores cultos, sagaces y de una varonía y moralidad a toda prueba, y una escuela que por su amplitud y sus medios pueda mantener un standard diario de trabajo intenso, de juegos educativos frecuentes y, en fin, de actividad variada y bien dirigida que queme las energías que en algunos muchachos.

pueden presentarse ya exhuberantes. El trabajo es el antídoto seguro, la ocupación de la mente y de las energías corporales con rendimiento placentero y útil es el mejor remedio para obtener la aparición tardía del instinto sexual. La ociosidad engendra el despertar anticipado y el predominio del instinto sobre todos los demás aspectos de la vitalidad del individuo. Lo primordial es evitar que alumbré el instinto antes de hora, que se despierten las curiosidades malsanas, porque una vez despertado el instinto ya ni el trabajo es eficaz. Ni adquiere tampoco valor el que el trabajo sea excesivo porque la debilidad del organismo es más bien un acicate antes que un sedante para un instinto vigilante y fuerte.

En la escuela secundaria, por lo pronto, y mientras no se haga alguna propaganda en el medio social, tal vez convendría limitar la coeducación. Esto se debe a lo que ya señalamos, es decir, al hecho de que en la escuela existe la separación de niños y niñas, y su convivencia artificial y de pocas horas que no tiene como base ni el trato frecuente ni el respeto mutuo, originan sucesos que se toman como argumentos contra la coinstrucción, que es lo que en verdad existe.

En las universidades existe la coeducación de hecho y parece que sin dificultad. El medio universitario se compone de gentes que han pasado la crisis de la pubertad y que con su mecanismo de represión ya formado, no pueden hacer otra cosa que acostumbrarse,

más o menos tarde, pero sin mayor dificultad a la presencia de la mujer que ya no desata las olas de deseo que desataba cuando permanecía alejada, y es solamente la imaginación la que la evoca.

Solamente la coeducación provoca una diferenciación sexual marcada que evite el apareamiento de los casos patológicos de supervivencia y posible predominio del otro sexo que todos llevamos dentro, según las afirmaciones de Maraño. En la separación absoluta de sexos, es claro que, teniendo como amigos exclusivamente a los del mismo sexo y sólo poseyendo recuerdos y fantasías del otro, se acrece el valor del sexo contrario, y sus correlatos biológicos se exaltan y originan tragedias íntimas que se habrían evitado al poseer el individuo educación en común que hubiera marcado sus caracteres específicos, ahogando los opuestos, por encontrarlos muy visibles en los individuos del otro sexo. No son los individuos pertenecientes a familias en las que hay hombres y mujeres que han vivido juntos, los más propensos a esos trastornos físicos del sexo, con sus correspondencias patológicas de carácter psíquico en su mayoría y con terrible trascendencia social en el mayor número de veces. No son tampoco ellos los que engrosan el grupo humano en que se reclutan los seres que por timidez, por encogimiento espiritual o por taras psicológicas o físicas profundas, llevan todo un drama en su vida sexual.

EL TRABAJO Y EL JUEGO

Caracterízase el juego, en su acepción más pura, como una expresión específica de la niñez, sin embargo de que debe ser extensiva a toda edad.

El vicio de los adultos que se denomina con el mismo vocablo, y que tiene también relación con el problema de los temperamentos y cuya explicación tiene bases biológicas y psíquicas igualmente, sale fuera de estas aplicaciones a la pedagogía que estamos esbozando.

El juego es algo más que un lujo vital. Es la actividad libre y espontánea por excelencia, que se cumple sin finalidad trascendente alguna—al menos visible—obedeciendo a profundos mandatos del organismo que involucran consecuencias beneficiosas de orden biológico sí, pero no diferenciadas ni ostensibles. Es una forma de expresión en la que predomina la afectividad, pues que tiende —de clara manera— a la obtención de placer. Ello se explica dada la época del autoerotismo durante la cual el juego ejerce un predominio casi exclusivo en el campo vital del individuo.

“A pesar de esta intervención adulta en su vida, —dice Luzuriaga— el niño conserva siempre un fondo inaccesible e irreductible, constituido por sus apetitos o sus instintos de juego donde se refugia su:

puerilidad y que le permite sustraerse a la realidad dura y cotidiana. El juego, es pues, para el niño lo que la poesía para el adulto, pero con más vivacidad y necesidad, porque el hombre puede vivir sin arte, en tanto que el niño no puede suprimir el juego".

Da también el juego espacio al desborde de la fantasía, característico de esa época de la evolución psicológica. Cumpliría pues una finalidad evolutiva de índole psíquica, pero sería a largo plazo, y no como objeto primordial ni secundario, sino como una consecuencia.

La sed de conocer y el afianzamiento del yo que ya apuntan, hallan igualmente algo que podríamos llamar alimentación. Es también un entrenamiento del organismo no sujeto a normas. Diríamos con un ejemplo algo basto pero claro, el juego es como la prueba que el ingeniero hace de una máquina que aun no tiene todos sus accesorios y que quiere irlos colocando de la mejor manera. Funciona la máquina, y lo hace sin objeto porque el fin a que está destinada no se cumple. Al mismo tiempo ese funcionamiento hace notar al ingeniero qué es lo que hace falta para una marcha perfecta. Sin esfuerzo podría asegurarse que la naturaleza ha puesto a nuestro alcance, en el juego, una espléndida manera u ocasión de ver lo que requiere el

funcionamiento adecuado de la personalidad del niño que se encuentra en formación. En el juego se exteriorizan todas las potencias ocultas del individuo.

Por todo ello, el juego aparece como un actuar, un afanar —en veces muy intenso— que no posee finalidad concreta.

Aquí se hace necesario distinguir el juego del trabajo. Vamos a intentarlo.

Atiende el trabajo al cumplimiento de una finalidad concretada, determinada de antemano como meta del esfuerzo reglado, seriado, que el hombre realiza a intervalos y voluntariamente; puede decirse que la finalidad del trabajo es especializada.

“El trabajo es siempre creador”, para emplear la amplia y expresiva precisión de Gregorio Marañón. Comprende así el esfuerzo físico que cubre de sudor la piel y el rudo afán mental que culmina en la delimitación de un pensamiento, por ejemplo.

Adquiere el trabajo un acusado perfil intelectual. Va desligándose del matiz afectivo que hace del juego un alegre desperdiciarse de las energías.

El juego informa por igual la vida del hombre y la de la mujer en la primera edad. Se confunden sus actividades de juego aunque ya se marquen confusas tendencias a la diferenciación instintiva que luego será consciente aunque con-

gran fondo temperamental. No queremos insistir en esas pequeñas diferencias de dirección del juego que no tienen importancia.

El trabajo, entendido como función social, como actividad que sale del hogar, encuentra energía fértil y campo propicio en la conformación masculina, en las potencias del hombre.

Para nuestro objeto, el juego reviste una importancia fundamental.

No parece difícil comprender que siendo el juego actividad desinteresada, libre, en la expresión, a todas las aptitudes, tendencias, impulsos del individuo. Es pues, la mejor ocasión para estudiar los temperamentos en formación de los muchachos.

El niño se presenta en el juego desprovisto de los complejos mecanismos de inhibición, de represión que ya comienzan a realizar su asomo en la vida psíquica. En el juego aparece tal como el niño es. No puede engañar al observador, posibilidad que se presenta en todas las otras formas de exploración de los temperamentos, tales como encuestas, tests o cualquier otro trabajo determinado de antemano y con objetivo preciso.

En la adolescencia, la aparición del juego se hace cada vez más rara a medida que pasan los años.

Es ya esporádica y llega a faltar casi por completo en el período en que la personalidad está ya formada.

En la juventud deja lugar al deporte que estudiaremos después. En la edad adulta, sólo cuando se aflojan los mecanismos de inhibición por alguna causa externa, aparece una actividad indiferenciada, una alegría sin objeto determinado, que se traduce en movimientos desordenados y que bien podría asimilarse al juego infantil por su carencia de fin.

Un atento estudio de los juegos y de su seriación arrojaría mucha luz sobre la formación de la personalidad entre nuestros niños. Deducido de ese estudio previo, saldría un conjunto de juegos educativos en un sistema graduado, que a más de permitir la exploración de los temperamentos, permitiría reforzar las tendencias debilitadas y reprimir las predominantes, obteniendo así —en la medida en que lo puede la educación— la personalidad humana armónica. (*)

(*) También aquí debemos citar a Luzuriaga, pues también entre nosotros se ha creído que la infancia es para jugar y la adolescencia para trabajar: "La educación es otra cosa que la conservación de los caracteres de la infancia. Es el medio de formar lo humano

Por otra parte, los juegos son un gran medio de conocimiento. Facilitan por su cariz agradable el aprendizaje de asuntos escuetos que de otro modo son sumamente ingratos para la inteligencia. Este será el fundamento psicológico de los juegos educativos.

Entendemos que no por introducir como medio didáctico al juego, se va a convertir la enseñanza en un juego, en una mera diversión, que tendría en primer término una disolvente consecuencia moral que sería la de considerar sólo lo agradable como valioso, y que después sería artificial. No pueden fusionarse las dos actividades por completo. Conservan su integridad para después, aunque los juegos educativos pueden tener en los años primeros un papel preponderante como medios de conocimiento.

en el niño, objeto que debe lograr la infancia, querámoslo o no. Como una de las características esenciales —la más esencial tal vez— del hombre en el trabajo, es decir la actividad realizada en vista de un resultado objetivo y que, por consiguiente, ofrece un carácter ideal, la escuela debe ser también un campo de trabajo para el niño. En resumen, la escuela debe ser un *play school*, pero también una *Arbeitsschule*, es decir una escuela de juego y de trabajo”.

Desde luego el maestro no se ha de quedar en los juegos, porque ellos no son su fin. Son meramente medios, rieles para llegar suavemente a su objeto.

Toda otra interpretación que asignara al juego un papel por sí mismo, fuera del de oportunidad de observación, sería unilateral. Por medio del juego al conocimiento, sí; pero es inaceptable ir por medio del juego al juego mismo. El juego, convertido ya en educativo, debe ir haciendo poco a poco sitio al trabajo agradable y fecundo.

JUEGO Y EDUCACION FISICA

Por todas estas razones —que las creemos fundamentadas científicamente— es hora ya de que nuestras altas autoridades escolares supriman de los medios docentes aquel crasísimo error de considerar los juegos sólo como un mediocre detalle de la educación física, que bien puede ser eliminado. Fermento de lo que será más tarde actividad creadora —trabajo— el juego, inteligentemente desarrollado, merece indudablemente más que las teorizaciones y mecanizaciones que paralizan la dinámica de la escuela ecuatoriana.

EL DEPORTE

No es exclusiva actividad de ninguna edad. Quizá lo sea de la adolescencia y de la juventud. Pero deben practicarlo también los hombres. Es una sistematización del juego al que se le han fijado ya metas y finalidades.

El deporte tiene un papel de profilaxis, de defensa del organismo, de conservación de sus energías en flexibilidad.

Tiene el deporte una fundamentación sexual que se hace visible en el orgullo del deportista y en la premiación del vencedor, que casi siempre realizan manos femeninas.

Entre nosotros se trata de sacar al deporte de su papel higiénico para incorporarlo a un rol que absorbe las energías todas del individuo.

Esta exclusividad es funesta. La acción es una norma para todo individuo. Pero salvadas las fronteras de la niñez, las actividades no creadoras como el deporte están demás. El trabajo se impone como una necesidad preferente. Bien está el deporte como medio de entrenamiento. Bien también como oportunidad de observación de los temperamentos, puesto que se nota los individuos que se entregan al deporte con entusiasmo y aquellos que lo hacen de obligada

manera; lo mismo que los fácilmente disciplinables, como aquellos reacios a toda norma; los sociables y los asociales o antisociales. El deporte es, en definitiva, un juego reglamentado y con metas más precisas, que tiene su lugar en la vida, pero que no la llena.

Ya no está bien el deporte como actividad exclusiva, como origen de endiosamientos absurdos, y como fuente de brutalización del que lo practica y del que lo contempla con apasionamiento primitivo. Cuando se lo concibe así, da lugar a muchos fracasos, entre los cuales no tienen menor importancia la exageración narcicista que frecuentemente oculta una inversión psicológica desgraciadísima.

(1).—Escritos estos apuntes en 1929 y publicados por primera vez el año 30, no recogen todo mi pensamiento acerca de importantísimas cuestiones pedagógicas. Falta por otra parte el tiempo necesario para exponer siquiera de pasada asuntos políticos que se rozan con la educación y por lo mismo con la pedagogía. No renuncio a hacerlo. Con menos apremio de tiempo diré algo de lo que hoy se piensa de la pedagogía en función social. Quedan pues para otra ocasión temas tan interesantes como: El individuo y el gru-

po; el conocimiento y la cultura; el sentido de la cultura nuestra y el aporte nuestro, o el aporte americano; la posibilidad de una cultura proletaria, el trabajo como método, como medio pedagógico y como finalidad educativa; la literatura para niños, la moral nueva y su enseñanza; la inutilidad de la moral teórica, etc.



